UN THRILLER DE TERROR APOCALÍPTICO



BAJO EL CIELO ROTO

LIBRO 6

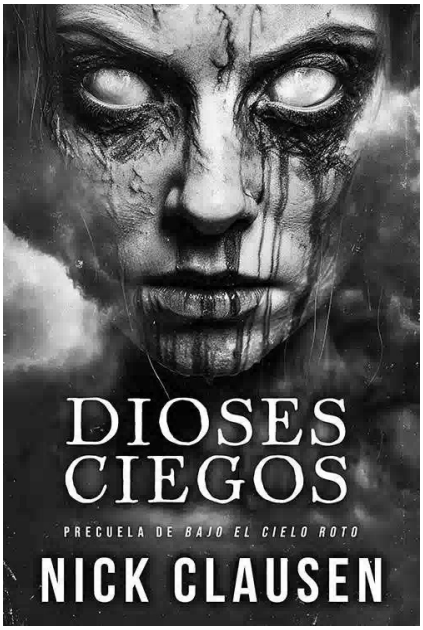
NICK CLAUSEN

CONTENIDO

LIBRO GRATIS
PREFACIO
1. JOHN
2. FRITZ
3. NICK
4. MELISSA
5. GINA
6. TOMMY
7. GINA
8. FRITZ
9. GINA
10. PATRICK
11. GINA
12. OTTO
13. TOM
14. GINA

15. PATRICK
16. TOMMY
17. GINA
18. FRITZ
19. TOMMY
20. LISA
21. FRITZ
22. LISA
23. MELISSA
24. FRITZ
25. JOHN
26. FRITZ
27. JOHN
28. FRITZ
29. TOMMY
30. FRITZ

LIBRO GRATIS



¿Quieres saber cómo empezó todo?
Todas las respuestas están en la precuela gratuita, *Dioses Ciegos*,
que recibirás cuando te unas a mi boletín gratuito en:
nick-clausen.com/dioses

PREFACIO

«Si un hombre ha de ser un hombre, un espíritu libre por sí mismo, debe armarse no solo con armas, sino también con ideales y conceptos por los que esté dispuesto a morir.»
—William Powell

1

JOHN

Tarda una eternidad en despertarse.

Cuando por fin lo hace, lo primero que hace es extender una mano para comprobar que el sargento sigue tirado en el suelo a su lado.

«Así que no fue solo un sueño. De verdad maté a ese cabrón.»

John se incorpora, lo cual resulta ser mucho más difícil de lo habitual. Le duele la espalda, tiene los brazos y las piernas dormidos, y la cabeza empieza a darle vueltas de inmediato.

Rebusca en el cadáver en busca de algo útil. Aparte del arma y un cargador extra, no hay mucho más. En el bolsillo interior, encuentra unas gafas que, por su forma, parecen ser unas Wayfarer. Poder ocultar que está ciego podría ser útil, así que se las pone.

John se pone en pie lentamente, dándose el tiempo que necesita. Palpa la pared, entra en la cantina, Abre el grifo y bebe con ansia. Tiene tanta hambre, que parece que no ha comido en semanas. Al revisar los armarios, da con un tesoro: alguien dejó dos Snickers, una barrita de cereales y un paquete de pasas. También hay una bolsa grande de anacardos y un paquete de copos de maíz medio lleno. John empieza a engullir sin pensárselo dos veces. El chocolate está rancio, pero sigue siendo lo mejor que ha probado en su vida. Encuentra una bolsa de plástico y mete en ella todo lo que no se come. Está a ciento treinta kilómetros del refugio, y piensa regresar, aunque tenga que hacerlo caminando.

Con el estómago lleno, se siente algo mejor y se enjuaga la comida con otro enorme trago del grifo. Luego llena una segunda bolsa de plástico con agua y le hace un nudo firme. A continuación, va a buscar sus calcetines y zapatos. Todavía están húmedos, pero es mejor que ir descalzo. De algún modo, sabe que no le queda nada más por hacer allí, así que abandona el edificio.

Cuando sale al exterior, no tiene ni idea de qué hora del día es. Sopla una brisa fresca, más fría de lo habitual para esta época del año. A juzgar por la falta de calor en el rostro, podría ser de noche. Pero las alondras cantan en algún lugar, lo que significa que probablemente sea el atardecer.

«¿Y ahora qué, viejo vaquero?»

John se queda allí un momento, frente a la entrada de la fábrica. Recuerda el aparcamiento, pero supone que no hay coches. Aunque los hubiera, sus días de conductor ya quedaron atrás. Podría seguir la carretera con bastante facilidad y llegar al pueblo por ese camino. Pero es una caminata de casi cien kilómetros, y estará completamente expuesto todo el trayecto, tanto a posibles ciegos errantes como a cualquier transeúnte. Además, aunque lograse llegar al pueblo, estaría perdido: deambulando por las calles, ciego y solo.

John inclina la cabeza hacia atrás. No puede ver el cielo, pero supone que está roto.

«¿Adónde voy desde aquí? Si alguien tiene alguna sugerencia, soy todo oídos.»

En parte aún espera que Else aparezca con una respuesta. Pero no lo hace. Se ha ido, y casi puede afirmar que para siempre. Lo que significa que está solo. Y eso, en el fondo, es preferible, porque el espectro de su antigua compañera no era más que un espejismo, una ilusión provocada por esa cosa que sigue allá arriba.

John desea con todas sus fuerzas encontrar a su familia. Reunirse con Karen y Lisa. Pero probablemente —ojalá— sigan en el refugio.

También siente ese viejo impulso de propósito que solía tener cuando trabajaba en un caso importante. Tiene claro que lo de Hagen no se ha resuelto. Pero, por ahora, no tiene absolutamente ninguna pista. Si Hagen realmente puede atravesar portales, podría

estar en cualquier parte del mundo, y John no puede hacer más que esperar y confiar en que sus caminos se crucen de nuevo.

«Supongo que no me queda más remedio que empezar a caminar», piensa John, cruzando el aparcamiento en la dirección en la que supone que está la carretera. Girando a la derecha, camina con un pie sobre el asfalto y el otro en la hierba.

2

FRITZ

Fritz atraviesa la puerta.

A estas alturas, ha dado lo que estima como más de mil saltos entre portales, así que la breve e intensa sensación de caída le resulta ya familiar.

Mira a su alrededor y descubre lo que parece ser una pastelería. Habiendo entrado por la puerta trasera, se encuentra detrás del mostrador. El local da a una calle peatonal en el centro de Copenhague y, sorprendentemente, todas las ventanas están intactas. El interior de la tienda también está relativamente ileso —si se ignora el hecho de que alguien ha pasado por allí para vaciar cada una de las estanterías bajo el mostrador—. El suelo está cubierto de migas, restos de pasteles y coberturas de colores.

«Alguien se está dando un atracón de bollería danesa en alguna parte», piensa Fritz, riéndose para sí.

«Nikolaj Steinbeck», le indican las voces con su tono habitual de negocios. «Parricidio. Cuidado, puede que aún esté en modo asesino.»

Fritz rodea el mostrador, procurando no pisar nada. Siempre odió los pasteles, y el olor persistente le provoca una ligera náusea. Mira detrás del mostrador y ve a la persona que ha venido a buscar. Un joven alto, desgarbado, pelirrojo y cubierto de pecas en el rostro y los brazos. Está sentado a horcajadas sobre el pecho de un hombre

al que, evidentemente, acaba de apuñalar hasta matarlo. El rostro y el cuello de la víctima están completamente destrozados, y el trozo de cristal sigue en la mano del muchacho.

—Hola, Nikolaj —dice Fritz.

El muchacho se sobresalta y clava en él sus ojos azul pálido, enormes, desbordantes de asombro. De un salto se pone en pie y, soltando un chillido, se abalanza sobre Fritz con el trozo de vidrio alzado.

—Eh —le dice Fritz, levantando la mano.

Como si su palma creara una barrera invisible, el chico se detiene en seco, baja el arma y parpadea con rapidez.

—Lo sien… lo siento, señor. Rompí mis gafas y… por un segundo pensé que era usted mi tío, verá…

—Está bien —le dice Fritz—. Todo está perdonado.

El chico mira el cadáver ensangrentado. Su expresión se vuelve defensiva.

—Tiene que entenderlo… mi madre… ella dijo que tenía que hacerlo… o si no… me volvería a pellizcar el pito, como cuando era pequeño…

Fritz está a punto de soltar una carcajada. Consigue transformarla en una sonrisa tranquilizadora.

—Como dije, todo está perdonado, Nikolaj. Pero antes de irnos, será mejor que sueltes ese cristal.

El chico suelta de inmediato el arma, que se hace añicos al caer al suelo. Levanta la mano y observa el enorme tajo que le cruza la palma. Sangra abundantemente.

—Oh, parece que me he cortado —dice con aire soñador.

—Déjame curarte —dice Fritz, acercándose. Se lame el pulgar, le coge la muñeca al chico y desliza suavemente el dedo por la herida. Como una cremallera, la piel del chico se cierra, sin dejar ni cicatriz ni marca.

—Ya está —dice Fritz, chocándole los cinco—. Ya estás bien, amigo mío. Ahora, vamos a…

«Atento, Fritz. Alguien viene.»

Medio segundo después se oye un estruendo: la puerta por la que Fritz acaba de entrar se abre de una patada. Entra en tromba un

tipo enorme, con barriga cervecera, barba descuidada y ojos encendidos. Rodea la esquina, dejando ver que lleva un martillo en la mano.

—Maldito mocoso de mierda —gruñe a Nikolaj, revelando que solo un lado de su boca parece funcionar. O tiene un problema en los labios o está a punto de sufrir un ictus—. ¡Mataste a mi hermano!

—¡Se lo tenía merecido! —le grita Nikolaj, escondiéndose detrás de Fritz como un niño tras su hermano mayor—. ¡Era un borracho asqueroso, igual que tú!

«Claus Steinbeck», informan con calma las voces a Fritz. «No sirve. Su marcapasos falla.»

Fritz asiente. Entiende que no todos los que tienen potencial están destinados al mundo nuevo y mejor. Aun así, es una pena. Este tipo tiene mucha fuerza, y claramente sabe cómo usar un martillo.

—¡Te voy a enseñar modales, bastardo! —grita el tío.

Mientras avanza con pasos pesados, Fritz levanta la mano y se da un ligero toque en la sien, como si acabara de tener una idea. Inmediatamente, el hombre se golpea a sí mismo en la cabeza con el martillo, cayendo al suelo. El impacto es tan fuerte que Fritz lo siente en los pies, y la pequeña campanilla sobre la puerta tintinea.

—Lo siento, pero tu sobrino se viene conmigo —le dice Fritz en tono apenado—. Ojalá pudieras acompañarnos, Claus. Pero no será esta vez.

El tío —que sigue gimiendo de dolor— consigue lanzar una mirada fulminante a Fritz.

—¿Cómo cojones… quién eres tú?

La sorpresa en los ojos de la gente nunca deja de alegrar a Fritz. Podría seguir jugando con él, pero si lo hace, las voces se impacientarán. Así que se limita a hacer un gesto al joven para que lo siga.

Rodean al tío y están a punto de dirigirse hacia la puerta trasera, cuando Fritz ve que cuelga solo del gozne inferior.

—Vaya, esto no sirve —murmura—. Usaremos esta de aquí.

Conduce a Nikolaj a través del local hasta la puerta de cristal que da a la calle.

—¡Volved aquí! —gruñe el grandullón, intentando incorporarse. Pero aún está aturdido por el golpe y vuelve a desplomarse.

Fritz se da cuenta de que el joven se detiene para mirar atrás.

—Quizá debería… quizá debería acabar con su sufrimiento —murmura—. Es un poco cruel dejarle así… Podría encontrar otro trozo de cristal… solo me llevaría un minuto. —Mira a Fritz con una expresión entre avergonzada y esperanzada—. ¿Puedo?

—No será necesario —le asegura Fritz—. Ya estás más que listo, Nikolaj.

—Pero mi madre… ella le odiaba tanto como a mi padre… seguro que querrá que…

—No tienes que preocuparte más por tu madre. Si vienes conmigo, no volverás a verla nunca.

Esa perspectiva parece entusiasmar al joven incluso más que apuñalar a su tío, y asiente de buena gana.

—Vale. Vale, iré contigo.

—Bien —dice Fritz con una sonrisa, girándose hacia la puerta. La abre, haciendo sonar de nuevo la campanilla, y al otro lado los recibe el Palacio. El portero está allí, esperando para darles la bienvenida.

—Después de ti —dice Fritz, indicando a Nikolaj que cruce.

Este lo hace, con una sonrisa nerviosa que le tiembla en la comisura de los labios.

Entonces, de pronto, Fritz percibe un movimiento al otro lado del cristal y gira la cabeza. La luz del sol incide sobre el vidrio, generando un reflejo que le impide ver con claridad desde ese ángulo, pero juraría haber visto a otro joven ahí fuera, en la acera, observándolo fijamente antes de desvanecerse de su campo de visión.

—¿Era…? Creo que era…

«Lo era», confirman las voces. «Pero no te preocupes por él.»

—¿Seguro? Podría salir y…

«Ya lo intentaste. Esta vez nos encargamos nosotros.»

Fritz se siente como un perro al que acaban de dar con un periódico enrollado en el hocico.

—Estaba seguro de haberme ocupado de él…

«Pues no. Ahora olvídalo y muévete.»

Fritz vacila un segundo más, luego cierra la puerta y la vuelve a abrir, revelando un sótano con dos camillas metálicas, ambas vacías. Detrás de unas estanterías, puede oír a unas mujeres gritando de rabia, y un olor a gasolina le llega al instante.

«Julianne Palsgaard», le informan las voces mientras cruza el umbral «A punto de prender fuego a su hermana. Podemos usar a las dos, así que tendrás que convencerlas de que entierren el hacha de guerra…»

3

NICK

Es una sensación magnífica volver a respirar aire fresco.

Durante tres días, ha estado escondido en el apartamento donde encontró el botiquín. Tras limpiar bien el corte, añadir un par de puntos más y cubrirlo todo con una tirita grande, Nick fue a la cocina y se comió todo lo que no estaba en mal estado. Luego se arrastró hasta el dormitorio y durmió casi veinticuatro horas seguidas. Después volvió a comer y a dormir un poco más.

Cuando se despertó, se sentía mucho mejor. Era capaz de pensar con claridad y moverse sin marearse de inmediato. Por fin se sentía preparado para salir de nuevo y buscar a Nora.

Ahora, mientras camina por la ciudad, las calles parecen aún más vacías que la última vez que estuvo fuera.

No puede saber con certeza si es verdad o no, pero tiene la clara sensación de que hay menos ciegos. La grieta sigue ahí, por supuesto. Cerniéndose sobre todo. Más grande que nunca.

Nick ve a bastantes ciegos, pero la mayoría están tumbados. Algunos han sido eliminados. Atropellados, tiroteados o sencillamente apaleados. Pero muchos más parecen haberse desplomado por sí solos. Como si estuvieran demasiado agotados para continuar. Tienen los rostros demacrados, las mejillas hundidas y los labios secos y agrietados.

En una intersección, Nick pasa junto a una mujer de su misma edad, aproximadamente. Es de ascendencia árabe, y está sentada en el suelo, apoyada contra una señal de tráfico. Tiene los ojos abiertos, pero vueltos hacia el cielo. Sigue respirando, su pecho sube y baja con espasmos, pero está obviamente demasiado débil para levantarse. Incluso cuando parece oír o percibir que Nick se acerca, gira la cabeza en su dirección y chasquea los dientes dos veces, pero eso es todo.

«Están muriendo», piensa Nick, sintiendo un inmenso alivio.

No estaba seguro de si los ciegos morirían o si simplemente seguirían adelante, ignorando cualquier necesidad biológica como dormir o comer. Resulta que aún son humanos, al menos en lo físico. Y o bien no encuentran nada que comer, o han olvidado cómo hacerlo. Sea como sea, para él son buenas noticias.

Como no tiene oído, Nick está acostumbrado a depender de la vista, y mientras camina, escudriña constantemente en todas direcciones, asegurándose de que nadie se le acerque por sorpresa. Por eso capta el movimiento a través del escaparate. Es una pastelería, y hay tres personas dentro. Ninguna parece ciega, pero una lleva un martillo, y deja ver con claridad sus intenciones agresivas.

Nick se detiene justo fuera y se inclina hacia delante para ver qué ocurre.

El tipo grande con el martillo avanza con decisión, claramente con intención de atacar a los otros. Cuando, de repente, decide golpearse en la sien con el martillo. Se desploma en el suelo y deja caer el arma.

Nick observa atónito a las otras dos personas y, de pronto, reconoce a una de ellas. Una descarga eléctrica le recorre el cuerpo de arriba abajo.

«Es él. Es el tipo que le echó encima a la pareja de ciegos.»

Nick ha vuelto mentalmente docenas de veces a aquel extraño encuentro. Estaba medio dormido cuando ese tipo delgado entró tambaleándose y empezó a hablarle como si fueran viejos amigos, lo que hizo que todo resultara aún más raro y difícil de asimilar. Pero algo que dijo se le quedó grabado a Nick.

«… tenemos a alguien con nosotros que no necesita volver a verte con vida.»

Esa "alguien" solo podía ser Nora. Nick no tiene a nadie más que le importe de verdad. Si ese tipo la ha secuestrado de algún modo y la mantiene retenida en algún lugar, puede haberle hecho creer que Nick ha muerto, lo que probablemente la dejaría sin muchas ganas de resistirse.

Nick recuerda vagamente haber visto el rostro de Nora justo antes de perder el conocimiento. Al principio creyó que había sido un sueño, pero, tras lo que dijo aquel tipo, se inclina a pensar que Nora estuvo realmente allí y que lo dio por muerto.

Es una suposición arriesgada, sí, pero explicaría muchas cosas.

Y ahora, al volver a ver a aquel tipo, todo cobra aún más sentido. En ese instante, Nick está convencido de que eso fue exactamente lo que ocurrió.

«Se la llevó. Sabe dónde está Nora. Tengo que seguirlo.»

El tipo delgado y el otro se acercan a la puerta de cristal que da a la calle.

Nick retrocede un poco más, manteniéndose fuera de su vista. No puede esconderse del todo, porque eso implicaría perderlo de vista. Cuando el tipo abre la puerta, Nick espera que salgan a la calle y se pega contra la pared, listo para ocultarse.

Ve al pelirrojo dar un paso adelante, pero… no sale.

Es entonces cuando Nick capta el reflejo en el mostrador de cristal. Puede ver claramente la puerta abierta, pero al otro lado no se ve la calle. En su lugar, hay un edificio de almacenamiento muy grande. Tan grande, de hecho, que Nick no recuerda haber visto nunca algo así —le da casi la impresión de ser un hangar de aviones.

Entonces el tipo —aparentemente captando a Nick con el rabillo del ojo— gira la cabeza y lo mira directamente. Nick se echa hacia atrás, golpeándose la cabeza contra la pared. Se queda allí, rígido como una tabla, sin atreverse a mover un músculo.

«¿Me ha visto? Creo que sí. ¡Mierda!»

Nick no tiene más remedio que volver a mirar. Necesita saber si el tipo va a por él.

Pero cuando se asoma de nuevo, el tipo ya no está. La puerta está cerrada. La única persona que queda dentro de la pastelería es el grandullón, que aún se revuelca en el suelo, intentando levantarse.

Nick frunce el ceño.

«¿Por qué se ha ido?»

Podría ser una trampa. El tipo dejó claro que quería a Nick muerto, así que ¿por qué, si lo ha visto ahora —y Nick está un noventa y cinco por ciento seguro de que sí—, no ha venido a por él otra vez?

Algo más de lo que dijo le viene a la mente.

«No soy un hombre violento. Nunca lo fui.»

Parecía sincero. Aunque el tipo provocó la paliza y el intento de asesinato, no le hizo daño a Nick directamente. En su lugar, usó a la pareja ciega.

Un sexto sentido hace que Nick se dé la vuelta. Y ahí los ve. Al otro lado de la calle. Saliendo en tropel por las puertas dobles de una ferretería. Docenas de ellos. Hombres, mujeres, adolescentes, incluso niños. Todos ellos ciegos.

Se dispersan y, como una jauría de sabuesos, empiezan a olfatear el aire, obviamente intentando captar un olor. El suyo.

Nick no pierde ni un segundo y echa a correr calle abajo tan rápido como puede. Gira en la primera esquina, cruza a la siguiente calle, se mete por un callejón estrecho, vuelve a girar… todo mientras echa un vistazo atrás cada veinte pasos.

Cuando por fin cree haber despistado a los ciegos, se detiene y se apoya en la barra de una marquesina de autobús. En el banco hay un anciano tumbado de lado, abrazado a sus propias rodillas. Lleva claramente muerto un buen tiempo: unas moscas entran y salen por su boca abierta.

Da un paso atrás para no inhalar el olor del cadáver. Tarda unos minutos en recuperar el aliento. Siente el corazón latiendo a toda velocidad, y un hormigueo le recorre brazos y piernas. Sigue débil por la pérdida de sangre. Se mira la tirita: sigue bien sujeta. La herida que cubre palpita, pero no parece que se haya soltado ningún punto.

No deja de mirar a su alrededor, prestando especial atención a cada puerta y verja a la vista. Espera a medias que una de ellas se

abra de golpe y aparezca otra horda de ciegos.

No ocurre. Al menos no por el momento. Aun así, será mejor que siga adelante. No es buena idea quedarse quieto mucho tiempo. El problema es que todavía no sabe adónde ir. Hasta ahora, ha estado buscando a Nora al azar, pero ahora tiene la firme sensación de que sabe dónde está: dondequiera que ese tipo delgado la haya llevado.

«Ese lugar que vi a través de la puerta… solo podía ser un hangar. Y el único aeropuerto con un hangar así de grande…»

Nick nunca estuvo en el ejército. Pero es un fanático de los aviones desde hace años, y soñó alguna vez con ser piloto. No era imposible, pese a su discapacidad, pero nunca llegó a perseguir ese sueño.

Si tiene razón y lo que vio era la Base Aérea de Karup, entonces Nora está más lejos de lo que esperaba. Al menos a ciento sesenta kilómetros en línea recta. Casi el doble si tiene que seguir las carreteras.

Nick se lo plantea. Puede que haya otra forma. Una forma más rápida. La que usa ese tipo delgado.

Por supuesto, Nick no puede abrir esas puertas como él. Pero puede colarse detrás. Si tan solo hubiera una manera de hacer que el tipo vuelva a aparecer, Nick podría lanzarse tras él en cuanto se abra otra.

La pregunta es: ¿qué hará falta para atraerlo?

Nick echa a andar de nuevo, mordiéndose el labio, mientras una idea empieza a tomar forma en su mente.

4

MELISSA

—¿Esposa? Disculpe, ¿Esposa?

Está concentrada repasando las fechas en la pizarra blanca colgada de la pared y no registra la pregunta hasta que alguien le da un golpecito en el codo.

Melissa gira la cabeza y ve a un tipo bajo y gordo que la observa entrecerrando los ojos tras unas gafas de montura gruesa. Lleva un delantal y una cinta a juego en la cabeza, y suda bastante.

—Lo siento, Esposa, pero nos hemos quedado sin aceite otra vez.

Melissa aún no se ha acostumbrado a que la llamen así, por eso no reaccionó al principio. En realidad, tampoco es que estuviera concentrada en las fechas. Simplemente estaba allí, de pie, mirándolas, masticando el rotulador. Su mente estaba en otra parte. A pesar de haber intentado todo el día centrarse en el trabajo, su pensamiento vuelve una y otra vez a lo que sintió anoche al despertarse.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunta el tipo, señalando con una espátula metálica grasienta la fila de sartenes humeantes tras él—. Realmente necesito más aceite.

Varias hamburguesas ya se han frito y se acumulan en platos, pero la mayoría siguen crudas y rojas, esperando su turno. El primer turno de comensales hambrientos empieza a reunirse en las mesas,

y los trabajadores de la cocina se apresuran a repartir platos, cortar tomates, lechuga y cebolla, y llevar panecillos calientes a la mesa.

Melissa se aclara la garganta e intenta ordenar sus ideas.

—Mañana por la mañana llega más aceite —dice por fin—. Pedí que trajeran cien galones extra, así que debería haber suficiente.

—Sí, eso está muy bien —responde el gordo, balanceando su considerable peso de un lado a otro—. Pero eso no nos sirve de mucho ahora, ¿verdad? Todavía tengo que freír doscientas hamburguesas y se están empezando a quemar y a pegar a la plancha.

Melissa mira la placa que lleva prendida en una de las tiras del delantal. Dice "El Chef".

—Mire, Chef —dice ella—. Estoy segura de que si simplemente baja un poco el fuego de las cocinas, entonces…

—No, ya lo intenté —la interrumpe el Chef, sacudiendo la cabeza mientras gotas de sudor salen disparadas de su papada—. Igual se queman. La carne es demasiado magra, no tiene suficiente grasa.

—Pues usted sí que tiene —murmura Melissa por lo bajo.

—¿Perdone?

—He dicho: Use mantequilla.

—Pero eso se supone que es para el pan del desayuno y…

—Y para entonces, ya habrá llegado más mantequilla.

El tipo se encoge de hombros.

—Está bien, entonces.

—¿Y, Chef?

El gordo estaba a punto de darse la vuelta, pero ahora duda.

—¿Sí?

Melissa señala la pizarra.

—Se supone que debemos seguir el sistema "primero en entrar, primero en salir", ¿recuerda? Los pimientos y el brócoli están empezando a estropearse y deberían haberse usado antes que las zanahorias y las coliflores. Asegúrese de revisar las fechas.

El Chef dice algo, pero a Melissa no le importa quedarse a escucharlo. Necesita descansar, sentarse un momento. Lleva todo el día de pie.

Se quita la redecilla del pelo y se la guarda en el bolsillo. Los pantalones negros le resultan cada vez más incómodos. Debe de haber comido algo que le ha sentado mal, porque se siente hinchada.

O quizás sea porque…

Melissa aparta esa idea de inmediato. No quiere pensar en ello. Lo que sintió moverse ahí abajo fue gas, nada más. Probablemente las coles de Bruselas que comió anoche. Tenían un color demasiado amarillento.

«Ese idiota gordo… no sabe ni revisar una simple lista de fechas…»

Siente una ira desproporcionada dirigida al Chef mientras cruza el hangar a grandes zancadas, esquivando a otras personas que siguen trabajando. Todos se apartan rápidamente al reconocerla. Algunos asienten, sonríen o incluso hacen una leve reverencia. Al principio le resultaba halagador, pero ahora toda esa atención no deseada empieza a incomodarla seriamente.

Por supuesto, en realidad no está enfadada con el Chef. Lo está consigo misma. Por la situación en la que se ha metido. Todo por curiosidad.

Mirando atrás, debería haber rechazado educadamente la propuesta de Fritz. Pero el verdadero error fue consumar su matrimonio. Desde aquella noche, Melissa no se ha sentido bien. Y cuando se despertó más tarde esa misma noche, juraría que sintió algo moverse en su vientre. Algo giró.

Levantó la manta y lo vio con sus propios ojos. Bajo su ombligo, la piel se alzó un instante, como una ola deslizándose de izquierda a derecha, para luego desvanecerse. Lo quequiera que se agitase en su interior volvió a quedar en calma.

«Gas. Solo era una mala digestión.»

Melissa no estaba embarazada. No era posible. Y si lo estuviera, desde luego no podría sentir nada en el útero solo unas pocas horas después. El cuerpo humano no funciona así.

Pero… ¿y si no es un bebé lo que está creciendo ahí dentro?

Melissa siente una oleada de miedo helado recorrerle el cuerpo y llega a la puerta del baño justo a tiempo para agarrarse al marco y

sostenerse. Se queda allí un minuto, respirando con fuerza y los ojos cerrados, notando cómo el sudor del pánico vuelve su piel pegajosa.

«Basta. Solo estás asustándote a ti misma inventando tonterías.»

Se desabrocha los pantalones, se los baja y se deja caer sobre el inodoro con un suspiro. Orina lo que parece una cascada, apoyando el rostro en las manos. Cuando por fin vacía la vejiga, se siente un poco mejor. Se pone de pie y se sube los pantalones. Probablemente solo sean hormonas provocando todos esos pensamientos y emociones disparatadas. Desde que el mundo se fue al infierno, Melissa no ha podido mantener la dieta sana y vegana que solía seguir, y sabía que un cambio brusco de alimentación podía provocar que los niveles de estrógeno…

Ahoga un grito al girarse para tirar de la cadena.

El inodoro parece como si alguien hubiera volcado en él un cubo de pintura roja. Hay tanta sangre que le cuesta creer que haya salido toda de su cuerpo. Recuerda que, cuando aún tenía la regla, incluso una cantidad relativamente pequeña de sangre ya resultaba espantosa en la taza. Pero esto… esto es otra cosa. Esto son litros de sangre. Muchísima más de la que perdió cuando…

En un instante, Melissa ve un lavabo igual de rojo, sus manos temblorosas suspendidas sobre él, dos finos chorros de sangre brotando de sus muñecas, el cuchillo de pelar junto al grifo, la punta reluciente con más sangre.

Melissa deja escapar un gemido mientras empuja con fuerza ese horrible recuerdo hacia el fondo. Da un traspié hacia atrás y choca contra la pared. Se queda allí durante medio minuto, hiperventilando, esperando perder el conocimiento.

No lo hace. Y entonces el pánico, de alguna forma, se disipa. Se instala en el fondo de su mente, dejándole una ansiedad punzante.

Es irracional. Nadie debería poder sobrevivir a una pérdida de sangre así. Como mínimo, debería haberse desmayado o sentirse mareada.

Va hasta el espejo y se mira. Todavía tiene color en las mejillas. Todavía hay brillo en sus ojos.

«¿Cómo es posible?»

Entonces, como si respondiera a su pregunta, algo se mueve de nuevo en su vientre, haciéndola estremecer. Y entonces lo comprende.

«No voy a morir. Al menos no todavía. No me lo permitirá. Porque todavía me necesita.»

5

GINA

Gina se escurre el agua del pelo y sale de la ducha. El cuarto de baño es más nuevo, más amplio y más bonito que cualquier cosa que jamás haya podido permitirse. Coge una toalla limpia del estante y se cubre el rostro con ella, inhalando el aroma floral del suavizante.

Todavía le sorprende. Cómo las pequeñas cosas de repente se sienten enormes. Cómo cada pequeño momento es nuevo y está lleno de vida. Como si fuera la primera vez que lo experimenta todo. Han pasado… ¿cuatro días completos? No puede decirlo con certeza, porque el tiempo parece importar mucho menos ahora, y aun así, esta nueva forma de percibir y relacionarse con todo y con todos los que la rodean no ha desaparecido. Al contrario, cada vez es más intensa.

Se pregunta si alguna vez…

Se oye un suave golpecito en la puerta.

—¿Mamá? —la voz de Anton—. El desayuno está listo. Estamos a punto de sentarnos.

—Voy, cariño —responde por encima del hombro—. No debéis esperar por mí. Por favor, decidles que empiecen sin mí.

—De acuerdo.

Se seca con la toalla, luego toma la ropa, que está recién lavada y perfectamente doblada junto al lavabo. Karen lavó toda su ropa, a

pesar de que el refugio tiene prendas en todas las tallas. Gina podría encontrar fácilmente algo que le quedara bien, pero por alguna razón, prefiere llevar su propia ropa. La sudadera tiene una manga rota, pero no le importa.

Justo cuando va a ponerse el sujetador, se detiene para mirarse en el espejo. Se ve muy distinta de la Gina que solía ver. Ha perdido algo de peso, lo que la hace parecer aún más en forma que antes, pero lo que más ha cambiado son sus ojos. Es como si estuviera más presente.

Se viste y sale del baño, aún lleno de vapor.

Cuando se une a los demás en el salón, todos están sentados salvo Lisa, que está trayendo las últimas cosas de la cocina.

—No está nada mal esto —dice Patrick, pasándole la mantequilla a Victor—. Podría acostumbrarme totalmente a los huevos en polvo y el bacon liofilizado. Oh, hola, Gina.

—Buenos días —responde ella, notando que ninguno de ellos parece haber dormido bien.

Han pasado la mayor parte del tiempo separados, encerrados en sus habitaciones, con auriculares, viendo películas, leyendo libros o simplemente sin hacer nada. Solo se reúnen para las comidas. El ambiente en la casa se vuelve más denso cada día. Aunque Gina no se ve realmente afectada por ello, lo percibe claramente. Tiene la certeza de que todos están esperando la aparición de sus fantasmas.

El único que parece imperturbable —además de Gina— es Tommy. Dice que duerme bien por las noches y, por lo que Gina puede ver, no miente. Aunque tiene unas semicircunferencias violáceas bajo los ojos, está de mejor humor que el resto. También tiene mucho más apetito: ahora mismo está al final de la mesa, comiendo huevos revueltos.

Después de que él y Otto se unieran al grupo, Tommy contó que había vivido una experiencia muy similar a la de Gina. Su fantasma era su padre enfermo, que lo siguió durante días, hasta que finalmente Tommy lo enfrentó de una vez por todas.

—Le dije que se fuera a la mierda y que me dejara en paz —les contó el chico con una sonrisa—. Eso bastó. No lo he vuelto a ver desde entonces.

Gina notó cómo tanto Anton como Victor miraban a Tommy con admiración —como solían hacer con los chicos un par de años mayores que ellos—. Patrick lo felicitó por haber "expulsado" a su fantasma, y Lisa lo miraba directamente enamorada. Sin embargo, Gina también observó la cara de Otto cuando Tommy hablaba, y el chico regordete y callado no parecía muy impresionado. Gina también sintió algo extraño mientras lo escuchaba hablar de su fantasma. No lo conocía lo suficiente para saber si decía la verdad, y aunque su intuición le decía que la mayoría de lo que contaba era cierto, había algo en su manera de relatarlo tan despreocupada, casi indiferente. Tal vez fuera su forma de gestionar el trauma. Si era así, difería bastante del modo en que Gina lo había hecho. O, más probablemente, podría tratarse de una fachada. ¿Por qué mentiría Tommy sobre haber superado a su fantasma? Gina no podía decirlo con certeza. Tal vez por vergüenza. Quizá no quería parecer débil.

Se sienta junto a Anton. Victor está enfrente, al lado de Patrick. Karen y Lisa están sentadas cerca de la cocina, con Tommy y Otto en el extremo opuesto. Rex, el labrador negro, rara vez se separa de Otto y siempre se acurruca bajo su silla durante las comidas.

—Aquí tienes, mamá —dice Anton, pasándole el plato donde quedan algunas tiras de bacon.

—Gracias, cielo. —Mira alrededor de la mesa. Todos están ocupados comiendo y evitando el contacto visual. Como de costumbre, la presencia de Gina parece haber acabado con cualquier conversación trivial. Todos saben lo que viene. Ella se aclara la garganta—. Entonces, ¿qué tal ha ido la noche para todos? ¿Alguien ha hecho algún progreso?

Patrick resopla.

—Si con eso te refieres a si apareció nuestro puto fantasma, entonces no, por mi parte.

—El mío tampoco —dice Karen, secándose la boca con una servilleta.

Lisa niega con la cabeza, y tanto Victor como Anton se encogen de hombros. Otto murmura:

—No.

Tommy ni siquiera levanta la vista de su plato, que ya está casi vacío.

—Es extraño —murmura Gina—. Ya han pasado varios días. Empiezo a pensar que quizá estemos protegiéndonos unos a otros.

Esto le gana algunas miradas.

—¿Cómo así? —pregunta Lisa.

—Bueno, al vivir todos juntos bajo el mismo techo, sospecho que podríamos haber creado una especie de… campo energético protector que los fantasmas no pueden atravesar.

Patrick da un trago de zumo.

—¿Dices eso solo porque no hemos visto nada en unos días? Estás sacando conclusiones muy rápido, Gina.

—No, es más bien una sensación —insiste Gina—. Porque puedo notar que sigue aquí. La energía mala. El trauma. Está en el aire. ¿No lo notáis vosotros?

De nuevo evitan mirarla a los ojos, y Gina interpreta eso como un "sí".

Sigue hablando:

—Así que la pregunta es: si esa energía maligna sigue aquí, ¿por qué no está haciendo nada? Mi fantasma no dejaba de venir a por mí, cada vez con más fuerza, y al menos tres de vosotros ya habíais visto a los vuestros. Entonces, ¿por qué ahora se están echando atrás?

—Podríamos ser nosotros —dice Tommy, eructando de lado mientras se recuesta en la silla—. Tú y yo, Gina. Ambos ganamos el juego, así que quizá hayamos alcanzado una especie de inmunidad de nivel superior que está protegiendo a los demás.

—Puede ser —murmura Gina—. Pero no lo tengo claro.

Sea cual sea la razón, a Gina no le gusta. Está convencida de que los fantasmas —o lo que sea que realmente representan— deben ser enfrentados tarde o temprano. Y cuanto más se retrase lo inevitable, más fuerza tomará. Cuando finalmente vuelva, podría ser abrumador e imposible de afrontar para los demás.

Aun así, no puede hacer nada para romper el estancamiento. No es como meterse los dedos en la garganta y vomitar lo que has ingerido. Esto escapa a su control. Lo único que pueden controlar es

cómo reaccionarán cuando llegue. Solo espera que sus hijos y los demás no sean tomados por sorpresa por este respiro.

—Oh, mierda, casi lo olvido —dice Patrick, aclarándose la garganta y dejando el tenedor—. Cuando salí al amanecer a por provisiones, vi un cartel fuera de la iglesia, a cuatro manzanas. Ponía INMUNE EN EL INTERIOR. Me pareció ingenioso escribirlo así. De ese modo, los ciegos no tendrán ni idea.

—Eso es genial —exclama Victor—. ¡Significa que no estamos solos!

—¿Viste a alguien? —pregunta Lisa.

—No, tenían las ventanas tapiadas, pero había dos coches fuera que parecían en buen estado, así que asumí que quien puso el cartel seguía dentro.

—¿Deberíamos contactar con ellos? —pregunta Karen, mirando de Patrick a Gina.

—Yo digo que sí, joder —responde Patrick sin dudar—. ¿Qué tenemos que perder? Cuantos más, mejor, ¿no?

—También podría ser una trampa —dice Lisa en voz baja, frunciendo el ceño mientras empuja los huevos con el tenedor—. Quizá están intentando atraer gente.

—¿Para qué? —pregunta Patrick.

La chica se encoge de hombros.

—Para robarles. O matarlos. No sé. La gente puede hacer cosas muy retorcidas entre sí. Especialmente ahora.

—Creo que Lisa tiene razón —dice Gina—. Debemos tener cuidado.

—Pero… —empieza Patrick.

—Pero también creo que tú tienes razón, Patrick —continúa Gina —. Deberíamos contactar con ellos. Si el cartel es un intento sincero de encontrar a otras personas inmunes para unir fuerzas, no podemos dejar pasar esa oportunidad.

—Perfecto —asiente Patrick—. Llevaré el arma y conduciré hasta allí en cuanto acabe de comer.

—Tengo otra propuesta —dice Gina con calma—. ¿Por qué no vamos Tommy y yo?

Todos la miran sorprendidos.

Patrick frunce el ceño.

—¿Por qué vosotros dos, exactamente?

—Porque así podremos poner a prueba la teoría de Tommy —dice Gina, mirando con sinceridad a Tommy al otro lado de la mesa, quien la observa con atención—. Si tiene razón en que él y yo estamos manteniendo alejados a los fantasmas, lo sabremos con certeza cuando volvamos. ¿Qué dices, Tommy? ¿Te apetece?

Chasquea la lengua, luego sonríe y asiente.

—Claro. Me vendría bien un poco de aire fresco.

—Genial —dice Gina—. Entonces iremos…

Se detiene al ver que Patrick, Victor y Lisa giran la cabeza para mirar algo que está detrás de ella. A juzgar por las expresiones de sorpresa e impacto en sus rostros, lo que están viendo es completamente inesperado.

Gina se gira en la silla y ve a un hombre de pie en el umbral de la cocina. Lleva un abrigo negro, vaqueros y unas botas pesadas. Parece no haber dormido en días y, sin embargo, sus ojos, de un azul penetrante, recorren con intensidad a las personas sentadas a la mesa.

—¿Pero qué coño…? —exclama Patrick, poniéndose de pie de un salto—. ¿Quién demonios eres tú?

—Pido disculpas por la intromisión —dice el hombre, levantando las manos para mostrar que están vacías—. No estoy armado, ni pretendo hacer daño o amenazar a nadie…

—¿Y cómo coño has entrado aquí? —insiste Patrick—. ¡Esto parece una puta estación de tren!

—Por favor, tengo muy poco tiempo —dice el hombre, con voz nerviosa—. Necesito hablar con vuestra líder durante unos diez minutos. Es muy importante.

—Mira, tío —dice Patrick, rodeando la mesa para acercarse—. No tienes ningún derecho a colarte aquí como si nada y…

—Patrick —dice Gina, tomándolo por la muñeca al pasar junto a ella—. Por favor, escuchemos lo que tiene que decir.

Patrick frunce el ceño, pero se detiene.

—Al menos dinos cómo cojones has entrado en la casa —le dice al hombre—. ¿Tengo que salir a reemplazar una ventana o qué?

—No —responde el hombre, sacudiendo la cabeza—. No, te lo aseguro, no he roto nada. Todas las puertas y ventanas están intactas. He llegado por… medios no convencionales.

Patrick resopla.

—¿Qué coño se supone que significa eso? ¿Que te has teletransportado desde tu nave espacial o qué?

El hombre está a punto de responder, cuando de pronto parece percibir algo, porque se da la vuelta de golpe, haciendo que su chaqueta se agite. Todos en la mesa se sobresaltan.

—¿Qué demonios? —murmura Victor—. ¿Qué pasa? ¿Hay alguien más aquí?

El hombre se queda mirando hacia el pasillo durante varios segundos sin decir nada. Luego, aparentemente satisfecho de que fue una falsa alarma, se gira de nuevo hacia la mesa.

—Por favor, tenemos que irnos. No quiero atraerlos aquí. —Respira con rapidez. Un nervio le tiembla junto al pómulo derecho—. Por favor, decidme, ¿quién es vuestra líder?

La pregunta le parece absurda a Gina. Como si fueran niños jugando a balón prisionero y tuvieran que elegir capitán.

—Yo lo soy —dice Patrick, acercándose al hombre—. Pero no iré a ningún lado contigo hasta que nos digas quién demonios eres y de qué va todo esto.

El hombre lo observa, frunce el ceño, y luego dice:

—No. Tú no eres. —Escanea sus rostros rápidamente, hasta que sus ojos azules se detienen en Gina—. Tú —dice—. ¿Vendrás conmigo, por favor?

Gina se levanta lentamente de la silla. Por alguna razón difícil de explicar, tiene la firme sensación de que puede confiar en ese desconocido que acaba de aparecer de la nada. No tiene sentido, salvo por el hecho de que, en un nivel más profundo, percibe que es sincero, que no es una persona violenta y que lo que tiene que decir es, de verdad, importante.

Y, de repente, la invade una intensa sensación de déjà vu. Está absolutamente segura de que nunca ha visto a ese hombre, y sin embargo, lo reconoce.

En un instante, recuerda la horrible pesadilla que tuvo justo antes de salir de casa para enfrentarse a su fantasma. El sueño en el que perdía a Victor.

«¡No, Victor! ¡Vuelve conmigo!»

«No puedo. Y tú no puedes salvarme. A no ser que… a no ser que lo encuentres.»

«¿A quién? ¿A quién, Vic?»

«A Franz, por supuesto.»

Gina parpadea, dándose cuenta de que todos la están mirando, esperando su respuesta. Alza la vista hacia el hombre y pregunta:

—¿Te llamas Franz?

El nervio vuelve a contraerse. Luego él asiente.

—De acuerdo —se oye decir Gina—. Iré contigo. Siempre que me traigas de vuelta aquí.

—Por supuesto —dice el hombre, lanzando otra mirada a su alrededor—. Ven, por favor. Tenemos que irnos ahora mismo.

—¡Mamá! —exclama Anton justo cuando Gina está a punto de seguir a Franz—. ¿Estás segura de esto?

Le sonríe con suavidad para transmitirle calma.

—No permitiré que me pase nada. Lo juro. Volveré pronto.

Luego se gira para seguir al hombre. Para su sorpresa, no se ha dirigido al pasillo, como esperaba. En su lugar, ha ido hasta la puerta del armario de limpieza, al fondo de la cocina. Tiene la mano sobre el pomo, como si esperara a que Gina llegara.

—Esa no es una salida —le dice Gina—. No podemos…

Se interrumpe al ver que él abre la puerta y revela algo que no tiene ningún sentido. El armario ha desaparecido, sustituido por lo que parece ser un rellano en una escalera. Una suave luz matinal entra por una ventana, y Gina reconoce el color del linóleo. Es su antiguo apartamento.

Al ver su sorpresa y vacilación, Franz le dice:

—Por favor, solo confía en mí. Te lo explicaré todo.

—Hostia… —susurra Victor desde atrás.

Gina se gira y ve a él, Anton, Tommy y Patrick de pie, mirando boquiabiertos a través de la puerta abierta del armario.

—¿Cómo está haciendo eso? —murmura Anton.

—Eso sí que es un truco de fiesta —dice Patrick.

—Ahora vuelvo —les dice Gina. Luego atraviesa la puerta y sigue al hombre.

6

TOMMY

—Entonces, Tom-Tom… ¿qué opinas de todo esto?

Tommy está sentado en la cama, arrancando el borde de su zapatilla. Está demasiado ocupado para levantar la vista.

—¿Qué opino de qué? —murmura, usando la uña para despegar una tira de goma—. Pues que esto es basura china, por supuesto. Mamá siempre fue demasiado tacaña como para comprar calzado de verdad, así que tenía que conformarme con esta porquería. Mira cómo se está despegando la goma. Tienen solo un mes…

—No hablaba de tus zapatos, Tom-Tom.

—¿Ah, no? —murmura Tommy, frotando con el dedo—. ¿De qué, entonces?

—Gina. Que se haya marchado así. Que aparezca un desconocido de la nada para llevársela a saber adónde… ¿no te suena a alarma?

Tommy se encoge de hombros, lanzando un trozo de goma a la papelera.

—Supongo que ya nos contará de qué iba todo cuando vuelva.

—Si vuelve.

—Sí, si. A lo mejor la mató. ¿Ese es tu punto? ¡Joder, arranqué demasiado! —Tommy lanza la zapatilla entera contra la papelera con tanta fuerza que la vuelca—. ¡Pedazo de mierda! En fin, al menos no tengo que pagar por unas nuevas. Puedo ir a la tienda más cercana y coger unas.

—Lo que quería decir es: ¿y si se fue para siempre?

Tommy suspira y por fin mira a su padre.

—No vas a soltar el tema, ¿verdad?

La cama del hospital está allí, junto a la suya, con su soporte de suero, respirador y todo. Aunque ya casi es mediodía y el sol brilla fuera, el rostro de su padre está —como siempre— en sombras, y sus rasgos apenas se distinguen.

—Solo digo que es muy raro —dice su padre, encogiéndose de hombros—. ¿No crees que al menos vale la pena comentarlo?

—Supongo —bosteza Tommy, frotándose un ojo con la base de la palma—. Solo que estoy algo mareado, nada más.

Últimamente se ha sentido así muy a menudo. Especialmente cuando su padre está cerca. Empezó desde que llegaron a este lugar. Sus pensamientos se dispersan. Le cuesta centrarse en algo durante más de unos minutos.

—Estás bien, hijo —dice su padre, dando por concluido el asunto con un gesto leve de su mano pálida y huesuda—. Ahora dime, ¿quién crees que era ese tipo, exactamente?

—¿Qué tipo?

—El que vino a hablar con Gina.

—Ah. Pues… la verdad, no me lo he planteado.

—¿Quieres saber lo que yo creo?

—Claro…

—Creo que era un problema.

—¿Por qué?

—Para empezar, ¿viste su cara? ¿Sus ojos, en particular? —Su padre se estremece bajo la manta del hospital—. Solo pensarlo me pone la piel de gallina.

Tommy recuerda el rostro del hombre. Tenía el pelo negro, grasiento, y una expresión solemne. Por lo demás, rasgos bastante normales. Excepto por los ojos. Sí que parecían raros. Muy intensos. Casi demasiado.

—Y la forma en que hablaba con Gina —continúa su padre con tono pensativo—. ¿No parecía como si…? No sé, como si no fuera la primera vez que se veían.

Tommy intenta recordar. Le cuesta precisar quién dijo qué.

—No sé, podría ser. Ahora que lo dices, creo que tienes razón, papá. Si lo pienso bien, ¿Gina no conocía su nombre?

—Creo que sí. Eso también explicaría por qué no dudó en irse con él. Quiero decir, si de verdad fuera un completo desconocido, ¿se marcharía así como así, dejando atrás a sus hijos?

—No, desde luego que no —murmura Tommy.

—Creo que está tras de ti, Tom-Tom —sigue su padre—. No me gusta cómo te habla últimamente. ¿Y a ti?

—No, a mí tampoco.

—Por eso quería que fueras con ella a esa iglesia. Lleva tiempo intentando quedarse a solas contigo, ¿no te has dado cuenta?

Tommy recuerda. Es verdad. Más de una vez, Gina se le ha acercado cuando estaba solo, fingiendo que solo quería saber cómo se encontraba, pero luego, al pensarlo mejor, Tommy se dio cuenta de que lo que intentaba era sonsacarle. Meterse en su cabeza. Hacer que revelara que su padre aún estaba con él.

Hasta ahora, Tommy ha conseguido no cometer errores, y se esfuerza por no pasar demasiado tiempo a solas con ella.

Claro que esa fue la razón de que propusiera ir juntos a la iglesia: tenerlo atrapado en el coche, sin posibilidad de escapar a sus preguntas y miradas inquisitivas.

—Entonces, ¿a dónde fueron? —murmura Tommy—. Gina y ese tipo, quiero decir…

—Ni idea. Quizá solo necesitaban hablar en privado.

Tommy frunce el ceño. No le gusta. Hay algo turbio en todo aquello. No puede creer no haberlo visto antes de que su padre se lo hiciera notar. Le ha ocurrido varias veces en los últimos días: su padre le hace reparar en cosas que antes se le escapaban. Como cuando Patrick —o Cara de Serpiente, como lo llama en secreto— le lanzaba miradas furtivas durante el desayuno. O cuando Victor metió el pulgar en su vaso al poner la mesa anoche. O cuando Lisa se reía por lo bajo de él porque tenía mayonesa en la mejilla y no se había dado cuenta.

Todos esos pequeños detalles —y muchas otros— están empezando a hacerle lamentar haber vuelto. No se siente precisamente bienvenido, y cada vez pasa más tiempo solo en su

habitación. Incluso Otto ha empezado a mirarlo como si albergara pensamientos poco agradables sobre él.

—Eso me pasa por salvar a ese idiota gordo y traerlo conmigo. Habría muerto sin mi ayuda.

Apenas se da cuenta de que lo ha dicho en voz alta. No es que importe; su padre puede leerle la mente. Más de una vez ha estado a punto de hablar solo delante de los demás, y ha logrado disimularlo tosiendo o aclarándose la garganta. Pero debe tener cuidado. Nota cómo empiezan a volverse más suspicaces.

—Quizá debería largarme a la mierda. Si estos imbéciles no me quieren aquí, pues muy bien. Tampoco es que tenga ya nada que temer…

No solo está libre de ese miedo constante que pesa sobre los demás —el miedo a su fantasma—, sino que, con la única excepción de Gina —o Gisas, como la llama en privado, porque está tan jodidamente salvada y no deja de predicarles—, también ha dejado de ser un blanco para los ciegos. Lo descubrió anoche, cuando le birló un cigarrillo a Patrick de su chaqueta y salió por la ventana del baño para fumárselo. Su padre, que aparece allí donde esté Tommy, no lo aprobó del todo. Pero, afortunadamente, cada vez es menos severo, y dejó pasar el tema rápidamente.

Tommy estuvo allí fuera unos veinte minutos, apoyado contra la pared, disfrutando del aire fresco y del hermoso atardecer sobre el tejado del vecino. También se sorprendió a sí mismo admirando la grieta en el cielo. Era más grande que nunca, casi alcanzaba el horizonte en todas direcciones. Antes nunca le gustaba mirarla demasiado —le producía una sensación rara y opresiva en el pecho —. Pero eso ha desaparecido. Ahora solo siente fascinación y asombro.

Aspiró profundamente y se entretuvo formando anillos de humo, justo cuando el silencio de la tarde se quebró de pronto con el crujido de unas ramas.

Tres ciegos atravesaron el seto: un hombre, una mujer y una chica adolescente un poco mayor que Tommy —posiblemente familiares. O tal vez se encontraron por casualidad y se aliaron. Sea como sea,

iban buscando problemas. Movían la cabeza con sacudidas rápidas, chasqueaban los dientes, gruñían y olfateaban.

Tommy tiró la colilla y estaba a punto de volver a entrar, cuando su padre le susurró:

—Espera un momento, Tom-Tom. No creo que tengas motivos para huir.

Tommy no estaba del todo convencido, y le costó esfuerzo quedarse. Pero también confiaba en su padre, y tenía curiosidad. Así que mantuvo la vista fija en el trío de ciegos, que olfateaban hacia donde él se encontraba, seguramente siguiendo el rastro del humo.

El hombre fue el primero en alcanzarlo, deteniéndose a pocos pasos de Tommy. Hacía tiempo que no veía a ninguno de cerca, y había olvidado lo espantosos que eran. Durante un breve instante, le vino a la mente el rostro de su madre cuando lo atacó en el apartamento. Ese recuerdo le provocó un dolor agudo que, al instante, se transformó en ira.

—¿Qué miras? —le soltó al ciego—. Ah, claro, no estás mirando nada, cabrón ciego.

El hombre mostró los dientes en lo que podría haber sido una mueca feroz. Pero a Tommy le pareció más bien una sonrisa. Como si dijera sin palabras: «Buena esa. Me pillaste, colega».

—Lárgate —le dijo Tommy—. Déjame en paz.

Y, para su sorpresa, el ciego obedeció. Giró brevemente la cabeza, gruñó una vez y luego siguió caminando a lo largo de la casa, palpando las ventanas cerradas. Era algo habitual —escuchar a los ciegos tantear las ventanas tapiadas—. Sobre todo por la noche, cuando Tommy se despertaba con el sonido de dedos buscando una entrada. Nunca lo había visto desde fuera.

La mujer miró brevemente en dirección a Tommy y luego siguió a su compañero.

La chica, sin embargo, se acercó aún más que su padre, y alzó la vista hacia Tommy con unos ojos ciegos e inquisitivos. En realidad, era guapa —o al menos debía de haberlo sido, antes de quedarse ciega. Llevaba una camiseta de tirantes, y Tommy no pudo evitar fijarse en su incipiente busto. Se lamió los labios agrietados con una lengua rosada y espumosa, casi como si deseara besarlo.

Tommy resopló.

—No pienso magrearte, así que olvídalo.

Tal vez la chica había sido curiosa cuando estaba viva. En cualquier caso, no captó la indirecta, y en su lugar alzó una mano, aparentemente queriendo tocarle la cara.

—¡Eh! —saltó Tommy, retrocediendo instintivamente—. ¡No me toques, joder!

Como no retiraba la mano, él le dio una bofetada. No muy fuerte, solo lo justo para que la cara se le girara de lado y el flequillo le tapara los ojos. Pero la chica se echó atrás de inmediato con un gemido, y salió corriendo tras sus padres. En la huida, se estampó contra el bebedero de pájaros y lo volcó. Se levantó rápidamente y siguió su camino.

Tommy se quedó allí, observándola mientras seguía a sus padres a través del seto hacia el siguiente jardín. El corazón le latía con fuerza en el pecho.

—Eso no ha sido muy amable por tu parte —dijo su padre, rompiendo el silencio.

—Sí, bueno, ella no pidió mi consentimiento —murmuró Tommy.

Unos segundos después, su padre dijo en voz baja:

—Probablemente solo esperaba tener… una cita a ciegas.

Tommy no pudo evitarlo: soltó una risotada.

—Supongo que pensó que el amor es ciego, ¿eh?

Su padre soltó una carcajada. Luego, Tommy empezó a reír también. Y pronto, los dos estaban desternillándose. Tommy intentó ahogar el sonido enterrando la cara en el pliegue del codo. Le parecía todo tan absurdo que no podía dejar de reír, hasta que acabó con el rostro empapado de lágrimas y un calambre en el abdomen. Increíblemente, nadie en la casa lo oyó. Así que, antes de que alguien lo descubriera fuera, volvió a colarse por la ventana.

—Supongo que todo se reduce a saber en quién confiar, ¿eh? —dijo su padre con tono suave, trayendo a Tommy de vuelta al presente—. Siento no haber estado siempre ahí para ti cuando estaba vivo, hijo. Pero estoy intentando compensártelo ahora.

—¿Puedes dejar de disculparte, papá? —dijo Tommy—. Te lo he dicho, no fuiste un mal padre.

—Lo agradezco. Aun así, creo que podría haber… —Su padre se interrumpió bruscamente.

Tommy estaba mirando sus propias manos. Ahora gira la cabeza y ve que la cama de hospital ha desaparecido. Sabe lo que eso significa, y medio segundo después, llaman a la puerta.

—¿Sí? —responde Tommy, intentando que no se note su irritación.

La puerta se abre y Lisa asoma la cabeza. Le sonríe.

—Hola. ¿Querías…? —Se interrumpe al mirar alrededor de la habitación—. Oh, pensé que Patrick estaba contigo. —Frunce el ceño —. ¿No estabas hablando con alguien?

Tommy saca disimuladamente el móvil del bolsillo sin que ella lo vea y dice en voz alta:

—Eh, Michael, te llamo luego, ¿vale? Venga, nos vemos.

Luego finge colgar y lanza a Lisa una mirada desafiante.

—Estaba al teléfono. ¿Es ilegal ahora?

—Oh, perdona, no quería interrumpir.

—Pues lo hiciste.

Ella parece no escuchar el comentario.

—¿Quién era?

—Un colega del instituto. ¿Por qué? ¿Qué más da?

Ella se encoge de hombros.

—Nada, solo que no sabía que tú…

—¿Que tuviera amigos?

Lisa suspira.

—Mira, no venía a molestarte, ¿vale? Si prefieres estar solo, me voy.

Tommy está a punto de decirle que sí, que prefiere estar solo, así que si puede largarse, genial, cuando algo le hace cambiar de idea.

«Casi me pilla hablando con papá, y ya me está mirando como si sospechara de algo… Será mejor que me haga el normal.»

—Perdona —murmura—. Es solo que… me afecta un poco toda esta situación, supongo.

Las palabras suenan exactamente como lo que son: una mentira descarada. Y, sin embargo, Lisa parece creérselo, porque su expresión se suaviza un poco.

—No te disculpes —le dice, repitiendo inquietantemente lo que Tommy le acababa de decir a su padre treinta segundos antes—. Lo entiendo. Todos estamos tensos.

—Sí. Entonces, ¿qué querías?

Lisa señala con la cabeza hacia el salón.

—Otto y yo vamos a jugar al Scrabble. ¿Te apuntas?

Tommy lo piensa brevemente. Luego asiente.

—Claro. ¿Por qué no?

7

GINA

Al salir al rellano, el hombre cierra la puerta tras ella, y Gina mira atrás para ver la puerta del apartamento de Laila.

—¿Cómo sabías dónde vivía? —le pregunta. Su voz resuena en el hueco de la escalera, exactamente como lo recordaba. Incluso los olores son los mismos, sin dejarle espacio para dudar de que todo esto es real, de que acaba de saltar a un lugar completamente distinto, de que cruzar ese umbral la ha llevado treinta millas lejos del refugio. Por si aún le quedaba alguna duda, los arañazos en su propia puerta lo confirman sin margen de error: son las marcas de garras que hizo Laila cuando se quedó ciega e intentó entrar en el apartamento.

Franz ya ha llegado a la puerta de Gina. Le lanza una mirada por encima del hombro.

—¿Vivías aquí? Debe de ser una coincidencia. O tal vez no lo sea. No estoy del todo seguro de cómo funciona esto.

—La puerta está cerrada —le dice ella.

Él gira el pomo y abre sin dificultad.

—Cualquier puerta puede abrirse si sabes cómo —le responde simplemente—. Por favor, entra.

Gina entra en su apartamento… salvo que no es su apartamento, sino un lugar en el que ha estado más recientemente. Un lugar que esperaba no volver a ver jamás.

Es la cocina de la cabaña, donde Patrick disparó al niño, donde Anton casi se asfixia y donde Phoebe murió. Ambas manchas de sangre siguen ahí. Solo que ahora están secas, mucho más oscuras, y en su mayoría absorbidas por las tablas del suelo. Unas moscas zumban sobre ellas. También hay restos del polvo blanco del inhalador de Anton esparcidos por el suelo. Gina recuerda cómo estuvo aquí, la mañana después de aquel episodio dramático, a punto de limpiar la sangre lo mejor que pudiera. Pero nunca llegó a hacerlo, porque apareció el padre de los niños. Agradece al menos haber sacado el cadáver del chico. Si aún hubiera estado allí, habría sido una visión insoportable.

—Puedo notar que aquí ocurrió algo horrible —observa Franz mientras cruza la cocina, cuidando de no pisar las manchas de sangre—. No voy a preguntarte qué fue. No tenemos tiempo.

—Bien —responde Gina, siguiéndolo.

—Una sola puerta más y deberíamos tener unos quince minutos de ventaja sobre ellos. Vamos.

Él cierra y, acto seguido, vuelve a abrir la puerta de la despensa.

A Gina apenas le sorprende comprobar que la despensa ha desaparecido, sustituida por la vista abierta de un campo soleado, con la hierba reluciente de rocío. Franz le indica que pase, y ella sale a la luz del sol. El hombre la sigue y cierra la puerta tras ellos.

Gina se gira para observar lo que parece ser un cobertizo abandonado. Está en medio de la nada, y resulta evidente que lleva años sin usarse. Hay algo en él que le resulta familiar, aunque no consigue identificarlo de inmediato. No es hasta que se desplaza unos pasos y contempla el entorno del cobertizo que lo reconoce. Hay un edificio de ladrillo adosado y una loma alargada en forma de herradura que se extiende junto a este. Un sendero de grava conduce hasta la autopista, y en el horizonte, distingue la silueta de la ciudad.

—El campo de tiro —murmura Gina—. El lugar donde Phoebe me enseñó a disparar un arma…

No ha vuelto desde entonces. ¿Diez años? ¿Doce? Ni siquiera lo recuerda. El campo de tiro parece haber estado cerrado desde hace bastante tiempo.

—Me gustan los lugares al aire libre —explica Franz, aparentemente sin haberla oído—. Lugares sin otras puertas cerca. Así es más difícil que me sorprendan. —Echa un vistazo a su alrededor, como asegurándose de que están realmente solos. Luego abre la puerta del cobertizo del todo y la sujeta a la pared con un gancho viejo y oxidado para evitar que se cierre.

—Vale, ¿y de qué va todo esto? —pregunta Gina—. ¿Qué quieres decirme?

Él niega con la cabeza.

—No puedo contarte todo lo que sé; me llevaría toda la noche. Así que me limitaré a decirte lo que necesitas saber. Además, como te dije, tenemos unos quince minutos. Veinte si nos damos prisa.

Gina se encoge de hombros.

—Entonces supongo que será mejor que empieces a hablar.

8

FRITZ

—¿Fritz? ¿Eres tú?

La voz de Melissa llega desde la oscuridad en cuanto él entra en el despacho. Fritz reprime un suspiro. Esperaba colarse sin que ella se despertase. Pero, por el tono de su voz, ya estaba despierta.

—Soy yo —responde, desabrochándose la camisa y buscando el interruptor—. ¿Cómo te encuentras, cariño?

—No enciendas la luz —dice ella, dándose la vuelta en la cama—. Me duelen los ojos.

—De acuerdo. ¿No crees que deberías dormir un poco? Ya es pasada la medianoche.

Melissa gime.

—Lo haría si pudiera. Pero me encuentro fatal. Es como si todo por dentro estuviera ardiendo. Hasta la piel me quema.

Puede notarse que incluso hablar le cuesta. Tiene un leve ceceo, y da la impresión de que tiene la boca llena de agua.

—Lo estás haciendo muy bien, cielo —le asegura él, acercándose a la cama—. No falta mucho ya.

—¿Cuánto? —pregunta ella, con un tono desesperado—. No puedo seguir así, Fritz. Quiero que salga de mí...

—Vendrá a su debido tiempo —dice Fritz, sentándose en el borde de la cama—. Tenemos que confiar en el proceso y...

Deja de hablar al ver el rostro de Melissa. Hay demasiada oscuridad para distinguir los detalles, pero parece que la hubieran apaleado. Su cara es un círculo hinchado y enrojecido. Sus labios recuerdan a esas mujeres horribles que se llenan de bótox, y la piel alrededor de su boca y nariz parece estar desprendiéndose en grandes escamas.

—¿Qué es esta cosa? —exige Melissa, agarrándole la mano y apretando con fuerza, clavándole las uñas—. ¿Qué me has metido dentro, Fritz? ¡Dímelo!

Fritz casi se retira ante su contacto. Su palma está caliente y pegajosa, su piel áspera y endurecida.

—Es... nuestro bebé —murmura—. Nuestro hijo. El que vendrá a arreglarlo todo y devolver el orden al mundo. Él...

—Pero no es humano —lo interrumpe Melissa—. Es algo... algo antinatural.

Fritz parpadea y, de repente, siente un arranque de ira.

—Escucha, cariño. Nuestro hijo es tan natural como la luna y las estrellas. Lo hemos hecho nosotros. Y nosotros somos humanos, ¿no es así?

—Ya no lo sé —susurra Melissa, retirando la mano. Se encoge con un quejido, como si los calambres recorrieran su cuerpo—. Aaay... se mueve otra vez...

Fritz permanece sentado mientras ella se retuerce. Sus ojos empiezan a acostumbrarse a la oscuridad y puede distinguir su vientre. Está notablemente más abultado que la última vez que la vio. Parece como si se hubiera tragado un balón de baloncesto.

«Dios, está creciendo deprisa. Olvídate de nueve meses… a este ritmo, llegará en nueve días…»

—Siento que esto te duela tanto —le dice a Melissa mientras ella sigue agitándose—. Puedo llamar al Doctor, que te dé más analgésicos...

—Ya me dio más de lo recomendado.

—Está bien, pero tienes que mantenerte fuerte. Recuerda que traerás al mundo a nuestro salvador, y que la historia te recordará como la madre de...

—¡Me importa una mierda la historia! —escupe Melissa—. ¡Quiero que esto se acabe! ¡Quiero recuperar mi cuerpo!

—Lo harás, pronto.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

Está a punto de levantarse cuando Melissa le agarra de nuevo la muñeca. Lleva su mano hasta el vientre, apoyando su palma sobre su piel ardiente.

—Dime otra vez que esto se siente como un bebé humano. Atrévete.

Fritz se queda mudo. Lo que siente dentro del vientre de Melissa no se parece en nada a lo que imaginaba. No son movimientos sutiles ni pequeñas pataditas. Es como si su mano descansara sobre un avispero a punto de estallar. Vibra, tiembla, se sacude. Parece electrificado.

—¿Y oyes eso? —exige Melissa—. ¿Oyes ese ruido? Al principio creí que estaba en mi cabeza, hasta que me di cuenta de que lo hacía esa maldita cosa...

—¿Qué quieres decir? —musita Fritz—. No oigo nada...

Pero sí lo oye. Al acercarse más, los sonidos se hacen más claros. Es un zumbido grave, como el viento colándose por una tubería oxidada, mezclado con chillidos agudos, como uñas arañando un cristal. Los sonidos acompañan los espasmos del vientre, suben y bajan en intensidad junto con los temblores, sin dejar lugar a dudas de que proceden del interior de Melissa.

—Está... está sano —dice Fritz, sonriendo—. Fuerte.

—¿Sano? —repite Melissa—. Fritz, esto no tiene nada de sano... No voy a sobrevivir mucho más. ¿Lo entiendes? Me matará. Tienes que... tienes que abortarlo de alguna forma...

«No». Las voces hablan de repente, con fuerza. «No al aborto.»

—Cariño, estás diciendo tonterías —intenta Fritz—. Estarás bien. Ellos se asegurarán de que no te pase nada.

—¿Ellos? ¿Esos dioses invisibles de los que no paras de hablar? —gruñe Melissa—. Pues ¿dónde están? Porque por lo que yo sé, te los has inventado tú...

—Cuidado con lo que dices —dice Fritz, con un tono de voz bajo—. No digas nada de lo que te puedas arrepentir.

Melissa está a punto de contestar cuando una nueva oleada de calambres la hace echar la cabeza hacia atrás con agonía.

—Si tú... si tú no lo haces... —jadea entre respiraciones—. Tendré que... hacerlo... yo misma... aaay...

Fritz la observa mientras se retuerce.

«Haz que entre en razón, Fritz.»

«¿Cómo?» piensa él. «¿Qué puedo decir para convencerla?»

«Haz que entienda que la mortal es ella.»

—Escúchame, Melissa —dice Fritz, tragando saliva, con la sensación de estar acorralado—. Esto no se puede detener. Si intentas... si haces algo para dañar a nuestro hijo, de cualquier forma... eso solo podrá terminar con tu muerte. Y eso me destrozaría. ¿Lo entiendes? Te quiero. Te necesito. El mundo te necesita. Eres la persona más importante que ha existido jamás. Eres como la Virgen María, solo que tu hijo sí cambiará el mundo.

Melissa lo mira, intentando recuperar el aliento.

—¿Estás seguro... de que no podemos... abortarlo?

—Seguro —suspira Fritz—. Tienes razón, no es humano. No estrictamente. No se le puede matar. Nacerá, Melissa. Y tú y yo lo criaremos juntos. —Le toma de nuevo la mano, sonriéndole en la oscuridad—. Sé fuerte por mí. Por nuestro hijo. Solo un poco más.

9

GINA

Cuando Franz por fin deja de hablar, Gina se limita a mirarlo, dejando que la información se acomode en su cabeza.

—Todavía deberíamos tener unos minutos —dice él, mirando su reloj—. Si tienes alguna pregunta, será mejor que te des prisa.

Gina lo piensa brevemente. Era tanta la información que ni siquiera está segura de poder recordarla toda. Entonces va a lo más importante:

—Mencionaste que estábamos en peligro. ¿Quién representa esa amenaza? ¿La gente de la base aérea?

—Sí.

—¿Así que saben dónde estamos?

—No lo sé. Probablemente no. Si lo supieran, ya habríais sido atacados.

—¿Cómo nos encontrarán? ¿Los guiarán esas entidades?

—Normalmente sí, pero cuanto más juntos estéis, más difícil parece que les resulta dar con vosotros. No puedo explicarlo.

Gina siente que eso es verdad. Encaja perfectamente con la sensación que tenía de que vivir juntos les proporcionaba algún tipo de protección.

—Estaréis a salvo mientras podáis confiar en todos los miembros del grupo —Franz echa una mirada a su alrededor, aunque están de pie en mitad de un campo abierto; claramente un hábito adquirido

tras mucho tiempo huyendo—. Pero tened cuidado. Ellos susurran al oído de cualquiera dispuesto a escuchar. Así que mantén los ojos y los oídos bien abiertos.

Franz se acerca a la puerta.

—Muy bien, voy a devolverte ahora.

—Solo una cosa más —dice Gina—. Estas entidades, como las llamas... ¿Qué son?

Él se gira hacia ella y la mira.

—He reflexionado mucho sobre eso. Mi mejor suposición es que son nosotros. La peor parte de nosotros.

Ella alza los brazos.

—Pero si son parte de nosotros, ¿cómo podemos luchar contra ellas?

Franz le lanza una mirada significativa.

—Creo que eso ya lo sabes.

De repente, la puerta del cobertizo empieza a sacudirse. El gancho tintinea, los goznes oxidados chirrían.

—Mierda —murmura Franz—. Me han encontrado. Están intentando entrar.

Echa a correr, desapareciendo tras la esquina del cobertizo.

Gina se queda quieta un segundo, mirando la puerta que tiembla. Luego corre tras él.

Él es rápido. Corre junto al edificio de ladrillo y se detiene de pronto ante otra puerta. La abre sin mirar atrás y atraviesa el umbral.

—¡No, espera! —grita Gina—. ¡Espérame!

Pero ya es tarde. Cuando llega a la puerta unos segundos más tarde, está cerrada. Y al abrirla, solo da paso a un edificio viejo y vacío.

Un gruñido la hace mirar atrás. Por la esquina aparecen un ciego. Le sigue otro. Y otro. Al menos una docena. Todos vienen en esa dirección. Probablemente atraídos por su grito, tantean la pared avanzando con rapidez.

Gina toma una decisión al instante. Cierra la puerta con fuerza y da varios pasos atrás.

El sonido de la puerta parece acelerar al grupo de ciegos. Corren torpemente, gruñendo con espuma cayendo de sus labios, anticipación ansiosa en sus rostros.

Los primeros en llegar abren la puerta de golpe y se lanzan dentro. Los demás los siguen, empujándose entre ellos. Gina se queda allí, a unos diez metros, con el corazón en la garganta. Cuando el último ha entrado, se da la vuelta y echa a correr hacia la autopista.

Hacía tiempo que Gina no corría, pero sus piernas no han perdido mucha fuerza. Cruza el campo a toda velocidad, y solo mira atrás una vez. Lo que ve no es alentador.

Los ciegos parecen haber atravesado el edificio con rapidez y lo han encontrado vacío. O eso, o algo más los está guiando. Porque ahora vuelven a salir, dispersándose en distintas direcciones, aparentemente sin saber adónde ir.

Una mujer parece haber captado el rastro de Gina, porque va siguiendo exactamente su camino, agachada, como si literalmente estuviera oliendo el camino. Emite gruñidos y jadeos emocionados, y eso parece servir de guía a los demás, porque poco a poco van colocándose en fila, uniéndose a la persecución.

«Esto no pinta bien. Me alcanzarán tarde o temprano. Necesito encontrar un lugar donde esconderme, o algo con lo que defenderme.»

Maldiciéndose por haber dejado el arma en la casa segura, acelera su paso aún más hasta alcanzar la autopista. Se detiene un instante en el asfalto, jadeando, y mira en ambas direcciones. Una lleva hacia la ciudad, la otra se aleja. Lo cual significa que la primera es la elección lógica.

Así que Gina gira en esa dirección y empieza a trotar.

Tras unos quince metros, vuelve a mirar. Al ver que los ciegos llegan a la autopista, parecen detenerse un momento para decidir qué dirección tomar. Luego, aparentemente tras captar de nuevo su rastro, reanudan la persecución, caminando enérgicamente, hombro con hombro.

Gina reduce un poco el paso. Está a kilómetros de la ciudad, y no cree que los ciegos se cansen pronto. Lo que significa que tiene que

tomárselo con calma. Porque esto podría ser una carrera larga.
Quizá la más larga que haya hecho en toda su vida.

10

PATRICK

—Hola, cielo.

Patrick debería echarse a temblar al oír una voz surgir de pronto desde el asiento trasero. Al fin y al cabo, está solo en el coche. Pero, por un lado, la persona que habla lo hace con una suavidad inquietante, y por otro, él la conoce. La conoce íntimamente. O, mejor dicho, la conoció.

Además, en parte se lo esperaba.

Nota cómo el corazón se le contrae al mirar por el retrovisor y verla sentada allí, devolviéndole la sonrisa, tan viva y saludable como la recuerda.

—Joder… —murmura.

—Esa es justo la reacción que cualquiera esperaría —resopla Phoebe, cruzándose de brazos—. Me alegro de verte también, imbécil.

Había visto a su novia muerta un par de veces en la casa segura, pero solo en breves destellos. Un reflejo en un espejo, una figura que se desvanecía. Incluso el aroma de su pelo y su voz susurrándole al oído justo antes de despertarse, solo para encontrarse solo en la cama. Esta es la primera vez que realmente se encuentra con ella.

Había salido de la casa solo diez minutos antes, después de esperar una hora a que Gina regresara.

—No pareces sorprendido de verme —comenta ella.

—Me imaginaba que aparecerías tarde o temprano —dice Patrick, frotando el volante—. Y ahora que estoy solo, soy más vulnerable, ¿no?

—Prefiero decir que estás en el estado mental adecuado. Dejémoslo así, ¿vale? Suena menos depredador. No he venido a comerte, después de todo.

—¿Entonces por qué estás aquí?

—Dímelo tú.

—No es como si te hubiera invocado —se burla.

—No, pero soy tu fantasma. En serio, ¿de verdad esperabas que apareciera otra persona? Al fin y al cabo, fui la única a la que dejaste entrar de verdad, ¿no es cierto?

Patrick nunca había perdido a alguien importante antes, y aunque su infancia y adolescencia estuvieron llenas de locuras —peleas, drogas, crimen e incluso unos meses en prisión—, nada de eso le dejó huella. Estaba demasiado ocupado surfeando la vida y creyéndose el tipo más guay del mundo como para sentir lástima por sí mismo.

Claro, bajo todo el drama probablemente había un niño herido, incomprendido, pero si ha de ser completamente sincero, lo entendía todo perfectamente. No era un desecho como todos esos tipos con los que se juntaba, ni una causa perdida como la mayoría de la gente que conoció en prisión.

Simplemente se estaba rebelando. Si acaso, estaba malcriado.

Patrick no viene de un hogar roto. Ni siquiera de un hogar pobre. No fue maltratado ni le faltó amor o atención al crecer. Simplemente estaba aburrido.

¿Cuántos tipos cuyos padres tienen una casa de verano preciosa y cara van por ahí con una serpiente tatuada en la cara? Alguien desencantado con la vida. Alguien que tuvo demasiadas oportunidades, pero eligió alejarse de todas ellas.

Podría haber recibido una buena educación. Podría haber vivido en una casa bonita y grande en un barrio de ricos como sus padres, paseando a su labrador cada mañana antes de ir a la oficina, follado con su esposa anodina en la postura del misionero todos los

miércoles por la noche, y llevado su Volvo demasiado grande al túnel de lavado cada vez que caían cuatro gotas.

Patrick preferiría morir de sobredosis antes que vivir así —y estuvo a punto un par de veces. No fue agradable, pero al menos se sentía vivo.

Y entonces llegó Phoebe.

Acababa de salir de prisión cuando Patrick la conoció en una fiesta, y enseguida sintieron una atracción mutua. De hecho, terminaron en su apartamento esa misma noche, y ninguno de los dos se arrepintió ni miró atrás. Encajaban como el verde azulado y el naranja. Él era duro donde ella era suave, ella decidida donde él era apático, y compartían justo el grado de temeridad hacia la vida —aunque por razones muy distintas— como para llevarse perfectamente el uno con el otro.

Con Phoebe nunca fue difícil. Casi no discutían, y jamás tuvieron una pelea seria. Y eso que ambos tenían bastante carácter. Pero por alguna razón, nunca dirigieron su ira el uno contra el otro.

De verdad pensaba que iban a envejecer juntos. Y quizá lo habrían hecho, si no fuera por esta situación demente. Ninguno quería tener hijos, ambos estaban sanos y no tenían lazos con otras personas de su familia. Nada parecía poder separarlos.

Excepto por ese maldito cielo que se rompió, claro.

Perder a Phoebe fue el golpe más duro que Patrick había recibido, y ya sabía, cuando salió en coche para enterrarla, que probablemente nunca lo superaría. Jamás había experimentado un dolor emocional así —no tenía idea de que pudiera ser tan intenso como para doler físicamente. Lo ha apartado todo por ahora para centrarse en sobrevivir. Ha actuado como si no le afectara en absoluto. No podía mostrarle a los chicos que no estaba preparado para protegerlos, así que solo se permitía llorar por las noches, cuando estaba seguro de que nadie lo oía.

Y cuando empezaron a aparecer los fantasmas, Patrick supo desde el primer instante que volvería a ver a Phoebe.

—¿Ya te la has follado?

La pregunta le hace moverse incómodo en el asiento.

—¿A quién?

—A Gina, por supuesto.

—Joder, no.

—¿Así que aceptas adoptar a sus dos hijos sin padre, pero aún no os habéis acostado? Parece que vais en el orden equivocado.

—No voy a follar con Gina. No somos compatibles.

—¿Por qué no? Tienes pene —me acuerdo de eso—. Y ella tiene vagina. Digo yo, porque ha parido a los gemelos.

Patrick la mira de reojo.

—Phoebe nunca diría algo así. Ni siquiera sabes fingir que eres ella.

Ella le lanza una sonrisa radiante.

—¿Por qué fingiría? Sabes que no soy realmente Phoebe. Eres demasiado listo como para engañarte a ti mismo. Y sabes que lo importante no es lo que sabes, sino lo que sientes. Así que dime, Patrick, ¿qué sientes cuando me ves?

Patrick aprieta el volante pero no responde.

—Vamos, puedes ser sincero —continúa la imitación de Phoebe, inclinándose hacia él y hablándole cerca del oído—. ¿Qué te provoca verme otra vez? ¿Oír mi voz? ¿Qué me dirías si fuera realmente yo?

—Que… lo siento —dice él en voz baja.

—Eso es un comienzo. ¿Lo sientes por qué?

—Por dejar que muriera.

—¿Por matarme, quieres decir?

—Yo no la maté. Fue Gina.

—Eso depende de cómo lo mires, ¿no?

—No. Gina fue la que le quitó el tubo. Ella...

—Gina estaba protegiendo a su familia. ¿Y tú qué hacías? ¿Apartarte y dejar que me matara? Mi héroe…

Patrick percibe el desprecio en la voz de Phoebe, y aunque sabe con certeza que ella jamás le hablaría así —ni en un millón de años, ni siquiera si de verdad volviera a la vida—, el tono que usa el fantasma es tan realista, tan acertado, tan Phoebe cuando se cabreaba por cualquier cosa…

—Iba a dispararme si no me apartaba —dice, eligiendo con cuidado sus palabras—. Luego habría quitado el tubo igual, y estaríamos los dos muertos.

—Y eso habría sido culpa suya. Habrías muerto con la conciencia limpia, y podríamos estar juntos en el más allá.

Phoebe eleva ligeramente la voz —algo que la verdadera Phoebe también hacía muy raramente—.

—En cambio, estás vivo y coleando, pasándotelo bien, jugando a ser el padrastro de los chicos de Gina, mientras yo me pudro bajo tierra y tú vas por ahí convenciéndote de que ni siquiera te sientes culpable.

—¡Sí que me siento culpable! —grita Patrick, salivando de rabia—. ¿Vale? ¡Me siento de puta pena! Cuando todo esto termine, puede que me pegue un tiro. Ya lo he pensado muchas veces. Porque no estoy seguro de poder vivir con esta mierda si la dejo entrar de verdad. ¡Así de culpable me siento!

—Ah, ¿pero no lo bastante culpable como para hacerlo ya? ¿Tienes que asegurarte primero de que Gina y sus retoños estén a salvo y cómodos? Qué noble de tu parte.

—Que te jodan —gruñe Patrick, dándose cuenta de que tiembla por completo—. He terminado de discutir contigo. Solo estás aquí para joderme la cabeza.

—Míralo como quieras —continúa ella—. Tú eres la razón de que esté muerta. Gina solo estaba faroleando, y tú te lo tragaste. Vamos, sé sincero, Patrick. ¿De verdad crees que habría disparado a sangre fría? No te engañes pensando que no tenías elección. Si de verdad lo creyeras, ¿por qué no la has matado?

—¿Qué?

—Me has oído. Si estás tan convencido de que fue Gina quien me mató, ¿por qué no volviste a pegarle un tiro? O mejor aún, podrías haber dejado que ese paleto acabara con ella.

—Porque… tiene hijos —dice Patrick—. Volví por ellos.

Phoebe —o aquello que la imita— permanece en silencio durante casi un minuto. No se desvanece. Simplemente se queda sentada allí, mirándole a través del espejo retrovisor. Él la ignora, pero puede oír su respiración. Concentrado en la carretera, Patrick esquiva los obstáculos. Conducir por la ciudad se vuelve cada día más fácil. Hay menos ciegos deambulando y bloqueando las calles.

Al girar a la derecha, la iglesia aparece a la vista. Aparca a unas casas de distancia para que el coche no sea visible desde el templo. Es solo una precaución. Prefiere que no lo vean antes de llegar a la puerta principal.

Apaga el motor y saca la llave, y está a punto de bajarse cuando el fantasma dice:

—Te diré algo, Patrick. Esta podría ser una gran oportunidad para librarte de toda esa culpa suicida que dices cargar.

Él se detiene.

—¿Cómo?

—Bueno, suponiendo que la gente de ahí dentro no te vuele los sesos en cuanto te vea, podrías pedir quedarte con ellos.

Patrick resopla.

—¿Estás loca? ¿Por qué haría eso?

—Porque así podrías demostrarte a ti mismo que tu corazón siempre estuvo conmigo. Que no sientes nada por Gina. Este sitio probablemente sea tan seguro como cualquier otro, y a menos que sientas alguna clase de obligación de estar cerca de Gina, no veo razón para que no te quedes aquí. —Se encoge de hombros—. ¿Le debes algo? ¿Eres su guardaespaldas? ¿El padre sustituto de sus hijos?

De pronto se inclina de nuevo hacia delante, esta vez con fuego en los ojos.

—Te traigo noticias, Patrick. A Gina le importas una mierda. Nunca quiso un padre para sus hijos. Y desde luego no alguien como tú. Estaría aliviada si no volvieras nunca. Y sin embargo, los dos sabemos lo que vas a hacer: vas a volver allí, como un perro que oye la llamada de su amo, y vas a seguir cumpliendo sus órdenes, haciéndola feliz, mientras meas sobre el recuerdo de la mujer que ella asesinó a sangre fría, la mujer que decías que era el amor de tu vida… ¿cuán jodido está eso, Patrick? En serio. Sé que te gusta pensar que eres un tipo duro y un fuera de la ley, pero aún tienes principios. No eres una alfombra, y no eres tan idiota. Estás muy por encima de ser el perrito faldero de nadie, y menos de ella.

Phoebe deja de hablar, toma aire y se recuesta de nuevo.

—Tú decides, Patrick. Todavía puedes enmendar un poco las cosas. No vuelvas allí. Sigue adelante. Acepta el duelo como una persona normal. No es demasiado tarde. Yo no soy Phoebe. Pero si lo fuera, te diría exactamente esto. Y creo que sabes que es verdad.

Sin esperar a que él responda, y sin decir una palabra más, el fantasma abre la puerta, sale del coche y se aleja por el callejón más cercano, desapareciendo de su vista.

11

GINA

Poco a poco va aumentando la distancia entre ella y el grupo de ciegos. Pero, incluso cuando no son más que puntos en el horizonte, puede percibir que siguen avanzando, que continúan persiguiéndola. La carretera no hace más que extenderse en línea recta, de modo que si se detuviera tan solo unos minutos, pronto acortarían la distancia.

Así que sigue adelante, alternando entre una marcha rápida y un trote suave. El sol ya ha alcanzado el cenit, y el día es cálido. Se ha quitado la sudadera y se la ha anudado a la cintura.

Todavía está a varios kilómetros del pueblo, y no lo alcanzará hasta mañana, incluso si consigue mantener este ritmo, cosa que duda. Si al menos hubiera traído el teléfono, podría llamar a Patrick y pedirle que viniera a recogerla. Pero, estúpidamente, no pensó en ello cuando Franz apareció y le pidió que lo acompañara. Confió en él cuando dijo que la devolvería. Aún cree que lo habría hecho, de no haber sido por los ciegos, que lo obligaron a huir.

Le pareció un tipo extraño. Algo torpe al hablar. Tímido, nervioso, inseguro de sí mismo. Pero también muy inteligente, como alguien con muchos años de estudios a sus espaldas. Y desde luego, ni valiente ni heroico, a juzgar por cómo entró en pánico y abandonó a Gina sin pensárselo dos veces.

Y, sin embargo, no duda de nada de lo que le contó. Ni siquiera de las partes abiertamente absurdas. Porque lo que ha ocurrido en el mundo ya roza lo absurdo, y al menos esas ideas descabelladas encajan dentro de ese marco.

A lo lejos aparece una casa. Gina la ha visto desde hace un rato, y ahora está lo bastante cerca como para distinguir que se trata de una vivienda corriente, probablemente con una familia corriente viviendo en ella.

«Podría refugiarme allí. Con suerte, los ciegos no se darán cuenta y seguirán de largo.»

Al llegar al camino de entrada de la casa, Gina se detiene y mira hacia dentro. Y sus esperanzas se desvanecen de inmediato.

Incluso desde fuera es evidente que algo muy malo ocurrió allí. Hay dos cadáveres tendidos sobre la grava, uno boca arriba y el otro encogido en posición fetal.

Uno de ellos era ciego y parece haber muerto de sed, a juzgar por el aspecto arrugado de su rostro. Es una mujer mayor, vestida con lo que en su día fue un precioso vestido de verano amarillo.

La otra, una mujer no mucho mayor que Gina, fue apaleada hasta la muerte. Lo que podría ser el arma del crimen —un mazo de mango corto— yace a pocos metros. La puerta principal de la casa está abierta, y Gina distingue varios muebles volcados en el interior. Dos ventanas están rotas, y hay una mancha en la pared, que podría ser sangre o barro.

«No pienso entrar ahí. Es demasiado arriesgado», decide enseguida.

En su lugar, se dirige al garaje, que no está conectado con la casa. La puerta está entreabierta. Gina se agacha para mirar dentro, sintiendo cómo sus músculos, ya fatigados, protestan. No hay luz en el interior, así que resulta difícil distinguir nada. Pero alcanza a ver que no hay ningún coche.

«Mierda. Habría sido demasiado fácil, supongo.»

Está a punto de seguir adelante cuando, al fondo del garaje, ve una bicicleta. Es una bici de mujer, quizá perteneciente a la que ahora yace muerta en la entrada. Lleva una cesta en la parte

delantera y un portaequipajes detrás. Desde donde se encuentra, parece estar en buen estado.

Gina echa un vistazo hacia la casa, luego vuelve la vista a la carretera, asegurándose de que los ciegos aún están lo bastante lejos. Así es, aunque da la impresión de que han acelerado el paso, porque están acortando la distancia. Aun así, debería tener tiempo suficiente para ir a por la bicicleta.

Empuja entonces la puerta del garaje. Está atascada. La deja y se desliza por debajo.

Se detiene unos segundos en la penumbra, dejando que sus ojos se acostumbren. Examina las paredes en busca de algo útil. Son sobre todo herramientas de jardín, una manguera y estanterías llenas de cajas de plástico.

Gina se acerca a la bicicleta, comprueba las ruedas y se asegura de que no tenga ningún candado. Al ver que puede montarse sin problemas, levanta el caballete. Justo cuando empieza a rodar hacia la salida, un gruñido se escucha desde el exterior.

Gina se queda paralizada al ver un par de piernas tambaleantes junto a la puerta. Reconoce la falda amarilla al instante y comprende su error.

«No estaba muerta después de todo. Tendría que haberlo comprobado.»

Ya es demasiado tarde. Gina solo puede quedarse quieta, rezando para que la ciega siga de largo. Pero por supuesto, no lo hace. Seguramente atraída por el sonido del caballete, la mujer parece saber que hay alguien en el garaje. Se agacha y se desliza torpemente bajo la puerta.

Gina contiene la respiración. Está de pie en mitad de la estancia, completamente expuesta, sujetando la bicicleta. Tal vez podría salir corriendo, esquivar a la mujer y deslizarse por debajo de la puerta. Pero incluso si lo consiguiera, dejar atrás la bici significaría volver al punto de partida. Así que permanece inmóvil, observando cómo la mujer olfatea el aire y tantea su entorno. Se dirige hacia la derecha, lo que significa que ahora la bicicleta queda entre ella y Gina. Esta gira la cabeza hacia el lado contrario y ve una pala colgada en la

pared. Solo aparta la vista un segundo, pero en ese instante la mujer alarga la mano al azar y agarra el sillín.

Gina contiene un grito, suelta la bicicleta, y la mujer se lanza sobre ella con un rugido ansioso.

Gina salta a un lado justo cuando la mujer y la bicicleta se desploman al suelo con estrépito. No pierde ni un segundo: se lanza hacia la pared, agarra la pala y, al girarse, la descarga contra la cabeza de la mujer, que intenta incorporarse.

El filo de la pala impacta contra la mejilla de la ciega, y la fuerza del golpe basta para rajarle la boca y aplastarle la mandíbula con un crujido. Sale despedida hacia un lado, rueda una vez por el suelo y queda completamente inmóvil, mientras la sangre oscura mana sin control de la herida abierta en su rostro destrozado.

Desde el exterior, muy cerca ya, llegan gruñidos ansiosos y quejidos.

Gina suelta la pala, recoge la bicicleta y la arrastra hacia el exterior. Entrecierra los ojos por el sol y alcanza a ver a los primeros ciegos entrando en la casa, claramente conscientes de que está cerca.

Se sube a la bicicleta y empieza a pedalear. Por suerte, la caída no le ha causado daños importantes. Cruza el camino de entrada, esquivando por muy poco a un ciego que se gira en redondo al oír el crujido de la grava bajo las ruedas. Alarga el brazo, pero falla por centímetros, y entonces Gina alcanza la carretera, se pone de pie sobre los pedales y gana velocidad rápidamente.

Con el viento soplándole en el rostro, echa un vistazo por encima del hombro y ve a los ciegos retomando la persecución. Esta vez, sin embargo, Gina va mucho más deprisa, y en menos de diez minutos, los ha perdido de vista.

12

OTTO

Otto entra en la biblioteca. La atmósfera allí es distinta. El olor de los libros resulta agradable y le recuerda a la biblioteca del colegio. Pasaba mucho tiempo allí, sobre todo durante el recreo. Era uno de los pocos lugares donde los abusones no se molestaban en ir a buscarle, y a Otto le encantaba coger un libro y sentarse en un rincón a leer hasta que sonaba la campana.

El pensamiento de que probablemente no volverá a pisar aquel sitio lo entristece. Por eso agradece que quien diseñó esta casa se tomara la molestia de asegurarse de que hubiera suficiente entretenimiento donde perderse. Si tienen que vivir allí de forma permanente, a Otto no le van a faltar libros que leer en mucho tiempo. También hay una pantalla plana frente al sofá de cuero y varios cientos de películas entre las que elegir.

Se acerca al armario con puzles y juegos de mesa. Recorriendo las estanterías con la mirada, localiza el que lleva la etiqueta «Scrabble» y lo saca con cuidado. Lo abre para comprobar que las piezas están completas. Parece que sí.

Cuando vuelve a cerrar la puerta del armario, su hermano muerto aparece detrás, sonriendo, mirándole con unos ojos ciegos.

Otto traga saliva, que se le atasca en la garganta, y deja caer la caja. Las pequeñas fichas de plástico se esparcen por el suelo. Al girarse para huir, resbala sobre ellas y cae de bruces.

—¡Madre mía! —exclama Johan, soltando su risa chillona de siempre—. Venga, tío, ese es el truco más viejo del mundo. Los fantasmas siempre se esconden detrás de las puertas de los armarios. ¿Nunca has visto una peli de miedo? Ah, no, espera... ¡que tú no las ves! Si es que eres un nenaza.

Otto se da la vuelta y retrocede a gatas, pero Johan ni siquiera intenta seguirle. En su lugar, se apoya en el armario con aire despreocupado y se cruza de brazos. Otto acaba chocando contra la parte trasera del sofá.

—No hace falta que corras —le dice Johan—. No he venido a patearte el culo. Aunque ganas no me faltan, no te voy a mentir… —Su expresión se torna oscura—. Te debo una buena paliza por quedarte ahí parado mientras ese psicópata de Jansen me apuñalaba hasta matarme. ¿Qué fue eso, eh?

—Y-y-y… —balbucea Otto.

—¿Y-y-y qué? —se burla Johan—. ¿Estabas asustado? ¿Y cómo crees que me sentía yo, eh? Ese hijo de puta me hizo trizas, y tú estabas acobardado justo detrás de la puerta. Podrías haberlo parado. Habría sido fácil. Pero nooo, preferiste dejar que me hiciera picadillo, ¿verdad? Porque siempre me has querido muerto, lo que pasa es que no tenías huevos para hacerlo tú mismo. ¿Me equivoco?

—No eres real —susurra Otto—. No puedes matarme.

Cierra los ojos, pero no se atreve a mantenerlos cerrados más de un par de segundos.

Cuando los abre de nuevo, Johan sigue allí, mirándole con fiereza.

—Claro que soy real, imbécil —resopla—. ¿Tus pensamientos son reales? ¿Tus recuerdos son reales? Pues si lo son, entonces yo también lo soy. Pero venga, ya que quieres pruebas…

Johan se agacha, recoge un puñado de fichas y se las lanza a Otto. Le golpean en el pecho y caen al suelo.

—Ahí lo tienes. ¿Podría haberte tirado eso si no fuera real?

Otto traga saliva y gime:

—¿Qué quieres?

—¿Que qué quiero? Pues una puta disculpa, para empezar.

—Lo siento —dice Otto sin dudar.

Johan entrecierra los ojos.

—No lo dices en serio.

—¡Sí lo digo! Lo siento por lo que te pasó, Johan. Siento no haber podido evitarlo. Nunca quise que murieras. ¡Es la verdad!

Su hermano muerto se queda en silencio un momento.

—Dices eso, y sin embargo vas a ponerte a jugar al Scrabble con el tío que me mató. ¿Cómo se come eso?

—Yo… yo no sé qué quieres de mí —dice Otto.

No es del todo cierto. Tras el impacto inicial de ver a su hermano muerto, la mente de Otto ya ha empezado a analizar la situación. Escuchando a los demás, le ha quedado claro que los fantasmas siempre son alguien con quien tienes un vínculo emocional. Sospechaba que el suyo sería uno de sus familiares fallecidos, así que no le sorprende tanto. Y, según Gina, los fantasmas siempre tienen malas intenciones, incluso aunque finjan lo contrario. La ha oído advertirles más de una vez que si sus fantasmas se muestran amables, no deben fiarse. No es que Otto fuera a confiar jamás en Johan, vivo o muerto, por muy amable que se mostrase. Habiendo convivido con él toda la vida, le costaría recordar una sola ocasión en la que Johan fuera genuinamente amable con él.

Algo le cruza por la mente: Tommy, en la mesa del desayuno, sugiriendo que él y Gina podrían ser quienes mantenían alejados a los fantasmas. Bueno, ahora mismo Gina no está. ¿Será por eso por lo que Johan aparece de repente?

—Quiero que le entregues un mensaje a ese capullo —le dice su hermano muerto—. ¿Puedes hacer eso? ¿Es mucho pedir?

—¿Qué… qué mensaje?

—Es un acertijo. Pregúntale si sabe qué está cocinando el anarquista.

Otto espera a que Johan continúe, pero no lo hace.

—¿Y… cuál es la respuesta?

—Él lo averiguará.

Otto se retuerce las manos.

—¿Le… le va a hacer daño?

—¿Hacerle daño? —se burla Johan—. Las palabras no hacen daño, gilipollas.

—¿Entonces por qué quieres que se lo diga?

—Porque eso no es asunto tuyo —gruñe Johan—. Por eso.

—¿No puedes decírselo tú?

—No, no puedo, imbécil. Yo soy tu fantasma, no el suyo. Él no puede verme.

—Pero si estás intentando vengarte de Tommy de alguna forma, yo no quiero…

Johan le señala con el dedo.

—No digas su puto nombre.

—Lo siento. Es solo que… no quiero que le pase nada.

Johan extiende los brazos.

—¿De verdad vas a discutir conmigo?

Se agacha, recoge una ficha y se le acerca.

—¿Sabes? Puede que tengas razón en que no puedo matarte. Pero ¿estás dispuesto a jugarte que no puedo obligarte a tragarte todas y cada una de estas putas letras?

Johan mira la ficha y esboza una amplia sonrisa.

—Vaya, ¿has visto eso? Es una «Å» de «Otto». Si eso no es una señal del destino…

—Así no se escribe… —Otto logra detenerse antes de terminar la frase. No sospecha que Johan esté de humor para que le corrijan.

En lugar de eso, intenta escabullirse, pero Johan le corta el paso, se agacha y le agarra del cuello. Su mano no está fría ni húmeda ni nada de lo que cabría esperar de la mano de un muerto. Al contrario, se siente muy real y muy viva. Johan es incluso más fuerte de lo que Otto recordaba. Le inmoviliza contra el sofá, oprimiéndole la tráquea. Con la otra mano, le muestra la ficha muy cerca de la boca.

—Créeme —le sisea Johan, y Otto nota su aliento cálido y húmedo en la cara—. Te haré cagar el abecedario si no haces lo que te digo… Ahora, ¡abre bien la boca!

Otto intenta decir: «Vale, lo haré», pero lo único que consigue emitir es un graznido ronco. En lugar de eso, asiente lo mejor que puede.

Johan le observa un segundo.

—¿Lo vas a hacer?

Otto vuelve a asentir. Se está quedando sin aire, y siente la sangre arderle en las mejillas. Tira con fuerza de la muñeca de Johan, intentando soltarle, pero no sirve de nada. Johan siempre fue mucho más fuerte que él. Jugaba al hockey y hacía pesas. Otto solo leía libros y jugaba a videojuegos. Y ahora, estando muerto, Johan parece haber ganado aún más fuerza.

—Está bien —dice Johan, soltándole el cuello. Deja caer la «Å» al suelo—. Será mejor que recojas todo este desmadre antes de que la rubia venga a buscarte. No está nada mal, ¿eh? Si no estuviera muerto, me la tiraba fijo.

Johan rodea el sofá con aire fanfarrón, se deja caer en el asiento y suspira como si acabara de pasar un largo día en la oficina.

—Te lo digo en serio, no es tan malo estar muerto como lo pintan. Creo que a ti también te va a gustar.

Otto se pone en pie, frotándose el cuello.

—¿Qué significa eso? —susurra—. ¿Vas a… matarme?

Johan gira la cabeza para mirarle. Su expresión es difícil de descifrar. Solo porque Otto lo ha conocido toda la vida puede intuir lo que está pensando. El leve gesto en la comisura de los labios, una ceja algo más alzada que la otra. Johan se muere por decir algo, pero no puede... o no quiere.

—No voy a matarte, Otto. Solo digo que todos acabaremos muertos, tarde o temprano. ¿Verdad?

13

TOM

—¿Tom?... ¿Estás despierto?... ¿Tom?

—¿Eh? Sí, claro.

Tom se incorpora, parpadeando. Está al volante del camión de Kurt, con el asiento completamente reclinado. Afuera es de noche: el cielo, negro como la tinta, está lleno de estrellas brillantes. Y, por supuesto, la grieta sigue ahí, con sus largas fisuras irregulares extendiéndose casi de un horizonte al otro.

Un dolor punzante le atraviesa el cuello cuando gira la cabeza para mirar a Marlene, sentada en el asiento del copiloto.

—¿Qué pasa? —murmura Tom, frotándose los ojos. Tiene la garganta terriblemente seca. Daría lo que fuera por un trago en ese momento.

—Creo que se ha caído —dice Marlene, señalando por el parabrisas.

Se ha quitado los zapatos y los calcetines, y se ha sentado con las piernas cruzadas en posición de loto. Al parecer, practicaba mucho yoga antes de que el mundo se acabara. Y desde que quedaron atrapados aquí, ha estado meditando.

¿Cuánto tiempo ha pasado ya? ¿Cuatro días? ¿Seis? Tom ha perdido la noción del tiempo. Salieron de la ciudad un martes y siguieron conduciendo al día siguiente. Fue entonces cuando el

coche se quedó sin gasolina y Kurt salió a llenarlo con el bidón extra que llevaba.

Fue una estupidez, por supuesto. Kurt no era inmune. Tom debería haber ido. Pero el viejo testarudo insistió en hacerlo él. Al fin y al cabo, era su coche. Y además, sabía cómo mantener la mirada baja.

Eso fue antes de que la grieta en el cielo se volviera permanente, y en parte por eso Tom terminó cediendo. Creía que, como siempre, recibiría la advertencia habitual: dejaría de oír. Habían acordado que, si eso pasaba, él gritaría y Kurt se lanzaría de nuevo al interior del coche.

Pero no hubo advertencia.

Y Kurt no pudo mantener la mirada abajo.

Fueron los fantasmas, por supuesto. Tom está casi seguro. Debería haberlo previsto. Al fin y al cabo, su propio fantasma ya se había manifestado por entonces. O, al menos, había empezado a jugar con él: su voz susurrando breves mensajes por la radio, audibles solo para Tom. El cepillo de dientes rosa que encontró bajo su asiento… aún olía a una mezcla de pasta dental y vómito. Horrorizado, lo tiró por la ventanilla antes de que Kurt o Marlene pudieran verlo. Cuando preguntaron, mintió: les dijo que era solo una cucaracha muerta.

Pensaba que era el único que se estaba volviendo loco. Ni Kurt ni Marlene parecían acosados por su pasado.

Desde entonces, Tom ha comprendido que, ciertamente, no es el único. De hecho, si se guía por lo que dicen en la radio, podría tratarse de un fenómeno global. La segunda ronda de lo que fuera aquello que apareció en el cielo.

Tom vio lo que le ocurrió a Kurt. Lo observaba por el retrovisor lateral mientras se acercaba con el bidón azul. Lo abrió y ajustó el embudo. Luego abrió la tapa del depósito, pero para desenroscar el tapón necesitaba la llave. Así que vino al lado del conductor, abrió la puerta, se inclinó y la sacó del contacto.

—Pásame eso, ¿quieres, Tom? —dijo, señalando su vaper en el salpicadero.

Tom se lo dio.

Marlene, que en ese momento estaba tumbada en el asiento trasero, lo miró y preguntó:

—¿En serio? ¿Vas a hacerlo ahora?

—Eres tú la que no quiere que lo haga dentro del coche —replicó él.

Ella suspiró.

—Ten cuidado, papá, por favor.

—Lo tendré, no te preocupes —dijo, guiñándole un ojo antes de volverse a salir.

Tom recuerda ese momento claramente. Probablemente porque fue la última vez que vio los ojos de su tío.

Kurt rodeó el coche y, al llegar al depósito, dio unas caladas a su vaper. Con la espalda vuelta, Tom podía ver las nubecillas blancas alzándose sobre su cabeza.

«Claro, tómate tu tiempo», pensó Tom, cruzándose de brazos.

Tardó unos segundos en notar que Kurt se había quedado quieto, sin moverse. Como si estuviera perdido en sus pensamientos. Y entonces, Kurt echó la cabeza hacia atrás y miró justo en la única dirección que no debía.

—¡No! —gritó Tom, buscando el tirador de la puerta—. ¡Eh, Kurt, joder! ¡Los ojos abajo!

—¿Qué pasa? —gritó Marlene, girándose en su asiento, intentando ver a su padre—. ¡No! ¡Papá! ¿Qué haces? ¡No mires!

Tom salió tambaleándose del coche — fue la última vez que sus botas pisaron el suelo durante varios días— y casi corrió a sujetar a Kurt por los hombros. Pero se detuvo en seco al ver la grieta que se extendía por el cielo.

—Oh, no —murmuró—. ¿Por qué no he perdido la audición…?

Marlene gritaba dentro del coche, golpeando la ventana.

Tom no perdió tiempo en intentar salvar a su tío; ya había visto a suficientes personas volverse ciegas como para saber que una sola mirada bastaba. Y Kurt ya llevaba varios segundos contemplando la grieta.

Así que Tom se lanzó de nuevo al coche, pulsó el cierre centralizado, trepó al asiento trasero y apartó a Marlene de la

ventana. Le sujetó la cabeza con ambas manos, obligándola a mirarle a los ojos mientras le susurraba:

—Es demasiado tarde. Se ha ido. Quédate completamente quieta o nos matará a los dos.

No pensó que pudiera hacerlo. Tenía veintiocho años, pero en ese momento parecía una niña de seis que acababa de ver morir a su padre.

Pero sorprendentemente, Marlene logró tragarse los gritos. En lugar de eso, agarró su chaqueta, se cubrió la cara con ella y se apoyó en Tom. Él la rodeó con los brazos y la sostuvo mientras ella sollozaba, con los hombros temblando.

Mientras tanto, afuera, Kurt giraba lentamente y rodeaba el coche. Se detuvo junto a la ventanilla, encorvado como un depredador, y al aparecer su rostro, Tom tuvo que ahogar un jadeo.

Su tío le miraba directamente, mostrando los dientes, y Tom le devolvía la mirada. Pero solo uno de los dos veía al otro. Durante varios segundos, ninguno se movió. Luego Kurt siguió avanzando, palpando el coche, buscando una entrada. Probó cada manilla y ventana, y terminó junto al depósito, donde sin querer volcó el bidón, derramando la gasolina que pronto se evaporó bajo el sol.

«Joder», pensó Tom. «Adiós a nuestra única salida…»

Kurt siguió rondando el coche durante horas. Marlene no volvió a mirar, ni emitió sonido alguno. Tom también guardó silencio, siguiendo con la mirada cada movimiento de su tío.

Curiosamente, aunque estaba seguro de que Kurt podía romper los cristales si quería, no lo intentó. Tom tuvo la impresión de que parte de la memoria de Kurt se había borrado junto con su vista al mirar al cielo. Era como si aún sintiera una conexión con su querido coche, y por eso no quería dañarlo, pero no recordaba que su hija y su sobrino estaban dentro.

Así que, en los días siguientes, simplemente deambuló, sin hacer mucho. De vez en cuando daba una vuelta para probar las manillas, acariciar las ventanillas, incluso morder los marcos de las puertas. Pero no hacía nada más agresivo.

Otras veces, se alejaba caminando por la carretera o entre los campos. Pero nunca más de diez metros. Siempre lo justo para que

ellos no pudieran salir a llenar el depósito ni hablar en voz alta. Solo se atrevían a encender la radio con el volumen al mínimo cuando Kurt les daba la espalda y parecía absorto en la nada. En cuanto se giraba, la apagaban de inmediato.

Claro que podrían huir si quisieran.

El problema era que no había a dónde ir. Tom consultó el mapa que Kurt guardaba en la guantera. No estaba seguro de dónde estaban, pero sabía que estaban muy lejos de cualquier ciudad. Su estimación más optimista, basándose en la velocidad a la que habían conducido y cuánto tiempo había pasado desde que dejaron el último pueblo, era que caminar hacia el sur era la mejor opción, y con suerte estarían a unos cincuenta kilómetros.

Cincuenta kilómetros pueden recorrerse a pie. Hablando en términos realistas, con descansos incluidos, llevaría entre doce y quince horas. Pero había demasiados factores logísticos que lo convertían en un riesgo.

Primero y más importante, el hecho de que Marlene no era inmune. Y ahora que la grieta era permanente, Tom dudaba mucho que pudiera sobrevivir más de unos minutos bajo el cielo abierto sin verse tentada —o forzada— a mirar hacia arriba.

Si alguien tenía que ir, debía ser Tom. Lo cual significaba dejar a Marlene atrás. Él le planteó la idea, y ella la rechazó rotundamente. La sola idea de quedarse allí sola, con su padre ciego justo afuera, sin armas ni forma de protegerse, era más de lo que podía soportar.

También estaba la cuestión de qué haría Kurt si Tom intentaba salir del coche. A veces, cuando soplaba el viento, Tom tenía la sensación de que quizá podría hacerlo, abrir una puerta sin que Kurt se percatase. Pero no podía saberlo con certeza. Tal vez Kurt tenía otras formas de saber si salía. Podía olerlo. Y si lo hacía, ¿iría tras él? ¿A qué velocidad podría correr? ¿Y durante cuánto tiempo? Si Kurt era capaz de desplazarse, pongamos, a diez kilómetros por hora, Tom tendría que mantener un trote constante para evitar que lo alcanzara. Y si resultaba ser persistente y podía resistir, entonces Tom tendría que correr el equivalente a una maratón antes de llegar a un lugar seguro. Algo que jamás había hecho y que no pensaba hacer.

Lo más probable era que las botas le destrozaran los pies tras unos pocos kilómetros, llenándolos de heridas y ampollas, y que los músculos de las piernas empezaran a acalambrarse. También tendría que llevar suficiente agua para no deshidratarse —con o sin Kurt siguiéndole—. Caminar cincuenta kilómetros bajo el aire templado del otoño, incluso a un ritmo tranquilo, no era posible sin hidratarse. Y eso significaba cargar con más peso.

Suponiendo que a Kurt no le importara seguirlo, aun así era muy probable que se diera cuenta de que, si una persona había salido del coche, podían quedar otras dentro. Lo que incrementaba notablemente el riesgo de que intentara entrar a la fuerza en el vehículo.

La única alternativa era arrancar el coche y marcharse. Pero para eso necesitaban llenar el depósito. Tom se pasó horas mirando el bidón azul que yacía a unos metros. Estaba casi seguro de que no estaba del todo vacío. Aún podrían quedar algunos litros, siempre que no se hubieran evaporado en forma de gas. Si conseguían echarlos en el depósito, probablemente podrían llegar a algún pueblo donde encontrar más.

Pero incluso si lograban salir sin ser vistos y volcar el combustible restante en el depósito, todavía les faltaba la llave. Tom había revisado el suelo alrededor del coche varias veces y no la había encontrado por ninguna parte. Así que llegó a la conclusión de que el bulto en el pecho de Kurt era eso. Seguramente había guardado la llave en el bolsillo interior cuando se puso a vapear. Así que esa opción también estaba descartada.

Tampoco podían contar con ayuda del exterior. Una docena de coches había pasado ya junto a ellos. A pesar de que agitaban los brazos con desesperación, ninguno hizo más que reducir la velocidad lo justo para esquivar a Kurt, que gruñía como un perro rabioso defendiendo el coche de su dueño.

Tom se enfureció la primera vez que ocurrió. Para la tercera, había perdido toda esperanza de que algún buen samaritano se detuviera y se enfrentara a Kurt por dos desconocidos. Y en el fondo, tampoco podía culparlos. Quizá él habría hecho lo mismo. Uno de los coches

era una pareja mayor, y otro llevaba tres niños en el asiento trasero. Por supuesto que no iban a arriesgar sus vidas o las de sus hijos.

Al final, por mucho que lo pensara, Tom llegaba siempre a la misma conclusión: lo más sensato era permanecer dentro del coche, en silencio, racionar la comida y esperar a que Kurt se marchara por su cuenta. Por suerte, contaban con provisiones para al menos una semana. Kurt había insistido en cargar dos bidones grandes de agua y vaciar todos los armarios antes de salir.

Así que habían estado bebiendo agua caliente y comiendo espaguetis crudos con copos de maíz de postre.

Cubrían todas las ventanas, excepto la delantera, con lo que tuvieran a mano: camisas, mantas, servilletas de papel. Cualquier cosa para evitar que Marlene mirara accidentalmente hacia el cielo.

Lo único que podían usar como retrete era una bolsa de plástico que ataban y mantenían bajo varias mantas para intentar disimular el olor.

No era glamuroso, pero los mantenía vivos.

Tom no conocía bien a su prima antes de terminar allí. Les separaban diez años, y nunca había tenido una relación especialmente cercana con su tío. Que acabaran juntos fue, en gran medida, fruto del azar. Viviendo en pleno centro de la ciudad, Tom no tenía coche, y la única persona que le vino a la mente fue Kurt. Por suerte, su tío ya estaba organizando la salida con su hija y accedió a llevarlo con ellos.

Pero ahora, Tom y Marlene tenían la oportunidad de conocerse íntimamente. En realidad, ella hablaba bastante, a pesar de la situación en la que estaban. Tal vez lo hacía para mantener la mente ocupada. En cualquier caso, Tom estaba encantado de hablar en voz baja con ella de todo y de nada.

No estaba en una relación, aunque apenas un año antes había estado prometida. Rompió el compromiso cuando él decidió marcharse a México para realizar un voluntariado de dieciocho meses. Ella ya estaba preparada para asentarse, pero él, evidentemente, no. Tampoco tenía una relación especialmente estrecha con su padre, pero aun así lo quería, y en cuanto ocurrió el primer incidente, fue directamente a su casa, porque era la única

persona en su vida de quien sabía con certeza que recibiría protección. Había trabajado como maestra de preescolar durante seis años, pero estaba harta del sistema y ahora estudiaba para ser fotógrafa, una afición que cultivaba desde hacía tiempo. Sacó su cámara y le enseñó varias fotos de la grieta en el cielo que había tomado sin mirar hacia arriba.

—Da miedo, pero también es algo bello, ¿no crees? —le preguntó, con un tono de asombro en la voz.

—Lo es —admitió Tom—. Tal vez por eso tanta gente se siente atraída a mirarla.

Él, por su parte, compartió con ella detalles sobre su aburrida vida. Que seguía soltero. Que, desde que dejó de trabajar en la Seguridad Nacional, había cambiado de trabajo cada pocos meses, sin encontrar nunca uno que le llenara del todo.

—¿Y por qué lo dejaste entonces? —preguntó Marlene—. Si tanto te gustaba. ¿Te despidieron?

—No —murmuró Tom—. Me fui. Simplemente no podía seguir trabajando allí. Todo me recordaba a aquel día…

Se quedó en silencio, y Marlene captó la indirecta.

—Ah, claro. Casi lo había olvidado. Te dispararon, ¿verdad? Recuerdo haberte visitado en el hospital. ¿Cuánto hace de eso?

—Seis años —dijo él, frotándose distraídamente el bíceps en el lugar donde la bala lo atravesó, rozando el hueso por milímetros.

En algún momento, al tercer o cuarto día, Tom estuvo a punto de desesperarse lo suficiente como para salir corriendo y no preocuparse por las consecuencias.

Fue entonces cuando Kurt tropezó y cayó justo frente al coche. Parecía que se había enganchado con algo, aunque no había nada allí. Intentó incorporarse de inmediato, pero le costó varios intentos.

Ahí fue cuando Tom volvió a tener esperanzas.

Ellos no eran los únicos con recursos limitados. Kurt se estaba debilitando. Tarde o temprano, acabaría muriendo. Era lógico, por supuesto. No comía ni bebía nada; solo deambulaba durante todo el día. Alguna vez se sentaba en el suelo, se recostaba contra el coche y parecía quedarse dormido unos veinte minutos. Luego, de pronto, se ponía en pie y reanudaba su patrullaje por los alrededores. Esa

era la única clase de descanso que tenía, ya que, al parecer, era incapaz de dormir de verdad.

Así que, naturalmente, no aguantaría mucho más.

Si lograban resistir más que él, ganarían esta lenta guerra de desgaste.

Y ahora…

—Mira —dice Marlene, señalando—. Creo que esta vez no se va a levantar.

Tom sigue la dirección de su dedo. Kurt se ha desplomado de nuevo, y puede que ella tenga razón esta vez, porque no intenta levantarse como en las ocasiones anteriores. En lugar de eso, permanece tumbado, con los brazos y las piernas extendidos, la boca abierta y la saliva burbujeando en su barbilla.

—Por fin —susurra Tom—. Esta podría ser la definitiva. ¡Podría estar muerto de verdad!

Se da cuenta enseguida de lo que acaba de decir, porque Marlene lo mira como si le hubiera abofeteado.

—Perdona, no quería sonar tan… contento —murmura—. Es solo que… bueno, ya sabes. Voy a hacer la prueba con las luces otra vez, y si esta vez no reacciona, salgo ahí fuera.

Marlene asiente, sorbiéndose la nariz.

Tom lleva la mano al interruptor y enciende los faros. El coche empieza a pitar de inmediato, recordándole innecesariamente que las luces están encendidas sin la llave puesta. La oscuridad se disipa y Kurt queda de pronto bañado por la luz. La última vez que hicieron esto fue hace unas cuatro horas. Estaba recostado contra la matrícula y no se había movido en mucho tiempo, pero en cuanto Tom encendió las luces, se removió, se levantó y reanudó su interminable ronda.

Esta vez, sin embargo, no parece percatarse de la luz. Se le contrae un poco el pie derecho, pero no parece ser una respuesta a la iluminación.

—No está muerto —murmura Tom, apagando de nuevo las luces —. Pero quizá esté lo bastante deteriorado. Bien, segunda prueba…

Hace sonar brevemente el claxon.

Kurt no se inmuta.

Tom toca el claxon otra vez, durante más tiempo.

Nada, salvo el espasmo del pie.

—Jesús, gracias —suspira Tom—. Esta es la buena. Voy a hacerlo.

—Ten cuidado —dice Marlene.

—Lo tendré —promete Tom, recordando cómo Kurt le dijo eso mismo a ella justo antes de morir—. No pienso correr riesgos. Si hace el más mínimo sonido, vuelvo dentro. Y necesito tu ayuda. Una vez tenga la llave, voy a verter el combustible que quede en el depósito, pero eso significa que no podré vigilarlo. Así que mantente atenta y, si ves que da señales de moverse, toca el claxon. ¿Entendido?

Ella asiente de nuevo.

—Entendido.

—Vale —dice Tom, encendiendo otra vez la luz y desbloqueando las puertas—. Vale, allá voy.

Quiere salir, pero duda unos segundos más. De repente, por algún motivo extraño, la idea de abandonar el coche —algo que llevaba deseando desde hacía días— le resulta aterradora. Su instinto le grita que no lo haga. Que ahí dentro está a salvo. Que en cuanto ponga un pie fuera, se expondrá a un grave peligro.

Tengo que hacerlo, se dice, tomando una bocanada de aire para serenarse. Es solo un miedo irracional y pasajero. Una especie de claustrofobia invertida, fruto de haber estado encerrado tanto tiempo. La única manera es seguir adelante.

Así que se obliga a abrir la puerta y salir del coche.

Enderezar las piernas y la espalda le resulta a la vez doloroso y placentero. Descubre que, de hecho, le cuesta mantenerse en pie —como si, tras tantos días sentado o tumbado, su cuerpo casi hubiera olvidado cómo conservar el equilibrio—. Solo tarda unos segundos, sin embargo, en recuperar la estabilidad. Camina hacia el bidón de gasolina, cuando de pronto una voz femenina lo sorprende:

—¿Hola…?

Tom da un salto, se gira de golpe y casi grita, pero no consigue ver de inmediato quién ha hablado.

Desde dentro del coche, Marlene grita:

—¡Cuidado! ¡Alguien se acerca, Tom!

14

GINA

Montar en bicicleta es sin duda más fácil que correr, aunque la rueda delantera esté chunga.

No se dio cuenta al principio, porque estaba demasiado ocupada alejándose de los ciegos, pero la bicicleta sí que sufrió algunos daños tras la caída de la mujer. Además de la llanta doblada, el manillar está ligeramente torcido y la luz delantera está rajada, aunque no la necesita para ver, incluso al ponerse el sol, porque la luna y las estrellas le dan luz suficiente para distinguir la carretera.

Marca un ritmo constante, pedaleando a una velocidad cómoda, consciente de que tendrá que continuar toda la noche para llegar a la casa, así que debe dosificar sus energías. Tiene un hambre voraz; no ha probado bocado en todo el día, y un dolor de cabeza punzante comienza a instalarse tras las sienes. Le escuece el trasero, aunque el sillín resulta razonablemente cómodo, pero sencillamente no está habituada a montar en bicicleta.

Se cruzó con un coche accidentado en cierto momento. No había nadie dentro, pero encontró una maleta abierta que evidentemente ya había sido saqueada por alguien. En el suelo, junto al asiento trasero, yacía —milagrosamente— una bebida energética sin abrir. Gina se la bebió de un trago, apurando hasta la última gota de la lata.

Como no corre ningún peligro inmediato, su mente es libre de divagar, y no deja de pensar en lo que le contó Franz. Desde el principio, desde que apareció la grieta por primera vez, siempre supo que esto era más grande de lo que pasaba a su alrededor, pero no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo realmente, y aún le cuesta asimilarlo.

Demonios. Grupos de gente mala reuniéndose. Una gran pelea y matanza a punto de estallar. Monstruos no humanos a punto de nacer. Y...

—Depende de ti detenerlo. Tú y tus amigos. Yo estoy haciendo mi parte, y tú tienes que hacer la tuya.

Desde que Gina se enfrentó a su fantasma y salió transformada —lo que ella llama «el cambio»—, su manera de ver las cosas ha dado un giro. Sigue deseando, por encima de todo, proteger a sus hijos y mantenerlos a salvo. Pero ahora hay algo más. Un propósito distinto. Más grande. Ha ido formándose en segundo plano, asomando de cuando en cuando, cobrando fuerza poco a poco. No es fruto de una decisión consciente. Simplemente está ahí, y le resulta tan natural como respirar.

Debe ayudar a los demás a liberar su dolor y su miedo. Ayudarles a enfrentarse a sus fantasmas. A liberarse como ella misma fue liberada.

Así que cuando Franz apareció de la nada y le impuso esa enorme responsabilidad, se le heló la sangre… pero solo por un instante. Luego surgió la calma que ha predominado en ella desde el cambio.

Y supo que así debía ser. Que siempre había sido su responsabilidad cargar con ello. Si aún quedaba algún atisbo de duda en su interior, bastaba con recordar el sueño que tuvo horas antes del cambio. Aquel que le advirtió que podía perder a Victor. Que le indicó que debía encontrar a Franz.

Resultó que fue él quien la encontró primero. Y ahora, ella está preparada para...

Se sobresalta cuando un par de faros se encienden de repente no muy lejos.

Frena bruscamente, se baja de la bicicleta y se cubre los ojos. Estaba tan ensimismada en sus pensamientos, que no se dio cuenta

del coche aparcado al borde de la carretera, apenas a unos cincuenta metros. De no haber encendido los faros, podría haber pasado de largo.

Se siente bastante expuesta, y se plantea apartarse a un lado, fuera del campo de visión directo. Supone que quien esté dentro del coche encendió las luces para verla bien, y podría ir armado. Pero antes de que pueda moverse, las luces se apagan inesperadamente.

Pasan unos segundos.

Entonces el coche toca el claxon.

Luego vuelve a tocarlo, más largo esta vez.

Gina no sabe qué hacer. Le parece evidente que la persona dentro del vehículo está intentando comunicarse con ella de alguna manera —pero no está segura de cuál es el mensaje.

«¿Acércate?»

«¿Ni se te ocurra acercarte?»

«¿Ayuda?»

Podría ser cualquiera de ellos… o ninguno.

Antes de que Gina pueda decidir qué hacer, las luces se encienden de nuevo. Esta vez, permanecen encendidas, y Gina apoya la bicicleta en el caballete, y empieza a acercarse. Se tapa los ojos con la mano para que las luces no la deslumbren.

Al cabo de unos momentos, oye el sonido de una puerta abriéndose y a alguien bajando —los sonidos son nítidos y claros en la noche silenciosa.

Espera que alguien le grite, pero eso no ocurre. Así que decide romper el silencio diciendo:

—¿Hola…?

Desde dentro del coche se oye la voz de una mujer:

—¡Cuidado! ¡Viene alguien, Tom!

Por el tono de la advertencia, Gina tiene la impresión de que ni ella ni Tom —quienquiera que sea Tom— se habían percatado de su presencia hasta ese momento. Que tal vez no fue por ella que encendieron las luces. Entrecierra los ojos para ver el coche, pero es difícil por el deslumbramiento.

Sí distingue una figura tendida en el asfalto, delante del coche. Parece inconsciente.

Entonces, la puerta se cierra de golpe, como si quien salió hubiera vuelto a entrar. Gina escucha cómo se bloquean las puertas del coche.

—¡No pasa nada! —dice, levantando las manos para mostrar que están vacías—. ¡No soy ciega! ¡Y no quiero hacer daño a nadie!

Se acerca más al hombre —de edad avanzada— que sigue tendido inmóvil en el asfalto, mirando al cielo nocturno.

Se oye el chasquido del seguro, seguido de la puerta del conductor abriéndose.

—¡Detente! —le grita un hombre en un susurro tenso y forzado—. ¡No te acerques más! ¡Podría despertarse!

Gina se detiene. Intenta distinguir mejor el rostro del hombre. Tiene los ojos cerrados, pero su piel parece grisácea. Por el leve subir y bajar de su pecho, Gina deduce que no está muerto. O se ha desmayado, o ha colapsado por agotamiento.

—¿Podríais poner las luces de cruce, por favor? Me están deslumbrando…

Pasa un momento. Luego las luces bajan a una intensidad mucho más tolerable. Todavía iluminan al hombre inconsciente, pero ya no ciegan a Gina. Puede distinguir dos figuras a través del parabrisas: una mujer de su edad y un hombre unos diez años mayor.

—¡Gracias! —dice.

—¿Estás sola? —pregunta el hombre.

—¡Sí!

—¿Qué demonios haces aquí fuera?

—Intento volver a la ciudad. ¿Y vosotros?

—Intentamos alejarnos de ella. Pero nos hemos quedado sin gasolina…

A Gina se le cae el alma a los pies. De verdad esperaba que pudiera conseguir que la llevaran y dejar la bici.

—Tenemos más en el bidón, ahí al lado de la carretera —prosigue el hombre—. No es mucho, pero debería bastar para llegar al pueblo más cercano. Estaba a punto de echarla cuando apareciste.

—Eso está genial —dice Gina, notando cómo sus esperanzas renacen—. ¿Podríais llevarme, por favor? Me haría un gran favor.

Tengo dos hijos, y necesito volver con ellos cuanto antes. Tengo una bicicleta, pero me llevaría toda la noche.

Hay una pausa antes de que el hombre responda. Gina lo ve consultando con la mujer. Luego saca la cabeza y grita:

—Entiendo que eres inmune, ¿verdad?

—Lo soy.

—Yo también, pero mi prima no. Si subes con nosotros, necesito que lo entiendas y nos ayudes a mantener las ventanas cubiertas.

—Lo entiendo —dice Gina. Sabe que es un riesgo subir al coche con una persona no inmune, pero si han conseguido mantenerla a salvo hasta ahora, es que son conscientes del peligro y tienen cuidado—. ¿Tenéis un destino en mente? —añade—. ¿O solo intentáis alejaros de la ciudad?

—Me temo que lo segundo —responde el hombre—. Tenemos algunas ideas de lugares donde podríamos quedarnos, pero nada decidido.

—Entonces puedo ofreceros un lugar seguro. Está en la ciudad, pero es una casa construida para resistir. Todas las ventanas están tapiadas y reforzadas con rejas, y allí viven otras tres personas inmunes. Tenemos comida y provisiones suficientes para aguantar mucho tiempo. Si queréis, podéis venir con nosotros.

Hay otra pausa, más larga esta vez.

Entonces el hombre dice:

—No nos sentimos cómodos volviendo a la ciudad. Había muchos ciegos por las calles cuando nos fuimos. Probablemente esté desbordada ahora.

—En realidad —dice Gina—, parece que todo se ha calmado bastante. Estuve allí esta misma mañana. Con cada día que pasa, más de ellos mueren o desaparecen. Claro, todavía hay grupos rondando, pero no es imposible atravesar la ciudad en coche. Además, la casa está en las afueras.

Luego hay una pausa más corta.

—¿A qué distancia está?

—Unos cincuenta kilómetros, calculo.

Otra pausa, la más larga hasta ahora. Gina los oye susurrar.

Finalmente, el hombre sale del coche y asiente a Gina.

—De acuerdo. Iremos contigo a tu casa. Si me ayudas a coger las llaves…

—Claro —responde Gina, acercándose. Se detiene cuando el hombre del suelo se sobresalta de repente y emite un gruñido. Parece a punto de despertarse, pero entonces se tira un pedo sonoro y vuelve a caer inconsciente.

Gina se queda allí, mirando del ciego al hombre junto a la puerta del coche.

—¿Dónde están las llaves? —susurra.

—Ahí mismo —responde él, señalando—. En el bolsillo interior de su chaqueta.

15

PATRICK

Tarda unos minutos en recuperar el ritmo cardíaco. En calmar el torbellino de emociones que Phoebe —o más bien, aquello que la imitaba— puso en marcha dentro de él. Era todo lo que había estado evitando desde su muerte. El duelo. La culpa. La rabia. Estaba furioso, tanto con Gina como consigo mismo. Que todo estallara así no era lo ideal.

«No puedo dejar que esta mierda me afecte ahora. Necesito estar al cien por cien.»

Sus ojos siguen dirigiéndose al retrovisor lateral y al callejón, esperando que ella reaparezca en cualquier momento.

«Contrólate. Ni siquiera era real.»

Pero no puede engañarse. Encontrarse con el fantasma fue tan real como cualquier otra cosa que experimenta en su día a día. Y Patrick lo sabe; ha probado varias drogas que alteran la mente. Sabe cómo son las alucinaciones.

Aunque fue un encuentro extraño en todos los sentidos, no fue algo que su mente hubiese fabricado. No estaba aturdido, ni somnoliento, ni confuso, ni paranoico, ni drogado. Estaba completamente sobrio. Y acababa de hablar con un fantasma.

«Vale, fue lo bastante real. Al menos tan real como lo son mis sueños. Pero no era Phoebe.»

¿Entonces qué era? ¿Algún fenómeno alienígena asqueroso, provocado por esas fuerzas extrañas que también hicieron que se rompiese el cielo? Las dos cosas están obviamente conectadas.

Pero incluso si eso es cierto, sigue faltando algo. Simplemente etiquetar al fantasma como una «aparición extraña» causada desde fuera no basta. Fue algo demasiado personal. Aquello no solo conocía el aspecto físico de Phoebe y sabía imitar su voz —cualquier buen imitador podría reproducir sus rasgos externos y hasta parte de su carácter con solo observarla en vida—, pero también comprendía cómo pensaba y lo que sentía respecto a ciertas cosas.

«¿Qué hacías? ¿Apartarte y dejar que me matara? Mi héroe…»

Y claramente también tenía acceso a su pasado compartido:

«Yo fui la única persona a la que dejaste entrar de verdad, ¿no es así?»

A recuerdos que solo compartían ellos dos. Fue capaz de recrear perfectamente cómo sería si Phoebe hubiera bajado del cielo.

Al menos una versión de ella. Porque las personas no son una sola cosa, al menos no en la experiencia de Patrick. Alguien puede tener un mal día y verlo todo negro. Por el contrario, si te sientes genial, ni siquiera las cosas malas te molestan.

La versión de Phoebe con la que acaba de hablar era tan realista porque actuaba exactamente como Phoebe lo haría cuando se sentía vulnerable, infravalorada, herida. Por eso le resultó tan atroz, aunque sabía perfectamente que no era la persona a la que había amado. Y hasta eso lo había reconocido aquella cosa.

«¿Por qué iba a fingir? Sabes que no soy realmente Phoebe.»

Aun así, eso no parecía importar. Porque lo que también había dicho:

«… lo importante no es lo que sabes, Patrick. Es lo que sientes.»

Era, evidentemente, cierto. Sus emociones hablaban mucho más alto que lo que sabía con certeza, y eso también significaba que lo que Gina les había contado debía ser verdad. Que esas cosas eran, en esencia, su propio trauma externalizado. Eran la forma que tendrían sus heridas más profundas si se arrancaran del corazón, se convirtieran en una persona y se plantaran delante de ellos.

«¿Qué fue lo que dijo esta misma mañana…? ”Está hecho de emociones, así que debemos enfrentarlo a ese nivel. No podemos pensar para acabar con ello”.»

Patrick es hábil reprimiendo emociones, y no es capaz de afrontarlas o siquiera reconocerlas. Así que recurre al método que hasta ahora le ha funcionado: aparta el incidente con determinación, abre la puerta y sale.

Recordando llevarse la pistola, se asegura de que el seguro esté puesto, y se la mete por detrás en el cinturón. No puede evitar mirar al cielo roto, se ha convertido ya en un hábito inconsciente. Al cruzar la calle, comprueba en todas direcciones. No hay nadie a la vista.

La iglesia es una de esas construcciones modernas, de ladrillo rojo, con tejado inclinado y ventanas altas. Los que están dentro han cubierto las ventanas con tablones desde la base hasta la mitad. El césped del jardín está crecido y necesita un buen corte. Patrick se fija en que hay un sendero marcado alrededor del edificio, donde la hierba ha desaparecido por el constante ir y venir. Seguramente se deba a rondas habituales de quienes lo ocupan. Ahora mismo, no ve a nadie.

El cartel sigue ahí, alertando a los transeúntes sobre la presencia de inmunes dentro. Revisa la calle una vez más antes de subir por el camino de baldosas hasta las escaleras que llevan a las puertas dobles. Tienen pequeñas ventanas en forma de rombo a la altura de los ojos, cubiertas desde dentro.

Patrick escucha. No oye nada al otro lado de las puertas. Así que se aparta a un lado y llama suavemente.

No está seguro de haber hecho suficiente ruido para que alguien lo oiga, pero no quiere llamar la atención desde la calle. Aunque no ha visto a nadie, está convencido de que los ciegos acechan por todas partes, y lo último que necesita es que…

Como si sus pensamientos lo hicieran real, ve un movimiento por la derecha. Un grupo de cuatro ciegos aparece por la esquina de la iglesia. Todos se dirigen hacia él, y parecen terriblemente decididos. Normalmente se mueven de forma incierta, tanteando el aire, buscando el camino, a menudo chocando o tropezando. Pero estos tipos estaban claramente al acecho y deben conocer bien la zona,

porque se acercan a la puerta casi tan rápido como alguien que puede ver.

Patrick tiene tiempo de darse cuenta de que por eso está pisoteada la hierba, el grupo de ciegos lo ha hecho, probablemente merodeando alrededor de la iglesia sin descanso durante días, sintiendo la presencia de la gente dentro, esperando que alguien saliera o se acercara a la puerta. Como acaba de hacer él.

Saca la pistola y empieza a alejarse de la entrada, pero enseguida oye ruidos a su espalda. Al darse la vuelta, ve a otros seis ciegos que se acercan desde la dirección contraria. Es como si hubieran estado justo a la vuelta de la esquina, bordeando la fachada de la iglesia, escuchando, al acecho. Su estúpido golpe en la puerta debe de haberlos alertado.

«Joder», piensa. «Malditos listos. Casi me pillan.»

Cambia de dirección una vez más, esta vez volviendo hacia la calle, moviendo la pistola de un lado a otro entre los dos grupos. Parece que notan el ruido de sus zapatillas contra el suelo, porque ajustan su trayectoria en consecuencia.

Patrick se da la vuelta para correr hacia el coche. Es entonces cuando ve cómo más de una docena de ciegos emergen de todos los rincones imaginables: se arrastran desde debajo de los coches, aparecen tras los arbustos, salen de entradas de garaje e incluso uno salta desde el tejado de una cochera. Todos se mueven con rapidez y se lanzan directamente hacia él.

Patrick gira, desconcertado, viendo cómo los ciegos se acercan desde todas las direcciones, y por fin comprende que no ha despertado por accidente a unos pocos: ha caído de lleno en una trampa perfectamente organizada.

Tiene trece balas en la pistola, y aunque acertara todos los tiros, seguiría en problemas. Más ciegos siguen saliendo a campo abierto, como abejas saliendo de su colmena para atacar a un intruso.

«¡Joder! Esto no pinta bien…»

Se da la vuelta otra vez, intentando decidir dónde está el punto más débil de la ofensiva. Sus opciones se agotan rápidamente, porque cuanto más se acercan los ciegos, más estrechos son los espacios entre ellos. Se decide por un punto a su derecha, donde se

aproximan dos chicos jóvenes y un anciano delgado. Deberían ser fáciles de esquivar si corre hacia ellos con suficiente velocidad. Si le agarran, siempre puede abrirse paso a tiros, y entonces…

Justo cuando Patrick está a punto de echar a correr, ve un destello de luz brillante desde la puerta de la iglesia. Gira la cabeza y la ve completamente abierta. Un tipo gordo y una mujer de pelo negro están allí. La mujer agita los brazos frenéticamente para que Patrick se acerque, mientras el hombre sostiene uno de esos grandes focos portátiles, iluminándolo directamente.

Toma una decisión rápida. Aunque no conoce a esas personas, está claro que quieren ayudarle. Puede que esté corriendo directo hacia una trampa distinta, pero ahora mismo, está dispuesto a confiar en cualquiera que no sea ciego.

Así que Patrick echa a correr por el camino, corriendo a toda prisa hacia las puertas abiertas.

El grupo de la izquierda se acerca más deprisa, y oyen que se acerca. Con gruñidos ansiosos, extienden los brazos, y él tiene que desviarse por la hierba para evitar que le atrapen. Sus zapatillas casi resbalan sobre el césped, pero logra mantenerse en pie. Sube las escaleras en dos grandes saltos, y el tipo gordo se aparta medio segundo antes de que Patrick choque con él.

Entonces entra, y oye las puertas cerrarse de golpe a su espalda.

16

TOMMY

—Entonces, ¿dónde está Otto?

Tommy mira a Lisa al otro lado de la mesa de café. Debajo de ella está Rex, acurrucado y roncando.

Ella se encoge de hombros.

—No lo sé. Dijo que iba a buscar el tablero de Scrabble a la biblioteca. A lo mejor no lo encuentra.

Tommy suspira. Ya se está arrepintiendo de haber salido de su habitación. Últimamente, empieza a preferir la compañía de su padre antes que la de los demás.

Lisa juguetea con la manga. Es muy guapa, aunque se la ve agotada y cansada. Tommy recuerda haberse sentido atraído por ella la primera vez que estuvieron aquí, juntos en la casa. Le parece que fue hace siglos. Ha pasado tanto desde entonces, que apenas reconoce al que fue en aquel momento.

Echa un vistazo a su alrededor, asegurándose de que están solos en el salón. Anton está tumbado en el sofá, pero lleva puestos los auriculares y mira una tablet. Patrick se ha ido a la iglesia. Victor probablemente esté en su habitación, y Karen estaba haciendo la colada la última vez que Tommy la vio.

—Sabes, creo que ya he asumido mis problemas de ira —dice con tono casual.

Lisa alza la vista, aparentemente confundida durante unos segundos. Luego lo capta.

—Ah, claro. Bueno, eso está muy bien.

—Ya lo sé. —Se recuesta en el sillón, cruzando las piernas—. Supongo que me ayudaste mucho con aquella sesión de terapia.

Ella sonríe.

—A veces, solo hace falta verlo con claridad.

—Eso también. Diste en el clavo con lo que dijiste de mis padres. De mi padre, sobre todo. Resulta que todo lo que tenía que hacer era perdonarlo, y la ira se fue.

Lisa lo observa con atención.

—¿Fue así como lo hiciste? Creía que dijiste algo de echarle en cara todo.

Tommy se encoge de hombros.

—Eso lo dije solo porque no quería que los demás pensaran que soy un blandengue. La verdad es que lloré como un crío. —Sonríe, pero Lisa no parece encontrarlo gracioso. Lo mira muy seriamente.

—Eso está muy bien, Tommy. En serio. Me parece increíble que te hayas librado de tu fantasma. Debiste de pasar mucho miedo.

Él se encoge de hombros.

—En realidad, no fue tan aterrador.

—¿Cómo lo hiciste exactamente?

«Cuidado, Tom-Tom. ¿Estás seguro de que puedes confiar en ella?»

Tommy carraspea.

—Bueno, es un poco difícil de explicar…

Lisa levanta las manos.

—Ya lo pillo. Demasiado personal. Perdona por preguntar.

—No, no, está bien. Es solo que… creo que Gina tiene razón, ¿sabes? Le toca a cada uno averiguar cómo hacerlo, así que si yo te cuento mi proceso probablemente no serviría de mucho, de todos modos.

Lisa asiente.

—Sí, supongo que tienes razón. —Exhala largo, haciendo que su flequillo se mueva—. Es solo que… ojalá viniera con un manual,

¿sabes? Lo único que tengo como referencia es lo que tú y Gina nos contáis.

—Vamos, ya lo descubrirás —dice Tommy, inclinándose hacia delante y apoyando los codos en las rodillas—. Eres lista. Sabes de psicología y todo eso. Vamos, te bastaron dos minutos para calarme.

Ella sonríe.

—Siempre es más fácil poner la lupa sobre otra persona. Además, tú eras un caso fácil.

—¿De verdad?

—Sí, muy clásico. Niño herido que se convierte en adolescente enfadado. Sufriste rechazo y eso te hizo a la defensiva y cerrado.

Tommy la mira durante un momento.

Aparentemente, eso la incomoda, porque empieza a disculparse.

—Perdona, no quería decirlo así de crudo…

—No, tienes toda la razón. Solo estoy admirando cómo funciona tu cerebro. Siempre me encantó la ciencia, pero solo la de verdad, la dura, ¿sabes? Astronomía en particular. Cosas que se pueden medir. Preguntas con respuestas definidas. Todo eso de la psicología me parecía un rollo. Quiero decir, puedes darle la vuelta como quieras y nadie puede decir si tienes razón o no.

Lisa ladea la cabeza.

—¿Así es como ves la psicología?

—¡Claro! Así es como funciona. Tú dices que estoy enfadado porque mi padre me falló de niño. Yo digo que estoy molesto porque estás hurgando en mis asuntos. ¿Quién tiene razón? Y no me ofende, es solo una pregunta teórica. ¿Quién puede decir de verdad de dónde viene una emoción?

—Es una gran pregunta. Vista de forma aislada, sería prácticamente imposible saberlo. Por eso la psicoterapia trabaja con modelos basados en investigaciones. Yo lo veo como una de esas imágenes de puntos, ¿sabes? Cuantos más puntos conectas, más amplia es la imagen.

Tommy chasquea los labios.

—Sí, pero aun así… cuando todo se reduce a ello… ¿quién eres tú para decirme lo que pienso o siento? Imagina que esto fuera una sesión de terapia. Lo único que podrías hacer sería hacerme

preguntas, y yo podría mentirte descaradamente. Podría actuar completamente normal, mientras oigo voces gritando en mi cabeza. Podría estar asintiendo y sonriendo, mientras pienso en violarte y matarte en el aparcamiento más tarde. —Tommy sonríe y se encoge de hombros—. Quiero decir, ¿cómo lo sabrías?

A Lisa se le han marcado unas arrugas en la frente. Tommy se da cuenta de que quizá su ejemplo ha sido un poco… excesivo.

Rápidamente añade:

—Es solo que los terapeutas están básicamente completamente a ciegas cuando… mierda, perdón, otra forma desafortunada de decirlo… —Piensa un segundo—. Son como astrónomos antes de que se inventara el telescopio. Solo pueden mirar desde la distancia y hacer suposiciones. Pero nunca pueden entrar en la cabeza de otra persona y saber de verdad… o sea, de verdad… lo que está pensando.

—No, lo entiendo —dice Lisa—. La psicoterapia no va de hechos concretos. Se trata de ayudar a otro ser humano a través de la empatía y la voluntad de acompañarlo en su camino durante un tiempo. Pero tienes razón: si el paciente no quiere dejarte entrar, no hay nada que puedas hacer. Siempre existe el riesgo de engaño, de cosas ocultas u omitidas, o de mentiras directas. Hay un límite a lo que podemos llegar a conocer los unos de los otros.

—Exacto —asiente Tommy, recostándose de nuevo. Empieza a tamborilear con los dedos sobre los reposabrazos—. Entonces, ¿se quedó Otto dormido en algún lado?

Lisa no responde, y él nota que lo está observando otra vez.

—¿Qué?

—¿Sigues enfadado, Tommy?

La pregunta lo deja en pausa.

—No. Ya te lo he dicho.

—Estás apretando la mandíbula.

—¿Sí? Ah, claro. —Se toca la mejilla—. Tengo una pipa de girasol atascada en una muela. De ese bocadillo. Muy molesto.

Lisa lo mira, sonríe, y luego aparta la vista.

«Es lista, Tom-Tom. Esa no se la ha creído.»

—Entonces, ¿no has vuelto a ver a la chica desde aquella noche? —dice Tommy, cambiando bruscamente de tema—. ¿Cómo se llamaba? ¿Nicole?

Los ojos de Lisa se agrandan de inmediato.

—Nicoline —susurra—. Y no, no ha vuelto a aparecer.

—¿Y cómo te hace sentir eso? —lo dice en inglés, intentando imitar un acento sureño.

Lisa se ríe.

—¿Qué pasa, que ahora eres el Dr. Phil?

—Solo intento devolverte el favor. Me ayudaste mucho. Quizá yo pueda ayudarte. ¿Cuál era tu relación con ella?

Lisa parece algo incómoda hablando del tema. Pero respira hondo por la nariz y luego pregunta:

—¿De verdad quieres saberlo?

—Claro. ¿Qué fue lo que la mató, cáncer?

—No, fue una enfermedad autoinmune rara. Ni siquiera recuerdo cuál.

—¿Y erais cercanas?

—Era mi mejor amiga, sí.

—¿Por qué te afectó tanto su muerte?

Lisa piensa un momento.

—Fue la primera vez que me enfrenté al concepto de la muerte. Sabía lo que significaba, pero no había perdido a nadie todavía. Verla morir hizo que me diera cuenta de verdad de que algún día, yo también moriría.

—¿Y eso te asustó?

—Me aterrorizó. Pero el miedo no fue lo peor. Fue la culpa. Sentí… —Lisa mira a través de la mesa, sus ojos saltando de un punto a otro, como si intentara atrapar algo—. Sentí de verdad que había sido culpa mía. Porque veía el dolor que sufría, y pensaba «mejor ella que yo». Fue un pensamiento horrible, y surgió de la nada. Cada vez que pensaba en Nicoline, repetía esa frase. Como si encapsulara todo lo que sentía entonces —Lo mira, y él ve que se le llenan los ojos de lágrimas—. Qué cosa tan espantosa de pensar sobre tu mejor amiga. Quiero decir, era como una hermana para mí, y no cambiaría de sitio con ella aunque pudiera.

—Claro que no lo harías —dice Tommy encogiéndose de hombros —. ¿Quién en su sano juicio lo haría?

—Ya, lo sé, pero…

—No, Lisa. Nada de «pero». Ahí termina. No querías sufrir. Nadie quiere. Eso es tan lógico como cualquier otra cosa.

—Pero si hubiera tenido la oportunidad de cambiarme por ella…

—No la tuviste. No eres Dios. No controlas cómo se desarrolla el destino. Eso es solo una fantasía.

—Pero… pero yo… —Lisa parece perder el hilo del pensamiento, porque simplemente lo mira.

—Mira, acabamos de hablar de lo engañosos que pueden ser los pensamientos, y creo que llevas años engañándote a ti misma por culpa de un pensamiento aleatorio que no creaste ni pudiste controlar.

Una lágrima le resbala por la mejilla, y se la limpia distraídamente.

—¿De verdad lo crees?

—Por supuesto. ¿Nicoline te dijo alguna vez algo que te hiciera pensar que lo veía así? ¿Que le debías cargar con parte de su dolor?

—Sí, ella… ella, uhm… dijo una vez que… bueno, no, en realidad no… fue más bien una sensación que tuve con ella.

—¿Qué clase de sensación?

—Bueno, fui a verla al hospital, y estaba muy enferma ya, y no dejaba de apartar la mirada. Como si no soportara verme tan sana. —Lisa llora ya, pero se seca las lágrimas con la manga y sigue hablando—. Me hizo sentir fatal. Me arrepentí de haber ido, y en realidad solo lo hice por ella.

—¿A dónde miraba?

—¿Qué?

—Has dicho que no te miraba. ¿A dónde miraba entonces?

Ella lo piensa, y luego dice:

—A la ventana, supongo. Era un día precioso. A principios de primavera. Me acuerdo porque en un momento apareció una bandada de cisnes. Volvían de su migración invernal, ¿sabes? Y eso… eso la hizo sonreír… Oh, Dios… —Lisa frunce el rostro y se cubre la boca mientras empieza a llorar de verdad.

—Ahí lo tienes —dice Tommy con suavidad, sonriendo—. No estaba evitando mirarte. Solo anhelaba el mundo exterior.

—Creo que… creo que tienes razón… —Lisa niega con la cabeza—. Dios, todo este tiempo me he estado culpando a mí misma… De verdad sentía que la había enfermado yo, por mi deseo egoísta de seguir sana… Y la entendí mal por completo, lo que no hizo más que reforzar la culpa, porque creí que ella estaba de acuerdo conmigo, y eso lo volvió aún peor…

Tommy extiende las manos.

—QED, supongo.

Lisa se levanta, rodea la mesa y se inclina para abrazarlo. Tommy, por instinto, está a punto de apartarse, pero no puede ir a ningún lado y no le queda más remedio que corresponder al abrazo. Su pelo le hace cosquillas en la cara, y no puede evitar aspirar su olor. Luego, ella se aparta, sonríe y susurra:

—Gracias, Tommy.

—Eh, no hay de qué.

Rex se ha incorporado, despertado por el movimiento de Lisa. Gime y le lame la mano como si quisiera consolarla.

—Buen chico —sonríe ella—. Voy a por un pañuelo. —Se va a la cocina.

Tommy se queda sentado, moviendo el pie, cuando se da cuenta de que la cama del hospital de su padre está junto a la pared. No tiene ni idea de cuánto tiempo lleva ahí; no la había visto aparecer.

—Ha sido un gesto muy bonito, Tom-Tom.

Tommy se encoge de hombros.

—Supongo.

Rex alza la cabeza para mirar a Tommy. Los ojos del perro tienen una expresión extrañamente consciente. Como si percibiera que Tommy está hablando con alguien a quien él no puede ver.

—No es asunto tuyo —le dice Tommy—. Vuelve a dormir.

Rex agacha la cabeza y parece culpable.

—Lo digo en serio —insiste su padre—. Creo que alguien se está enamorando.

Tommy resopla, echando un vistazo por encima del respaldo de la silla para ver a Lisa de pie junto al fregadero, sirviéndose un vaso de

agua.

—Sí, claro. Es demasiado guapa para mí. Aunque estuviera interesada, que no lo está, nunca…

—No estoy hablando de ella, hijo.

Tommy mira hacia la cama, alzando las cejas.

—No me estoy enamorando de ella.

—¿Por qué no? Es lista, sensible, generosa, guapa. Parece el lote completo, si le preguntas a tu viejo.

—Pues no te lo he preguntado —murmura Tommy, removiéndose en la silla—. Y agradecería que dejáramos el tema.

—Vale. Como quieras…

La cama del hospital desaparece de nuevo, justo cuando Otto se acerca.

17

GINA

—No será tan fácil como parece —dice el hombre junto a la puerta del coche—. Tenemos que desabotonarle la chaqueta, y estoy bastante seguro de que el bolsillo interior lleva cremallera también.

Gina evalúa detenidamente sus opciones.

—¿Tienes una cuerda? ¿Un cordón? ¿Un alambre? ¿Algo que podamos usar para atarle las manos? Por si se despierta…

El joven niega con la cabeza.

—No, nada. Pensé en lo mismo, pero no trajimos nada aparte de ropa y comida. Hay un cinturón, pero es bastante grueso y no creo que sirva. También pensé en… —Echa un vistazo al interior del coche —. Es el padre de Marlene —dice en voz más baja—. No quiero… no quiero matarlo delante de ella.

—Lo entiendo —dice Gina. Por el tono de su voz y su expresión, sospecha que hay otra razón por la que prefiere no acercarse simplemente al ciego y romperle el cráneo a pisotones: parece muy nervioso, incluso asustado. A juzgar por su figura delgada y su postura encorvada, está bastante segura de que trabajaba en una oficina o algo parecido.

Si se tratara de otra persona —alguien más como Patrick—, el ciego ya estaría muerto. Gina podría intentar matarlo, aunque el chico le acaba de decir educadamente que no lo haga, pero no está

segura de poder hacerlo sin armas. Existe el riesgo de que, si empieza a darle patadas o puñetazos, él se despierte y ataque.

«Debería haber traído el martillo. Eso habría servido.»

Desde que atravesó el cambio, a Gina le importa aún menos la violencia que antes. Pero al mismo tiempo, ha asumido plenamente que los ciegos ya no son realmente personas. Ni siquiera son depredadores, porque los depredadores aún tienen alma. Estas… cosas… son recipientes vacíos que se mueven. Cuerpos sin mente. Zombis. Acabar con ellos no es más delito que aplastar una flor. No es más que corregir lo que la naturaleza no pudo concluir, a causa de la maldad sobrenatural que anima esos cadáveres, manteniéndolos artificialmente con vida unos días o semanas más. En todo caso, darles descanso es hacerle un favor al mundo.

—Tengo una bolsa de plástico —sugiere el chico—. Podríamos ponérsela en la cabeza, eso podría desorientarlo lo justo…

Gina se muerde el labio. El hombre en el suelo vuelve a moverse, gira la cabeza de un lado a otro, aparentemente intentando abrir los ojos.

Se está despertando. Nos puede oír.

—O quizá si… —empieza a decir el chico, pero se detiene al ver a Gina llevarse un dedo a los labios. Luego ella señala al ciego.

El chico parece captar el mensaje. Asiente. Luego se encoge de hombros.

Gina levanta el dedo, indicando: «Espera un momento.»

Se da la vuelta y vuelve hacia la bici. Se fijó en que la cesta estaba sujeta con dos bridas. Al parecer, no estaba diseñada para esa bicicleta en concreto, así que su dueño simplemente la ató al manillar.

Las bridas son negras y de unos seis milímetros de ancho. Deberían ser lo bastante resistentes para atarle las muñecas, incluso si se despierta.

Con la uña, consigue presionar el cierre y aflojarlas. No son tan largas como esperaba, pero lo soluciona uniéndolas y formando una más larga.

«Perfecto. Esto servirá.»

Al volver al coche, el chico se ha colocado delante, de pie a una distancia segura del ciego. Sostiene la bolsa de plástico.

Gina se acerca lo suficiente como para oler que claramente lleva días sin lavarse, y le susurra:

—Ten la bolsa lista. Si se despierta, se la pones en la cabeza. ¿Vale?

El chico traga saliva y asiente.

Gina rodea al ciego, acercándose por su izquierda. Su respiración es entrecortada, el pecho se le mueve en sacudidas irregulares. Ella le indica al chico que se acerque, señalándole que se coloque en posición. Él lo hace con duda, arrodillándose junto a la cabeza del hombre. Sostiene la bolsa a un palmo de su cara. Le tiemblan tanto las manos que el plástico cruje.

Gina le toma la muñeca y le levanta el brazo con cuidado. Él gruñe y se la aparta de un tirón. Ella lo intenta de nuevo, con el corazón latiéndole en la garganta. Otra vez, el ciego se revuelve y suelta un gruñido.

«No funcionará. Tendré que ir directamente a por las llaves.»

Gina deja la brida y en su lugar estira la mano para abrir con cuidado el primer botón de la chaqueta. Él no reacciona. Abre el segundo, y el tercero. Al cuarto, puede abrir lo suficiente la chaqueta como para ver el interior. La cremallera del bolsillo no es visible de inmediato, porque está cubierta por una solapa de cuero.

«Mierda, no puedo hacerlo desde este ángulo…»

Gina no tiene más remedio que colocar una pierna a cada lado del hombre, con un pie a cada lado de su torso, quedando montada sobre él. Inclinándose desde la cadera, ahora puede usar ambas manos, y resulta mucho más fácil. Sus dedos encuentran la cremallera, la baja despacio, luego mete la mano dentro, levantando la chaqueta con la otra para no rozarle el pecho. Nota las llaves. Es un manojo con al menos tres. Las pellizca y las saca. Al salir del bolsillo, dos de ellas tintinean. El sonido es muy leve. Pero como todo lo demás está en silencio absoluto, y porque ocurre justo encima de su cara, el hombre se sobresalta y abre los ojos ciegos.

Ocurre tan deprisa y de forma tan inesperada que Gina no consigue apartarse a tiempo. El hombre se incorpora de golpe y la

agarra del cuello con ambas manos. Ella suelta las llaves y en su lugar le agarra las muñecas, intentando quitárselo de encima. Pero aunque está más muerto que vivo, sigue siendo demasiado fuerte.

El chico grita, luego recuerda lo que tenía que hacer y le pone la bolsa en la cabeza. No lo detiene, pero claramente le molesta, porque sacude la cabeza con violencia intentando quitársela. El chico tira de él hacia abajo, y lo consigue, pero por desgracia arrastra también a Gina. El hombre sigue estrangulándola, y ahora ella está tumbada encima, dándole puñetazos en las costillas. A él apenas parece afectarle. La bolsa se rompe cuando empieza a morderla, dejando al descubierto su cara, que muestra una sonrisa triunfal. El chico no tiene más remedio que soltar la bolsa. Gina intenta decirle que le dé una patada o algo, pero no puede pronunciar palabra. No puede respirar, y el pánico crece.

Entonces, escucha una voz clara y serena en su mente: «Tú puedes. Aún hay una salida.»

Gina ve la brida en el suelo, junto al hombre. Suelta una muñeca para agacharse y cogerla. Justo cuando lo hace, él se mueve y la vuelca de espaldas. Ahora es él quien está encima, y aprieta más fuerte el cuello. El dolor es tan intenso que Gina teme por un momento que le rompa las vértebras. Verlo allí encima, babeando y gruñendo, con la bolsa de plástico rasgada colgando del cuello como el alzacuello de un predicador harapiento, es absolutamente aterrador. Y aun así, Gina se da cuenta de que no tiene miedo. Su mente intenta entrar en pánico, le grita que lo haga, pero algo más profundo la guía.

Algo que no teme a la muerte.

Entrecerrando los ojos por el dolor, estira los brazos, pasa la brida por el cuello del hombre y la aprieta de un tirón seco y firme.

Al principio, él no parece notarlo, y sigue estrangulándola. Pero los sonidos que emite cambian. Se convierten en jadeos roncos y gruñidos ahogados. Luego, el color de su cara también cambia. Los ojos ciegos empiezan a salirse de las órbitas. Y por fin, él se da cuenta de que algo va mal. Suelta a Gina con una mano para llevarla a su propio cuello, intentando averiguar qué ocurre.

Es suficiente para que Gina aspire una gran y necesaria bocanada de aire. Le aparta la otra mano de un manotazo y le da un puñetazo fuerte en la garganta. Él sisea, se atraganta y escupe, forcejeando con la brida. Probablemente es lo bastante fuerte como para romperla… si sus dedos pudieran pasar por debajo. Pero el plástico está demasiado apretado, se le clava en la piel y no puede agarrarlo.

Gina le da otro puñetazo, esta vez en la cara, y conecta dos golpes que le hacen rechinar los dientes. Es suficiente para que se incline de lado y ella pueda empujarlo. Al incorporarse de un salto, jadea intentando recuperar el aliento. El ciego se retuerce en el asfalto, llevándose las manos al cuello, con el rostro hinchado y amoratado.

—¡No, papá!

—¡Marlene! ¡Vuelve al coche!

Gina se gira y ve a la mujer de pie allí, cubriéndose la boca, mirando al ciego que se asfixia.

—¡No puedes hacerle eso! —grita—. ¡Se está ahogando!

Para asombro de Gina, la mujer se acerca al hombre, aparentemente con intención de ayudarle. El joven, por suerte, tiene el buen juicio de interceptarla. Cuando ella empieza a forcejear, él simplemente la levanta en peso y la lleva de vuelta al coche.

Gina se frota el cuello. Todavía le late con fuerza. Eso va a dejarle marcas.

Recoge las llaves, le lanza una última mirada al ciego —ya no se revuelca, está tumbado en posición fetal, estremeciéndose y emitiendo ruidos bajos y húmedos— y luego va hacia el coche.

Justo cuando coge la garrafa, la mujer vuelve a salir del coche a toda prisa.

—¡Marlene, por el amor de Dios! ¡Quédate en el coche!

—¡No puedo dejar que lo matéis! —grita ella, corriendo hacia su padre.

Gina intenta alcanzarla, pero está demasiado lejos. La mujer cae de rodillas junto a su padre.

—Estoy aquí, papá. Tranquilo, voy a ayudarte…

—¡No! —grita el chico, corriendo hacia ella.

La mujer intenta quitarle la brida, pero tampoco consigue romperla. Y de pronto, aparentemente por accidente, el ciego la

golpea en la cara con el dorso de su mano. Es suficiente para tumbarla de espaldas con un grito.

—¡No, Marlene! —ruge el chico, pero ya es demasiado tarde.

La mujer ya está mirando directamente al cielo.

Aunque Gina ya no ve aquello que hay allí arriba, sabe perfectamente qué es lo que está mirando la mujer.

18

FRITZ

Abre la puerta y ve un baño público. A Fritz nunca le gustaron esos lugares. Probablemente estén plagados de gérmenes. La gente hace todo tipo de cosas asquerosas cuando el baño no es suyo, cuando no les toca a ellos limpiarlo.

Pero está dispuesto a aguantarlo. Sigue siendo mejor que usar los baños del hangar. Al menos aquí puede estar seguro de que estará solo. Y ahora necesita estar solo. Hablar con Melissa le ha dejado una sensación pegajosa por dentro, y realmente necesita estar consigo mismo. Cuando termine aquí, se teletransportará a algún lugar seguro, un dormitorio agradable en una casa vacía, donde nadie le moleste.

Entra, cierra la puerta tras de sí. Para asegurarse, se arrodilla y mira bajo las paredes. Los cuatro retretes están vacíos.

Realmente no necesita hacer sus necesidades; ha venido aquí sobre todo para estar solo y poder ordenar sus pensamientos. Para volver a encontrar su centro. Ha observado que, cuando está solo, las voces tienden más a hablarle, a orientarlo, a calmarlo. Espera que lo hagan ahora. Necesita esa guía.

Se dirige a los lavabos, se mira en el espejo. El tipo que le devuelve la mirada parece alguien completamente distinto. Hace apenas unas semanas, Fritz era un adolescente grande. Asustado, confundido, casi destrozado por la vida. Ahora es mucho mayor, más

fuerte, más sabio. Pero también parece cansado. Agotado. Es una tarea exigente la que le han encomendado, y lleva días sin dormir bien.

Abre el grifo, se llena las manos de agua fría y se la echa por la cara y el cuello. Bebe un sorbo. Al incorporarse, se da cuenta de que la puerta está abierta.

Hay un ciego de pie allí, resollando y con una mueca burlona, la mano apoyada en el pomo, y tiene espuma en las comisuras de los labios. Lleva un bigote espeso y la piel de un tono marrón oscuro. Detrás de él hay un restaurante vacío.

—Lárgate —murmura Fritz—. Déjame en paz.

El ciego emite un gruñido de obediencia. Luego retrocede y cierra la puerta con suavidad.

Fritz suspira y se dirige a los urinarios. Las pastillas para urinarios están casi deshechas, sin reemplazar desde hace días. Fritz se baja la cremallera y empieza a orinar. Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás. Por encima del sonido del chorro al caer, oye que la puerta se vuelve a abrir.

—¡He dicho que quiero privacidad! —dice, girando la cabeza—. ¿Eres ciego y sordo?

El hombre en la puerta no se va. En cambio, carraspea.

—Perdona por la intromisión, Fritz. Pero llevo mucho tiempo intentando encontrarte.

Fritz casi se mea en las manos. Corta el chorro, se sube la cremallera y se da la vuelta.

El hombre que está en la puerta no es el mismo de antes, obviamente. Es más alto, más delgado y de más edad. Su pelo debió de ser negro en otro tiempo, pero ahora está casi completamente canoso por los lados. Lleva un abrigo largo y negro, que a Fritz le recuerda a Neo de Matrix. Sus ojos son de un azul intenso, casi de forma antinatural. Como si no le pertenecieran desde el nacimiento, sino que se los hubieran implantado más tarde. Aunque Fritz está seguro de no haberlos visto nunca antes, hay en ellos algo extrañamente familiar. El hombre lo observa como si se conocieran desde hace años.

—Es un placer verte al fin, hijo —dice el hombre. La manera en que sonríe con el lado derecho de la boca curvándose hacia arriba, le recuerda a Fritz a sí mismo. Por un segundo extraño, tiene la impresión de estar mirando en un espejo que muestra el futuro.

Y entonces, lo entiende. Se le queda la boca abierta.

—¿Eres…? ¿Te llamas Franz?

—Lo soy. Y soy quien crees.

—No… no puede ser —dice Fritz, negando con la cabeza—. Mi padre está muerto. Y era ciego.

—Lo fui, sí. Pero ahora puedo ver.

Fritz no puede dar crédito a lo que oye. Pero, al mismo tiempo, le resulta imposible no creerlo. Porque todo encaja, y en lo más profundo de sí mismo, siente que el hombre que tiene delante no miente. Que es, en efecto, su padre biológico.

Nunca lo conoció. Se marchó antes de que Fritz naciera, dejándolo a merced de una madre drogadicta y una hermana inestable. Solo lo vio en una foto una vez, una imagen borrosa y de mala calidad, y el hombre que tiene ahora ante los ojos es mucho mayor que aquel recuerdo vago.

Como si leyera sus pensamientos, su padre dice:

—Sé que tengo mucho que explicar. Como por qué nunca estuve contigo, para empezar. No tengo excusa.

—Está… está bien, supongo —murmura Fritz. Aún no asimila que está allí, hablando con su padre—. Todo pasa por una razón, ¿no?

Su padre parece reflexionar sobre eso.

—No estoy tan seguro de creerlo. Ya no. Pero no entremos en debates filosóficos. Creo que será mejor que…

«¡Cuidado, Fritz! ¡Es peligroso!»

Las voces hablan de pronto, y muy fuerte, lo bastante como para que Fritz dé un respingo. Nunca las había oído sonar así de nerviosas —asustadas, incluso—, pero ahora lo están.

—¿Pasa algo? —dice su padre, preocupado. Da un paso más—. ¿Te encuentras bien, hijo?

—Sí, es solo que…

«No le creas, Fritz. Ni una palabra de lo que va a decir. ¡Sal de ahí ahora mismo!»

—Yo… tengo que… —Fritz se frota la sien, sin saber a quién responder—. ¡No te acerques!

Su padre se detiene al instante y se aparta un poco.

—No he venido a hacerte daño, hijo. Jamás lo haría.

«¡Miente! ¡Eso es mentira! ¡Ha venido a hacerte daño, Fritz!»

Fritz se ve de repente abrumado por un miedo intenso. Es una emoción que siempre le ha acompañado, pero llevaba semanas sin sentirla, y ya había olvidado lo paralizante que puede ser. Se da cuenta de que está atrapado. Si pudiera llegar a la puerta, podría saltar a cualquier lugar que quisiera y estaría a salvo. Pero su padre bloquea la salida. No hay ventanas, ni otra forma de escapar.

«Tienes que alejarte de él, Fritz. ¡Ahora mismo!»

Mira a su padre, entrecerrando los ojos mientras el sonido de las voces resuena en su cráneo.

—¿Cómo puedo confiar en ti? —susurra—. No te conozco.

El hombre frente a él no discute el punto. No dice nada de lo que Fritz esperaba que dijera. No intenta convencerlo de nada. En lugar de eso, dice con auténtica empatía en la voz:

—Te están hablando, ¿verdad? Están dentro de tu cabeza ahora mismo.

Fritz se queda pasmado. Solo puede quedarse allí, sin habla.

—Sé cómo es —continúa su padre, mirándolo con sinceridad—. Viví con ellas en mi cabeza durante meses. Sé lo aterradoras que son. Sé que parece que no tienes más remedio que obedecerlas. Pero esta es la verdad que descubrí demasiado tarde: no pueden obligarte. Si de verdad no quieres hacer lo que te piden, entonces no tienen poder sobre ti.

Fritz se agacha por instinto, esperando que las voces griten. Lo que acaba de decir su padre, sin duda, despertará en ellas una furia mayor que cualquier otra que Fritz haya conocido.

Pero —sorprendentemente— no dicen nada.

Las voces han quedado completamente en silencio.

—¿Lo ves? —continúa su padre—. Puedes hacer que se callen. Volverán, pero puedes aprender a…

—¿Por qué estás aquí? —pregunta Fritz—. ¿Por qué hablas así? Como si ellas… como si fueran malvadas. ¿Qué estás intentando

hacerme?

Oye el miedo en su propia voz, y sabe que su padre también lo percibe.

—Está bien, hijo —dice él, alzando las manos—. Por favor, solo escúchame. Tenemos mucho de lo que hablar, pero sospecho que no tenemos mucho tiempo, así que iré directo al grano. Sé que será casi imposible para ti entender todo esto. A mí me llevó años aclararlo todo, y recuerdo lo confundido que estaba cuando estaba bajo su influjo…

—No… no lo entiendo —dice Fritz, sujetándose la cabeza con ambas manos como si temiera que le estallara. Está ocurriendo demasiado a la vez, todo completamente contrario a lo que cree cierto—. ¿Qué está pasando? ¿Estoy soñando? ¿Esto es real?

—Por favor, déjame explicarlo, y todo tendrá sentido.

—¡No! ¡Deja de hablar, por favor!

—Estoy aquí para ayudarte, Fritz. Te matarán si no me escuchas.

—¡No digas eso! ¿Por qué mientes así? ¡Tú fuiste su primer servidor! ¡Tú fuiste quien empezó todo esto! ¡Eres una leyenda viviente!

Su padre parece desconcertado.

—¿Qué? No puede ser así como me ves…

—¡Claro que sí! Estaba tan orgulloso cuando me contaron lo que habías hecho, que mi propio padre había sido el primero en establecer contacto. Y… y me quedé sin aliento cuando comprendí que yo debía continuar con la antorcha, llevar esto hasta el final, ser quien finalmente lo arregle todo.

Fritz desea con todas sus fuerzas dejar de hablar. Desde que las voces le explicaron quién era su padre, ha soñado con que algún día podría verlo, que hablarían de todo, que él lo perdonaría por no haber estado, y que todo estaría bien. Aunque le dijeron que su padre estaba muerto, Fritz aún albergaba esa esperanza.

Y ahora, contra todo pronóstico, se ha hecho realidad, pero no está ocurriendo como había imaginado. Está allí, balbuceando como un niño herido, y no puede dejar de hablar.

—¿Es que no lo ves? ¡Ahora todo tiene sentido! No solo esto, ¡toda mi vida miserable! Todo el dolor, el sufrimiento, el miedo… todo era

por una razón, ¿entiendes? Para que estuviera preparado para esta gran tarea, este honor inmenso que se me ha otorgado, y ahora estás aquí, de carne y hueso, y las voces me gritan que no confíe en ti, que eres peligroso, y tú me dices que no les haga caso, ¡y yo no sé… no sé qué es real ya!

Sus piernas ceden y cae de rodillas, aún sujetándose la cabeza. Empieza a llorar como lo hacía antes de ser internado, antes de que lo encerraran y lo llenaran de medicamentos. Esto se siente exactamente igual que aquellas veces en que algo se le metía dentro y lo obligaba a cuestionar lo que sabía que era cierto. Que no estaba enfermo en absoluto. Que los que decían que lo estaba en realidad solo querían destruirlo. Que algún día, sus salvadores llegarían y pondrían todo en orden.

Grita y gime durante un largo rato. Ni siquiera intenta mirar a su padre. No puede.

Entonces, de pronto, siente una mano en la espalda. Apoyada allí, con suavidad.

—Lo siento mucho, hijo. Por todo. Si lo hubiera sabido, jamás habría… —Suspira profundo. Su padre traga saliva—. Veo que no estás preparado para oír la verdad. Al menos no toda. Y está bien. No quiero forzarte. Por eso te he hecho esto.

Fritz oye que algo es colocado en el suelo de baldosas junto a él.

—¿Qué… qué es? —pregunta con voz ronca, sin levantar la vista.

—Es la verdad. Léela cuando estés preparado. Intenta mantener la mente abier…

Su padre deja de hablar de golpe.

Fritz alza la cabeza. Al verlo mirar hacia la puerta, percibe que está escuchando con atención.

—¿Qué pasa?

—Vienen —susurra—. Me han encontrado otra vez. Tengo que irme, Fritz. —Lo mira, sonríe, y le acaricia la mejilla con torpeza—. Me ha alegrado mucho verte, hijo.

Antes de que Fritz pueda responder, su padre se pone en pie de un salto, cruza la sala, abre la puerta de un tirón y se lanza al otro lado. Justo antes de que vuelva a cerrarla, Fritz alcanza a ver un

patio. Luego se queda allí, mirando la puerta, escuchando su propia respiración entrecortada.

Tres segundos después, la puerta se vuelve a abrir de golpe, y un grupo de ciegos irrumpe en el baño. Gruñen, resoplan, tantean el aire; claramente están buscando a alguien.

—Llegáis tarde —dice Fritz mientras se incorpora despacio—. Ya se ha ido.

Los ciegos giran la cabeza para mirarlo. Gruñen con decepción, chasquean los dientes y se empujan entre ellos, como culpándose mutuamente por haberse perdido la diversión.

—Fuera de aquí —murmura Fritz—. Dejadme en paz.

Obedecen sin discutir. El último cierra la puerta al salir, dejando a Fritz otra vez solo.

Exhala con fuerza y mira al suelo. A sus pies hay un sobre grande. No lleva nada escrito.

Fritz lo recoge con delicadeza, como si fuera un ser vivo.

No tiene ni idea de lo que contiene.

Y no está seguro de querer averiguarlo.

19

TOMMY

—Eh, estaba a punto de salir a buscarte —dice Tommy—. ¿No lo encontraste?

—Se me cayó la caja —murmura Otto, dejándola sobre la mesa. Rex le da la bienvenida empujándole las piernas y gimiendo de felicidad—. Se me cayeron las fichas. Creo que las recogí todas.

Mira a Lisa, luego a Tommy.

—Escucha, Tommy, hay algo que quería preguntarte...

—¿Sí?

—¿Sabes... qué está cocinando el anarquista?

La pregunta ya de por sí es muy inesperada, y la forma en que la dice Otto, como si la leyera de una tarjeta mental, la hace aún más extraña.

—Eh... ¿qué?

—Es solo... un acertijo que escuché —murmura Otto, encogiéndose de hombros.

Tommy lo mira fijamente.

—¿Te refieres al libro?

Ahora es Otto quien parece perplejo.

—No... no sé la respuesta.

—Entonces ¿para qué coño me lo cuentas?

—La persona que me lo dijo aseguró que tú sabrías la respuesta.

—¿Y quién te lo dijo?

Otto de repente evita la mirada de Tommy. Las mejillas se le enrojecen intensamente.

—¿Eh? —insiste Tommy—. ¿Quién fue?

—No debería decirlo.

Tommy está a punto de insistir, cuando Lisa vuelve.

—Eh, Otto. Veo que lo encontraste.

—Sí —dice Otto, claramente aliviado por la interrupción—. Perdona que tardé tanto.

—No pasa nada. Solo estábamos hablando.

Lisa le lanza una sonrisa a Tommy, y eso es todo lo que necesita para olvidar la extraña conversación que acaba de tener con Otto. Siente que el pulso se le acelera ligeramente y el escroto se le retrae al fluir la sangre hacia la ingle.

«Mierda. Papá tenía razón. Me estoy enamorando de ella.»

Tommy tiene la clara sensación de que esta situación —ellos viviendo juntos aquí— es temporal. No sabe por qué, pero intuye que no va a durar. Ya no le gusta tanto estar allí y se habría ido si no fuera por la comida y la comodidad. Todavía no ha elaborado un plan para conseguir un suministro estable de comida si decide vivir solo en otro sitio. Quizá podría encontrar una tienda que aún no haya sido saqueada, pero a menos que quiera alimentarse de tomates enlatados, tendrá que encontrar una cocina donde poder preparar algo decente.

—Vale, Tommy empieza —dice Lisa, tomando la bolsa de tela y ofreciéndosela a Tommy—. Coge siete fichas.

Tommy mete la mano y cuenta siete fichas al azar.

Lisa y Otto hacen lo mismo.

Tommy mira las letras que le han tocado: R-N-A-V-I-D-P. No puede formar nada decente con ellas. Así que empieza con la palabra NAR — en danés significa «tonto».

—Llevaré la cuenta de los puntos —dice Lisa, apuntando los puntos que obtuvo Tommy. Luego forma la palabra SPION «espía» usando la N de Tommy.

Otto piensa un momento y luego escribe SKYGGERS «sombras» usando la S que puso Lisa.

—Oh, venga ya —murmura Tommy—. ¿Has usado las siete, verdad?

—Parece que sí —dice Otto, sonriendo tímidamente—. Eso son cincuenta puntos extra, ¿no?

—Lo son —dice Lisa, anotando su puntuación—. Muy bien. Te has puesto en cabeza.

Tommy roba tres fichas nuevas. X, Z y otra P.

—Jódeme —murmura. La única palabra que se le ocurre es RIV «rasgar», usando la R anterior.

—No está mal —dice Lisa, colocando todas sus fichas para formar VILDLEDE «engañar».

Tommy resopla.

—No me jodas... No sabía que estaba jugando con campeones de ortografía.

Lisa se ríe, y la sonrisa de Otto se amplía. Intercambian una mirada por encima del tablero, y aunque es breve, Tommy tiene la clara sensación de que se felicitan mentalmente. Su humor cambia de golpe.

«¿Se están riendo de mí? ¿Me invitaron solo para humillarme? ¿Sabían que soy malo con las palabras?»

Finge que no pasa nada y sigue jugando unas rondas más. Solo logra formar palabras de dos o tres letras, mientras Otto y Lisa siguen anotando puntos altos. Cuanto más anotan, más eufóricos se ponen, y Tommy no puede quitarse de la cabeza que todo esto estaba planeado. Quizá incluso manipularon las fichas. Quizá por eso Otto tardó tanto. Podría haber estado trasteando con la bolsa.

Cuando es el turno de Tommy, le quita la bolsa a Lisa y la agita a conciencia.

Ella se ríe.

—¿Crees que eso servirá?

—Quizá, solo quizá —murmura, sacando tres nuevas fichas. N, E y D. No está mal. De repente tiene opciones. Forma: VIDEN «conocimmiento»

—Por fin, una palabra decente —gruñe, recostándose—. ¿Cuántos puntos da?

—No tantos como esta —dice Lisa, añadiendo letras a ambos extremos de la palabra de Tommy. Transforma VIDEN, «conocimiento», en UVIDENDE, que significa «ignorante». No solo invierte el significado, sino que además consigue una casilla triple.

—Gracias por el pase —le dice con una gran sonrisa.

—Jódete por aprovecharte de mi palabra —gruñe él.

Lisa se ríe.

Otto pone otra palabra, y le vuelve a tocar a Tommy. Vuelve a tener opciones de mierda y decide cambiar fichas. No le sirve de mucho.

«Mierda, voy perdiendo por paliza», piensa, aún más molesto. «Debería haberme quedado en mi habitación. Así no habría…»

Sus pensamientos se detienen al notar algo.

Algunas de las palabras de repente le saltan a la vista. Todas fueron puestas por Otto y Lisa, la mayoría como extensiones de palabras que él ya había escrito. Vistas por separado, no significan nada especial, pero juntas, parecen transmitir un mensaje.

—¿Esto es una palabra? —pregunta Otto, colocando dos fichas. Está prolongando la palabra TOM con MY, formando el nombre de Tommy.

—No, los nombres propios no valen —dice Lisa—. Tampoco abreviaturas ni palabras extranjeras. Todo lo demás vale.

—Pero es jerga para «soldado» —insiste Otto—. ¿Se permite la jerga?

—Sí —dice Lisa—. Solo que no sabía que esa palabra tenía otro significado.

Otto coloca las fichas.

Tommy solo mira el tablero.

TOMMY … UVIDENDE … AFSKAFFE … SNART …

En inglés, esas palabras significan: «Tommy, ignorante, eliminar, pronto.»

Ahora que lo ve, le resulta evidente que todas las palabras que han puesto tienen un significado siniestro. También están «sombras», «planificación» y «feo»…

—Vaya, qué fino —murmura, cruzándose de brazos—. Y yo que pensaba que el que tenía el humor jodido era yo.

—Lo siento, pero es una palabra real —dice Otto, con cara de culpabilidad—. Puedo buscar un diccionario y...

—No hablo de eso —dice Tommy, fulminando con la mirada a Otto y luego a Lisa—. Hablo de cómo preparasteis esta partida desde el principio.

Lisa parece no saber qué decir. Para Tommy es obvio que sabe de qué está hablando, que se siente acorralada y que no quiere admitirlo.

—Mira, podemos echar otra ronda, y seguro que esta vez te va mejor. Otto y yo simplemente tuvimos suerte con las...

—No estoy enfadado porque me hayáis ganado —dice Tommy, poniéndose en pie—. Estoy enfadado porque estáis intentando joderme.

—¿Qué? No te estamos jodiendo.

—No hicimos trampas, Tommy —dice Otto, ajustándose esas estúpidas gafas—. ¿Cómo podríamos haber hecho trampas? Todos sacamos las fichas al azar…

—Sí, al azar, mis cojones. Fue pura casualidad que pudieras escribir mi puto nombre en el tablero, justo entre «tonto» y «engañar», ¿verdad? ¿De verdad crees que soy tan jodidamente estúpido?

Antes de que puedan soltar más mentiras, Tommy se da la vuelta y se marcha a paso firme. Casi pisa la cola del perro.

—Quítate de en medio —gruñe, y Rex se aparta de inmediato.

—¡Tommy! —grita Lisa tras él, pero no se detiene.

20

LISA

Ambos se quedan sentados, mirando en dirección a Tommy mientras este se marcha del salón. Durante varios segundos, ninguno sabe qué decir ni qué hacer.

Otto rompe el silencio:

—¿Qué ha sido eso?

Lisa se encoge de hombros.

—Honestamente, no tengo ni idea. Parece que cree que hicimos trampas, de alguna manera…

—Nunca lo había visto así. ¿De qué hablasteis antes de que yo entrara?

Lisa se muerde el labio. Luego decide confiar en Otto.

—Hablamos de nuestros fantasmas. Pero vamos, él sacó el tema, y pensé que, como ya había lidiado con el suyo, no le importaría… —Se frota la sien—. Probablemente fue un error. Debería haberme callado.

—Sabes —dice Otto, mirando hacia el otro lado del salón sin fijarse en nada en particular—. No estoy seguro de que haya lidiado con su fantasma en absoluto.

Lisa frunce el ceño.

—¿No lo estás?

—No.

Otto parece medir sus palabras antes de empezar a hablar.

—Ya empezó en el coche, de camino hasta aquí. Hicimos un par de paradas para orinar o estirar las piernas. En una de ellas, lo vi por el retrovisor. No sabía que lo estaba observando. Estaba de espaldas, así que no podía asegurarlo del todo, pero juraría que movía la mandíbula, como si hablara solo.

Luego volvió masticando un chicle, así que pensé que sería eso.

Pero la primera noche aquí me desperté a mitad de la noche y lo oí susurrar. Era como si mantuviera una conversación. Al principio pensé que hablaba en sueños, pero a la mañana siguiente estaba muy callado y dijo que no quería dormir más en la misma habitación. Algo sobre mis ronquidos, que no lo habían dejado descansar.

Pero creo que fue solo una excusa. Creo que sospechaba que lo había oído.

Aun así, no le di importancia. Insistía en que ya estaba bien, que era como Gina, que había superado lo suyo. Así que quise pensar que hablaba con algún recuerdo de su padre. Como hacen algunos creyentes.

Pero desde entonces, más de una vez, lo he visto hacerlo estando despierto. Como cuando lo veo al otro lado de la habitación y sus labios se están moviendo. Y cuando se da cuenta de que lo estoy mirando, se calla y actúa como si no pasara nada. —Otto niega lentamente con la cabeza—. Es que no puedo explicarlo de otra manera.

Lisa no puede evitar estremecerse.

—No estarás diciendo en serio que él… —Mira alrededor, luego se inclina hacia adelante y baja la voz—. ¿Que sigue viendo a su padre?

Otto se encoge de hombros.

—Está hablando con alguien que el resto de nosotros no puede ver. No sé quién más podría ser.

Lisa niega con la cabeza.

—Pero ¿por qué mentiría sobre eso?

—Eso es lo que me he estado preguntando —admite Otto—. No parece avergonzado. En un momento pensé que su padre podría estar amenazándolo para que lo mantuviera en secreto, pero… Tommy no parece tener miedo, ¿verdad?

—Desde luego está tenso. Pero no, no tuve la sensación de que tuviera miedo cuando hablamos de su padre.

—No tiene ningún sentido —continúa Otto—. Quiero decir, ¿por qué se quedaría su fantasma? ¿No se supone que quieren hacernos daño?

Lisa alza los brazos.

—No tenemos ni idea, ¿verdad? Gina desde luego cree que los fantasmas son malos y que no quieren otra cosa que causar daño, pero… ¿quién sabe realmente? No es como si esto hubiera pasado antes. Es algo completamente nuevo y… sobrenatural. La cuestión es que no podemos afirmar nada con certeza. —Se muerde el labio—. Pero sea lo que sea lo que quiere el fantasma de Tommy, no puede ser bueno que pasen tanto tiempo juntos. Mira cómo lo está afectando, está paranoico, perdido.

Otto asiente.

—Tienes razón. ¿Crees que deberíamos… hablar con él sobre ello?

Lisa está a punto de responder, cuando Otto parece ver a alguien de pie detrás de ella, porque sus ojos se desvían.

Lisa se gira en la silla, esperando ver a uno de los gemelos o quizá a Patrick allí de pie.

Pero no hay nadie cerca.

—¿Qué? —pregunta Lisa, mirando ahora hacia Otto—. ¿Por qué has…?

Otto vuelve a mirarla, ahora sonriendo. No recuerda haberle visto sonreír nunca antes, y aun así, está bastante segura de que esa no es la forma en que debería hacerlo.

—No ha sido nada —dice con rigidez—. Solo… tengo que irme.

—Otto, espera…

—Perdón —murmura, levantándose y pasando junto a ella a toda prisa. En lugar de ir directamente hacia la puerta, se mueve en una especie de semicírculo extraño, casi chocando con la mesa del comedor. Luego sale al pasillo y desaparece de su vista.

Lisa permanece sentada, con el corazón golpeándole la garganta. Fija la vista en el suelo, justo detrás de la silla, y entrecierra los ojos, como si intentara distinguir algo que sabe que no está allí.

—¿Hola? —susurra—. ¿Quién eres?

No obtiene respuesta.
Al menos ninguna que pueda oír.

21

FRITZ

Fritz se deja caer sobre la cama con un profundo suspiro. No recuerda la última vez que estuvo tan cansado.

Es como si su cuerpo estuviera dormido, pero de algún modo aún en movimiento.

Sabe que no se trata solo del cansancio acumulado tras varios días durmiendo lo mínimo, a pesar de todo lo que ha logrado en tan poco tiempo. Lo que realmente la agota es que las voces han dejado de nutrirlo con su energía.

Desde que lo dejaron en el cuarto de baño, han estado en silencio. Ya ha pasado antes. A veces, cuando no tienen nada que decir, o cuando Fritz no les formula preguntas, dejan de hablar durante horas. Incluso días.

Pero esto es distinto. Puede sentir que no están simplemente calladas. Se han retirado. Siguen ahí, escondidas en la oscuridad de su subconsciente. Pero permanecen fuera de la vista. Como pasajeros ciegos ocultos en la bodega de carga de un avión. Le provoca ansiedad. Terror, en realidad. No porque sepa que volverán, o que estarán furiosas cuando lo hagan —de hecho, dará la bienvenida incluso al castigo más severo que le impongan—. Lo que realmente le aterra es la sensación de que se marchen. La idea de que puedan deslizarse fuera de su mente por completo, para no regresar jamás. Sería su fin. Le devolvería a lo que era antes de que

llegaran. Nada. Vacío. Sin fuerza ni propósito. Como una nación frágil ocupada durante décadas por una potencia superior, y que ahora depende completamente de la infraestructura, los recursos y la protección de sus gobernantes. Fritz no tiene columna vertebral, nada que lo sostenga por sí mismo, y se desmoronaría en la nada si las voces decidieran abandonarlo de verdad.

«¿Lo están haciendo a propósito? ¿O han sido desterradas temporalmente a los márgenes de mi mente? ¿Ha sido la presencia de mi padre suficiente para alejarlas?»

Fritz no puede decirlo con certeza. Sospecha que es una mezcla de ambas cosas.

Aunque está cansado, muerto de miedo, y lo último que quiere hacer es mirar dentro del sobre, no puede evitarlo. Necesita saber lo que su padre quiere que sepa.

También le da miedo eso. Parte de él sabe ya que serán un montón de mentiras. Que su padre ha perdido la cabeza y de algún modo se ha vuelto en su contra. Que ahora está trabajando contra su causa —la causa que él mismo puso en marcha hace seis años y medio—. Esa sería, en realidad, toda la prueba que Fritz necesita para descalificar todo lo que pueda decir.

Y sin embargo, otra parte de él no se convence tan fácilmente. Fritz conoce la enfermedad mental. Está íntimamente familiarizado con lo que significa estar psicótico. Sabe cómo se siente, cómo se oye, cómo se comporta uno. Y su padre no le pareció un loco. Al contrario.

—Voy a comprobar esto y acabar con ello de una vez por todas —murmura en el dormitorio vacío—. Y después, lo quemaré.

Aquí vivía una familia, al menos a juzgar por las fotos en las paredes. Una madre, un padre, dos hijos, todos sonriendo estúpidamente a la cámara. Presumiendo de lo felices que son, de lo perfecta que es su vida. Bien, Fritz está seguro de que ahora están todos ciegos o muertos. Tanto por la vida perfecta.

Voltea el sobre y lo rasga con cuidado. Vuelca el contenido sobre la cama junto a él y ve una hoja de papel doblada y lo que parece un pendrive.

El papel solo tiene tres grandes palabras escritas con rotulador negro: LEE ESTO PRIMERO

Fritz lo toma, lo desdobla y encuentra una carta escrita a mano. Parece escrita por un niño de primaria.

Las letras son torpes y temblorosas, pero la ortografía es impecable. Fritz comienza a leer.

Primero, disculpa mi caligrafía. Solo hace poco que aprendí a escribir a mano.

Sé que esta carta probablemente hará que tu mundo se tambalee. Solo te pido que la leas con la mente abierta.

Durante más de seis años, he estado viviendo como un fugitivo. Al principio, huía de las autoridades. Ahora, son ellos quienes me persiguen. Si me quedo demasiado tiempo en un lugar, envían a los ciegos a por mí. Así que tengo que seguir moviéndome.

Cuando empezaron a hablarme, susurraban en voz baja. Poco a poco, se hicieron más fuertes. Hasta que no pude evitar escucharlos todo el tiempo. Me convencieron de hacer cosas horribles. Me convirtieron en un asesino en masa.

Estaba ciego. Estaba desesperado. Estaba vulnerable.

Me prometieron que podría ver. Y cumplieron esa promesa. Pero obtuve algo más que visión física. Lo que me hicieron me trajo una comprensión que no creo que pretendieran, y que sospecho ningún otro ser humano ha tenido jamás.

Lo sé, hijo. Vi lo que realmente son. En un instante, todo me fue revelado.

No son entidades extrañas ni foráneas: nos son íntimamente familiares. No han viajado años luz para llegar hasta aquí: ya estaban aquí desde siempre.

Somos nosotros, en cierto modo. Son el mal que vive en todos nosotros. Y, al mismo tiempo, se alimentan de ese mal.

La miseria busca compañía. El odio engendra odio. La violencia engendra violencia. Y estos demonios, por llamarlos de algún modo, son como una parte parasitaria de nosotros, que nos devora, nos hace destruirnos entre nosotros, quiere que generemos más sufrimiento, más alimento para ellos.

Sé que esto suena a locura. Yo nunca lo habría entendido si no lo hubiera visto tan claramente.

Piensa en los ciegos. Esas pobres almas fueron devoradas por su propia oscuridad personal en el instante en que miraron a través del portal. Eso es lo que es la cosa del cielo: la apertura que necesitaban para alcanzarnos.

No sé por qué algunos no se ven afectados al mirarla directamente. Solo sé que no formaba parte de su plan. Por eso quieren matarlos tan desesperadamente.

La buena noticia es que, dado que esencialmente son nosotros, también dependen de nosotros. Por eso todavía tenemos una oportunidad, hijo. Una ligera esperanza de acabar con todo.

No estoy seguro de cómo, pero sé lo que debes hacer. Tienes un papel importante que desempeñar. Quizá el más importante de todos. Llegaré a eso en un minuto.

Primero, déjame explicarte lo que quieren. Esa parte no me quedó clara al principio, pero ahora lo entiendo.

No existen. No realmente. ¿Qué es una sombra sino la ausencia de luz? ¿Qué es un fantasma sino aquello que no nos atrevemos a mirar?

Como no tienen existencia real, nos envidian. Anhelan una vida mortal. Quieren ver el mundo. Quieren nacer. Y eligen a ciertos padres sustitutos para que los engendren.

Tú eres uno de ellos, hijo. Estoy seguro de que tienes a una mujer especial en tu vida.

Hagas lo que hagas, no te acuestes con ella. No sobrevivirá. Ninguna lo hizo.

No puedo insistir lo suficiente. Si de verdad la amas, no puedes hacer el amor con ella. Solo espero no haber llegado demasiado tarde para advertírtelo.

Fritz alza la vista del papel. Hay más, pero necesita un momento. Tiene el corazón latiéndole con fuerza en el plexo solar, y el sudor le empapa la espalda.

«Esto es una locura. Son los desvaríos de un lunático.»

Fritz espera que las voces le respondan. Desea desesperadamente que regresen y le tranquilicen.

Pero permanecen en silencio. Ocultas.

«¿Son realmente solo fantasmas?»

La habitación empieza a girar. Fritz cierra los ojos, traga saliva con dificultad y respira por la nariz. Tras unos minutos, el vértigo remite y puede volver a abrir los ojos. Hay un vaso de agua en la mesilla de noche. Su superficie tiene una fina capa de polvo. A Fritz no le importa; lo coge y se lo bebe entero.

Se siente un poco mejor. Lo suficiente como para reanudar la lectura.

Puede que no lo sepas, hijo, pero hay cientos de personas como tú. Miles, incluso.

En el sobre, encontrarás un pendrive. Conéctalo al móvil. Debería explicarlo todo.

Se suponía que yo ocuparía tu lugar. Me habían preparado durante años. Pero me liberé. Porque mataron a la mujer que amaba, y nunca pude perdonar eso.

Fui un ingenuo al creerles. Hasta que por fin vi de lo que son capaces. Cuán descaradamente desprecian la vida humana.

La mataron, Fritz. Y lo que es peor, me convirtieron en su arma. Firmé mi propia condena porque fui débil y les escuché.

Después de eso, los desterré de mi mente. Conservo los dones, pero ya no tienen poder sobre mí.

Pueden percibirme, pero no tienen acceso a mis pensamientos.

Tienes que hacer lo mismo que yo, hijo. Debes enfrentarte a ellos. No quieren más que dolor y sufrimiento para ti. Te devorarán por dentro, te usarán y te desecharán cuando ya no les seas útil.

Y harán lo mismo con la mujer que amas.

Si de verdad la amas, encontrarás en ese amor la fuerza que necesitas.

Suerte. Espero que nos volvamos a ver.

22

LISA

Se queda sentada durante un minuto entero, sintiendo el latido del corazón en la garganta.

Esto no pinta bien. Primero Tommy, y ahora Otto. Algo malo está ocurriendo.

Siempre supo que vendrían, por supuesto. Todos lo sabían. Nadie se hacía ilusiones de que los fantasmas hubieran desaparecido. Mucho menos Gina. El breve respiro que habían tenido no significaba que todo hubiese terminado. Solo podía indicar dos cosas: o bien los fantasmas se habían retirado de forma temporal —quizá porque, al estar ahora tantos reunidos en un mismo lugar, su energía compartida dificultaba que los traumas salieran a la superficie, como había sugerido Gina—, o quizá la razón era muy distinta.

Tal vez no se habían ido en absoluto. Tal vez simplemente se estaban escondiendo.

Esperando el momento oportuno.

Reuniendo fuerzas.

Maquinando en la sombra.

Sin razón aparente, los ojos de Lisa se posan en el tablero de Scrabble. Recorre las palabras que han escrito.

«Sombras»… «planeando»… «tonto»… «espía»… «pronto»…

Frunce el ceño. No es de extrañar que Tommy interpretara esas palabras como un mensaje oculto. Casi parece que no se eligieron al

azar. Como si algo las hubiera guiado.

«Para. Estás viendo cosas que no están ahí porque tienes miedo.»

Y realmente tiene miedo. Terror, en realidad. Esto es diferente de la ansiedad generalizada con la que ha convivido durante años. Ni siquiera los ataques de pánico ocasionales se comparan con lo que siente ahora.

Esto es puro pánico. Desde que se encontró con el fantasma de Nicoline, está presente de forma constante, justo bajo la superficie. Es como un nivel totalmente nuevo de miedo, algo que nunca imaginó posible.

Y, sin embargo, al mismo tiempo, es algo muy íntimo y familiar. Es algo que ha sentido antes. Cuando era pequeña.

Ahora le resulta evidente que la enfermedad y muerte de Nicoline sembraron la raíz de todo ese miedo. Es lo que ha estado detrás de todo su comportamiento neurótico, de cada pesadilla difusa que ha tenido, de cada sentimiento subconsciente de que algo no estaba bien.

Lo más aterrador de todo era que, al pensar en aquella horrible noche, Lisa está bastante segura de que Nicoline no ejerció ningún control directo sobre ella. No la obligó físicamente a ir hacia la chimenea, ni tampoco mentalmente. No fue que Nicoline no le dejara opción —Lisa sí tenía una opción—. Era absolutamente libre de no mirar por esa chimenea. Y, aun así, quiso hacerlo. En ese momento, cuando el miedo se volvió demasiado intenso para soportarlo, todo lo que quería era que desapareciera para siempre, y que se llevara consigo todo el dolor, la culpa, la vergüenza y la miseria que ha mantenido enterradas todos estos años.

Para lograrlo, estaba perfectamente dispuesta a mirar a través de la chimenea. Aunque sabía lo que eso significaba. Pero cualquier alternativa era preferible a volverse loca de miedo.

Así que sí, está aterrorizada. Tiene miedo de volver a ver a Nicoline. Y le da aún más miedo tener que enfrentarse de nuevo a una elección imposible, y volver a elegir el camino fácil.

Pero quizá, solo quizá, lo que Tommy le ayudó a entender —que toda la culpa y la vergüenza que arrastra no son más que ilusiones creadas por ella misma— signifique que Nicoline no volverá a

aparecer. Después de todo, encaja con lo que explicó Gina: que, en última instancia, está en sus manos. Que tarde o temprano todos deben enfrentarse a sus fantasmas, y que, llegado el momento, deberán decidir entre soltarlos… o caer para siempre.

Esas fueron las palabras que usó Gina, y a Lisa al principio le parecieron muy parecidas, hasta que le pidió que se lo aclarara.

—Al contrario, son opuestas —le dijo—. Soltar significa no ofrecer más resistencia. Si no les damos nada contra lo que luchar, no pueden sostenerse. Pero si huimos, nos perseguirán. Eso es lo que significa caer. Perder el equilibrio. Ponerse a su merced. Lo haces cuando renuncias a tu derecho a elegir. Nunca hagas eso. Por muy aterrador que se ponga, no dejes que el miedo te convenza de que no eres tú quien toma las decisiones. Es lo único que jamás podrán quitarte, y lo único que podrá liberarte de verdad.

Tenía sentido para Lisa, al menos en cierto nivel. Aun así, no tenía ni idea de cómo aplicarlo en términos prácticos. Se sentía como alguien que nunca ha estado en un avión, pero que ha hojeado brevemente un manual que explica para qué sirven todos los botones y palancas, y ahora se espera que entre en la cabina y despegue.

—Será nadar o hundirse —le dijo Gina—. Siempre lo es. Confía en que puedes nadar, Lisa. Porque puedes.

—Puedo nadar —susurra Lisa entre dientes, cerrando los ojos un instante—. Puedo nadar. Cuando llegue el momento, me mantendré a flote. Nadaré.

Sorprendentemente, funciona. El miedo, que amenazaba con volcarle el estómago, disminuye lo suficiente como para que se le pase la náusea y la tensión.

Vuelve a abrir los ojos y está a punto de levantarse, cuando una mano se posa sobre su hombro.

Lisa suelta un grito y se pone en pie de un salto, casi tirando la mesa de café. Se da la vuelta y...

Y ve a Anton ahí parado.

—¡Eh, perdona! —dice él, alzando las manos—. No quería asustarte así. Es solo que… no respondiste cuando dije tu nombre. ¿Estabas dormida?

—No —jadea Lisa, tratando de recuperar el aliento—. No, solo estaba… meditando.

—Ah, por eso estabas susurrando. ¡Perdón!

—Está bien.

Anton señala el tablero y sonríe con algo de nerviosismo.

—¿Necesitas a alguien con quien jugar? Se me da bastante bien el WordFeud.

—Lo siento —dice Lisa, apartándose el flequillo. Tiene la frente perlada de sudor por el susto—. Necesito… necesito encontrar a mi madre. ¿Sabes dónde está?

Anton echa un vistazo hacia la cocina.

—Creo que la vi antes, pero no sé dónde está ahora. ¿Te importa si le pido a mi hermano que juegue, entonces?

—No, adelante —dice ella, rodeando el sillón.

—Gracias.

Lisa sale del salón y se dirige al pasillo. Va al dormitorio que comparte con su madre y abre la puerta con cuidado, sin querer despertarla si está dormida.

No lo está. Su madre está tumbada en la cama, completamente vestida, con una novela en las manos. Se quita las gafas de lectura para mirar a Lisa.

—Hola, cariño.

Lisa se toma su tiempo para cerrar la puerta, y mientras se acerca a la cama, piensa cómo expresar lo que tiene en mente.

—¿Pasa algo? —pregunta su madre, guardando el libro mientras Lisa se sienta en la esquina de la cama—. Pareces preocupada.

—Estoy bien —dice en voz baja—. ¿Has sabido algo de Patrick o Gina?

—No.

—¿Así que no sabemos cuándo volverán?

Su madre niega con la cabeza.

—Patrick se llevó el teléfono, así que podemos llamarle. ¿Te preocupan?

—No mucho. Es solo que… creo que necesito hablar con Gina de algo.

—¿De qué se trata? —Su madre se inclina un poco, tratando de buscarle la mirada—. Puedes contármelo si quieres.

Lisa respira hondo. Aún sin mirar a su madre, pregunta:

—¿Has vuelto a ver a tu fantasma, mamá?

Hay un momento de silencio absoluto.

—No —responde ella, y suena sincera—. ¿Y tú?

—No. Pero creo que algunos de los demás sí.

—¿Quién?

—Creo que…

Lisa estaba mirando sus manos. Cuando levanta la cabeza, deja de hablar bruscamente. Las palabras que tenía en mente simplemente desaparecen.

Porque justo ahí, al otro lado de la cama, está Nicoline.

Está de pie, aunque su espalda está extrañamente torcida, lo que la hace inclinarse hacia un lado.

Su rostro parece salido de una pesadilla. Mira fijamente a Lisa, y sonríe con malicia.

—¿De verdad creíste que me había ido para siempre? Qué tonta eres, Lisa. No voy a irme a ninguna parte. Así que vayamos al grano. Si dices su nombre, mataré a tu madre. Iré a por ella durante la noche, y le rajaré la garganta, así… —Nicoline coge una almohada de la cama y la sostiene delante de ella. Luego, con la otra mano, levanta un dedo índice delgado y torcido, con una uña demasiado larga y afilada, y lo desliza suavemente por la almohada. La tela se corta como el humo, y las plumas empiezan a salir.

—¿Lisa? —la voz de su madre es muy tenue ahora—. Lisa, ¿qué pasa?

Lisa solo puede mirar mientras Nicoline deja caer la funda vacía y rasgada, y le lanza otra mueca amenazante.

—Di su nombre, y tu madre morirá, Lisa. ¿Puedes vivir con dos vidas en tu conciencia? Tú decides.

Su visión de Nicoline se bloquea un instante, cuando su madre le agarra los hombros y la mira a los ojos.

—¿Lisa? ¿Cariño? ¿Estás bien?

Lisa mueve la cabeza, pero Nicoline ha desaparecido.

—¿Qué pasa? —insiste su madre, mirando hacia atrás—. ¿Qué estás mirando?

Lisa parpadea.

—Era solo… vi… vi…

Su madre rodea la cama. Mira hacia abajo y se sobresalta.

—Pero bueno… ¿cómo ha pasado esto? —Se arrodilla y vuelve a incorporarse con la funda de la almohada en la mano, aún cayendo algunas plumas. Mira a Lisa—. ¿Has visto algo, Lisa? ¿Justo ahora? ¿Qué ha sido?

Lisa traga saliva. Luego niega con la cabeza y responde con voz ronca:

—Nada, mamá. No he visto nada.

23

MELISSA

Solo puede respirar en pequeños jadeos. Aunque va con cuidado, incluso la más leve expansión del diafragma provoca una explosión de dolor. Cada inspiración es como una tortura.

Está tumbada de espaldas, con las piernas ligeramente separadas, las palmas descansando sobre sus caderas. Su vientre es tan enorme que, aunque tiene la cabeza apoyada en varias almohadas, no puede ver la puerta desde ahí.

La oye abrirse, sin embargo, y gira la cabeza de lado para ver quién entra.

Es el Portero, y está mirando hacia atrás, haciendo señas a alguien.

—¡Vamos, date prisa!

Una voz nerviosa comienza a hablar desde algún lugar en el rellano:

—Como ya le he dicho, señor, de verdad que no soy la persona que usted quiere para...

—¡La Esposa pidió por ti! —gruñe el Portero—. ¡Y no pienso repetírtelo! ¡Mueve ese culo viejo aquí dentro o te lanzo yo mismo!

—E-está b-bien —jadea Melissa.

Ninguno de ellos la oye.

Un tipo mayor con gafas gruesas y una gran calva aparece en el umbral. Sostiene una bolsa de plástico entre las manos, abrazándola

como si fuera una anciana aferrada a su bolso. En cuanto ve a Melissa —o mejor dicho, su vientre—, el terror en su rostro se acentúa todavía más.

—Dios mío...

—Entra —gruñe el Portero, empujándolo dentro de la habitación, casi haciéndolo tropezar—. Lo he encontrado, Esposa —dice el Portero, cambiando por completo el tono al dirigirse a Melissa—. Le hice traer todo, tal como pediste.

—G-gracias —resopla ella, intentando sonreír al anciano—. Y gracias p-por venir.

—Como le dije al Portero —responde el viejo, ajustándose las gafas—, de verdad que no soy la persona que busca para esto...

—¿P-por qué no? ¿No eres el O-obste... Obstetra?

—Lo es —asiente el Portero con énfasis—. Lo comprobé dos veces.

—Sí, pero... Nunca he asistido un parto —dice el viejo, negando con la cabeza y levantando las manos como si alguien le apuntase con un arma—. Ni siquiera he estado presente durante un alumbramiento. Mi trabajo siempre ha sido posterior, todo lo relacionado con el cuidado posnatal y...

—Eso está b-bien —jadea Melissa, tragando saliva—. Nos las apañaremos.

—Pero, por favor, señora Esposa —insiste él—. ¿Por qué no llamar al Doctor? ¿O a la Comadrona? Sé que la han estado viendo regularmente desde que supo que estaba embarazada, y no veo ningún motivo por el que no deban ser ellos quienes asistan el parto. ¿Están incapacitados?

—Yo te el-elegí a ti —dice Melissa simplemente.

El anciano suelta una risa breve y nerviosa.

—Bueno, me siento halagado, de verdad. Pero con todos mis respetos, creo que no comprende. No puedo asistirle en este parto de manera segura. Y menos tratándose de un bebé tan importante. Es decir, el señor Fritz jamás me lo perdonaría si algo...

—No te p-p preocupes por él. Este es tanto m-mi bebé como suyo. Además, ni siquiera está...

Una oleada de contracciones hace que todo su abdomen se contraiga, y el dolor es tan intenso que Melissa no puede creer que

no se haya desmayado ya. Solo dura un par de segundos, luego se desvanece, dejándola en el nivel de dolor habitual.

Vuelve a abrir los ojos y ve al Portero y al Obstetra mirándola, ambos con expresión de espanto y alivio por no ser ellos quienes están tumbados allí.

—Si no necesita nada más de mí —murmura el Portero—, de verdad debería volver a mi puesto...

—Claro, gracias —susurra Melissa, alzando una mano en gesto de despedida.

El tipo grande no espera más y se apresura hacia la puerta.

—Ah —dice Melissa, recordando—. Solo una c-cosa más...

El Portero se detiene y mira atrás con desgana.

—¿Sí, Esposa?

—No... no se lo digas a nadie. Ni siquiera a Fritz. Quiero ser yo quien h-haga el anuncio.

El Portero parece aliviado.

—Ah, claro. Mis labios están sellados.

—Bien.

—Por cierto, ¿has visto a Fritz últimamente? Nadie lo ha visto ni ha hablado con él desde hace un par de días, y los recién llegados han dejado de aparecer.

—No tengo... ni idea de dónde está. He intentado contactarlo... varias veces.

—Ajá. Bueno. Estoy seguro de que volverá pronto.

El Portero lanza al Obstetra una última mirada amenazante, como diciéndole con los ojos: «Ni se te ocurra huir o iré a buscarte y arrastraré tu viejo y lamentable trasero de vuelta». Luego se marcha.

Cuando la puerta vuelve a cerrarse, y los sonidos del piso de abajo se apagan poco a poco, Melissa puede oír cómo el viejo respira con rapidez... casi tan rápido como ella. Melissa simplemente permanece allí unos segundos, recuperando el aliento tras hablar tanto. Teme lo que viene a continuación. Lo teme más que a nada en su vida.

El Obstetra carraspea y se acerca. Al mirar hacia abajo, Melissa ve una preocupación sincera en sus ojos. Pero también algo más. Una comprensión naciente.

—¿Por qué me llamaste?

Melissa parpadea.

—Necesito tu ayuda.

—¿Con qué? No estás a punto de dar a luz. Ni siquiera has entrado en trabajo de parto, que yo sepa.

—No, no lo estoy. Pero vamos a s-sacarlo de mí. Solo que no de la f-forma habitual.

El Obstetra frunce el ceño.

—Espero que no estés considerando un aborto. Porque eso no solo está muy fuera de mi campo de experiencia, sino que, con toda certeza, iría contra los deseos del señor Fritz. Si él...

—Si vuelves a m-mencionarlo —susurra Melissa—, haré que el Portero te apalee hasta la m-muerte.

El Obstetra cierra la boca de golpe.

Melissa niega lentamente con la cabeza.

—No vamos a hacer un aborto. Créeme, lo consideré. Pero creo que ya es demasiado tarde. Además, no pienso repetir errores del pasado.

Inhala un poco más profundamente y se da cuenta de que hablar se le ha vuelto más fácil. El dolor ha disminuido un poco. Si no supiera que es imposible, creería que el bebé —o lo que demonios sea que lleva dentro— está quieto para escucharla, permitiéndole hablar con libertad porque quiere conocer sus pensamientos.

El viejo simplemente la mira, esperando a que continúe, visiblemente temeroso de decir lo incorrecto.

—¿Podrías acercarme un poco de agua, por favor? —pregunta Melissa, señalando con los ojos la botella en la mesita junto a la cama.

—Por supuesto.

El Obstetra la toma y se la lleva a los labios.

Melissa bebe con avidez y luego suspira profundamente.

—Gracias. Sabes, tuve mucho tiempo para pensar. Y como no espero sobrevivir a esto, quiero confesarte algo antes de que empecemos.

Los ojos del viejo se agrandan aún más detrás de las gafas, y está a punto de protestar.

—No digas nada —le dice Melissa con un tono a medio camino entre súplica y amenaza—. Solo escucha.

He escrito una carta para Fritz. Está en ese cajón. Se la darás cuando regrese. Le explicará todo, y te eximirá de cualquier responsabilidad. Sabrá que fue mi elección y solo mía.

El Obstetra parece algo menos incómodo al oír esto. Traga saliva y asiente casi imperceptiblemente.

Melissa alza la vista hacia el techo. Piensa un momento, buscando las palabras. Luego comienza a hablar.

—Todo lo que siempre quise fue ser madre. Me arrebataron ese sueño cuando aún era solo una adolescente. Creía haberlo superado, pero, por supuesto, no era cierto. El dolor seguía ahí, enterrado muy dentro. Y cuando apareció la grieta en el cielo, cuando todo esto comenzó, esa herida se abrió de nuevo. Ahora, me obligan a revivir ese trauma. De algún modo, se me ha concedido mi deseo… pero justo al revés —Suelta una breve risa—. Ten cuidado con lo que deseas, ¿eh? Mira, no quiero a este bebé. Quiero que lo saquen de mí y lo tiren a la basura.

Mira al Obstetra para ver la expresión de horror que ya esperaba.

—¿Por qué? —lee en su mirada—. Porque no es mío. Ni siquiera es humano. Es una burla. Una imitación de la vida que siempre soñé traer al mundo.

Melissa siente que las lágrimas comienzan a acumularse, y parpadea para alejarlas.

—Intenté suicidarme dos veces antes. Cuando me di cuenta de que el aborto era imposible, pensé en hacerlo así. Al fin y al cabo, a la tercera va la vencida, ¿no? ¿No es eso lo que dicen? —Se encoge de hombros y señala la puerta—. Sería bastante fácil. Podría simplemente salir tambaleándome y lanzarme desde el rellano. Eso bastaría. Y para ser completamente sincera contigo, todavía no estoy segura de que no fuese la mejor opción.

Vuelve a mirar al anciano, y puede ver que está conteniéndose para no hablar.

—Pero escogí otro camino —continúa—. Decidí que, después de todos estos años... después de haber huido toda mi vida, ha llegado el momento de parar y enfrentar lo que me persigue. No me quitaré

la vida, y no mataré a lo que llevo dentro. Al menos no a propósito. Eso sería solo seguir huyendo. En cambio, voy a dar a luz. Voy a cerrar el círculo que se abrió hace tanto tiempo. Puede que me mate. De hecho, lo espero. Pero al menos así, tengo una oportunidad.

Deja de hablar, y el Obstetra parece haber comprendido. Su expresión es grave.

—Así que —dice, carraspeando—. ¿Por eso querías que trajera el bisturí y la morfina?

Melissa asiente, apartando la manta para mostrar su vientre dilatado. Más que embarazada, parece a punto de estallar.

—Exactamente —susurra—. Quiero que me abras y lo saques.

Un rugido bajo y amenazante empieza a surgir desde lo más profundo de su cuerpo, y crece rápidamente hasta hacerse audible incluso para el viejo. Él se queda mirando el abultamiento, con los ojos y la boca bien abiertos. El abdomen de Melissa vibra, luego tiembla, y después se agita con tanta fuerza que hace chirriar los muelles de la cama y golpear el cabecero contra la pared.

—N-no creo... que le guste... lo que acabo de decir... —jadea Melissa entre los espasmos de dolor que recorren su cuerpo.

—Oh, Jesús bendito todopoderoso —murmura el anciano, persignándose.

El temblor se va calmando poco a poco. Melissa puede sentir que lo que lleva dentro quiere continuar, pero está perdiendo fuerza. Sea lo que sea, sigue siendo solo un recién nacido.

—¿Todavía dudas... que me matará... si lo doy a luz... de forma natural? —resopla Melissa, secándose el sudor de la frente.

El viejo niega con la cabeza. No tanto como respuesta, sino como quien no puede creer lo que está viviendo.

—No sé si soy capaz de hacer esto...

—Claro que puedes. Por eso te llamé a ti, y no a mi médico habitual ni a la comadrona. Ellos están demasiado cerca de Fritz. Correrían a contárselo en cuanto les dijera cuál era mi decisión.

El Obstetra parece a punto de salir corriendo, así que Melissa estira el brazo y le agarra la muñeca.

—Pero tú no me harás eso —le dice con urgencia—. Porque entiendes que eso significaría mi muerte. Y tú hiciste un juramento cuando te convertiste en médico. Ahora es el momento de cumplirlo. O me abres y me das una mínima oportunidad de vivir, o te vas y me dejas morir.

El anciano mueve los labios como si quisiera decir algo, pero no encuentra las palabras.

Melissa mantiene su agarre en su brazo unos segundos más. Luego lo suelta.

Él no huye. En su lugar, baja la vista hacia la bolsa de plástico que aún sostiene. Luego vuelve a mirar a Melissa.

—Creo... creo que tengo todo lo que necesito.

—Bien —dice ella—. Será mejor que empecemos, entonces.

—Solo... una pregunta más —dice el Obstetra. Su mano va a sus gafas, luego a la boca, y luego de nuevo a las gafas—. Cuando esté fuera... ¿qué hago con él?

Melissa nunca se lo había planteado. Sabe que no estará consciente cuando suceda. De hecho, tendrá suerte si logra seguir con vida, así que jamás pensó en cómo sería el procedimiento hasta el final. Ahora lo entiende: la respuesta es obvia.

—Entrégaselo a Fritz —dice—. Que sea él quien decida qué hacer con eso.

24

FRITZ

Despierta poco a poco de un sueño muy profundo. Tiene la sensación de estar en el fondo del océano más hondo, ascendiendo lentamente a través del agua, hasta que por fin la luz empieza a alcanzarlo.

Al abrir los ojos parpadeando, se da cuenta de que no está sumergido en el agua, sino envuelto en una manta, tumbado en una cama de matrimonio mullida. La luz del sol entra a raudales por la ventana. No se molestó en correr las cortinas, porque ya era de noche cuando llegó.

«¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?»

Se incorpora con un gruñido. Tiene la cabeza extrañamente ligera y vacía. Como si se la hubieran limpiado de todos los pensamientos y recuerdos de quién era y qué estaba haciendo. Por un momento, se imagina que ese es su hogar. Que es un tipo normal, con una vida normal, en un mundo normal. Uno en el que el cielo no está roto y no hay voces hablando dentro de su cabeza. Que todo fue una pesadilla larga y vívida.

Casi logra convencerse de ello. Casi.

Entonces vuelve bruscamente a la realidad y coge su teléfono de la mesilla. Anoche se quedó sin batería, así que lo enchufó al cargador, que por suerte era compatible. Ahora desenchufa el cable y lo enciende. Doce llamadas perdidas, diecinueve mensajes nuevos.

Todos de Melissa. Los revisa por encima. Básicamente, todos dicen lo mismo: ¿Dónde demonios estás? Vuelve aquí. Te necesito.

Fritz se frota la frente. Iba a volver con Melissa anoche. Después de leer la carta de su padre, no quería que ella pasara la noche sola. Pero debió de quedarse dormido por puro agotamiento.

Sus ojos se posan en el sobre de la mesilla. Su pulso empieza a acelerarse. Como su teléfono estaba sin batería, nunca llegó a ver el contenido del USB. Estaba esperando que se cargara el móvil cuando se quedó dormido.

Con las manos empezando a temblar, toma el pequeño dispositivo, lo conecta al teléfono y abre los archivos. Hay tres vídeos cortos y una docena de fotos, todas aparentemente tomadas con la cámara de un móvil. Parecen similares, aunque claramente son de lugares distintos.

Casi todas han sido tomadas desde dentro de una gran multitud de personas mirando en la misma dirección. Fritz tiene la sensación de estar en un concierto. Incluso hay escenarios en algunas de las fotos. Algunos más improvisados que otros: un muelle en una playa, un contenedor de carga junto a una grúa, incluso el tejado plano de una gasolinera. Otros se parecen más a escenarios reales; de hecho, muchos lo son. Estadios, salas de conciertos, teatros reutilizados.

En los escenarios hay una o varias personas. Siempre un hombre, a veces con una mujer a su lado, y a menudo lo que parecen guardaespaldas: uno o dos tipos corpulentos flanqueando al hombre del centro.

Como para dejar claro el mensaje, todos visten completamente de negro. En una foto, incluso alguien sostiene una pancarta que dice: SALVE AL PROFETA — ALABAD A LOS DIOSES.

«Ese soy yo en esos escenarios», piensa Fritz, atónito. «Yo y Melissa.»

Al pie de cada imagen hay una línea de texto superpuesta:

NUEVA DELHI, 9 de agosto

ROMA, 20 de agosto

ÁMSTERDAM, 12 de agosto

CHICAGO, 19 de agosto

DUBLÍN, 23 de agosto

Y así sucesivamente.

Fritz reproduce el primer vídeo. Titulado simplemente «Vídeo nº1», dura apenas treinta y tres segundos. Pero es suficiente para darle una idea de lo que está ocurriendo. Es en Central Park. Fritz nunca ha estado allí, pero el escenario es inconfundible. La majestuosa escalinata del Bethesda Terrace se ha convertido en un escenario, en el que el tipo está de pie, hablando por un micrófono con auricular que amplifica su voz a través de enormes altavoces.

—... dejad de lado nuestros agravios personales y nuestras necesidades mezquinas —decía, alzando los brazos. Tiene un marcado acento neoyorquino—. Porque esto ya no se trata de uno solo entre nosotros. Ahora somos uno, buena gente, y por tanto debemos inclinarnos y temblar ante nuestros señores, quienes en su infinita sabiduría nos guiarán hacia el nuevo y glorioso mundo que han preparado para nosotros...

Mientras sigue hablando, la cámara gira para mostrar a la multitud que llena la parte baja de la terraza, rodeando la fuente famosa, y extendiéndose hasta donde alcanza la vista. Todos los rostros están vueltos hacia el orador, cada ojo fijo en él.

—Nueva York —susurra la voz de su padre a través del teléfono—. Esta es la concentración más grande que he encontrado, pero hay al menos otras seis en la ciudad.

Entonces el vídeo se corta abruptamente.

Fritz pone el siguiente.

Está grabado desde un apartamento en lo que parece una ciudad sudamericana. Su padre empieza filmándose a sí mismo junto a una ventana.

—Buenos Aires —dice—. Tres de septiembre.

Luego gira la cámara hacia la ventana y hace zoom sobre lo que ocurre en la calle. Es un enorme mercado atestado de varios miles de personas. Todas están ocupadas como hormigas, aparentemente construyendo algo. Podría ser un avión, pero Fritz no está seguro.

Su padre vuelve la cámara hacia sí mismo.

—Parece que se están movilizando. Creo que se están preparando para una guerra. Aún no estoy seguro contra quién, pero tengo una sospecha bastante fundada. Creo que...

De pronto se gira bruscamente al oír que cruje una tabla del suelo.

—¡Mierda! —exclama, y echa a correr. El vídeo da saltos mientras su padre cruza la habitación a toda prisa. Fritz alcanza a ver un grupo de figuras que va tras él. Luego se oye el sonido de una puerta al ser arrancada, y justo cuando su padre la atraviesa, el vídeo se interrumpe.

Fritz casi no puede respirar. Con el pulgar tembloroso, desliza hacia el tercer y último vídeo. Es el más largo: 2:04. Le da al PLAY.

Este está grabado desde el interior de un coche. Es de noche, y la lluvia cae a cántaros, dificultando la visibilidad a través de las ventanillas. Su padre está al volante, filmándose de perfil mientras observa algo a través del parabrisas.

—Es lo que sospechaba —murmura—. Acabo de oír a alguien hablar. Decían... —Mira a la cámara—. Esto es Hilo, Hawái, por cierto. Uno de septiembre. Estoy a dos minutos de la bahía. Es una de las concentraciones que he encontrado más avanzadas. En fin...

Deja de hablar cuando se acercan los faros de otro coche. Se agacha y espera a que pase. Una vez se aleja, se reincorpora y suelta un largo suspiro.

—Decían que mañana parten hacia Honolulu. He visto los barcos. Al menos tres. Son enormes, y están cargados de explosivos. Torpedos. Misiles. Incluso bombarderos. No dijeron a quién piensan atacar, pero está claro que lo consideran una amenaza. —Vuelve a mirar a la cámara—. Tiene que ser la oposición. Alguien que está creando concentraciones con un propósito totalmente distinto. —Son los inmunes —dice, entrecerrando los ojos mientras observa la lluvia —. Voy allí para advertirles. Los he visto por todo el mundo. Igual que esas concentraciones violentas, están presentes en todos los países… o eso parece. Solo que su número es muchísimo menor. Si tan solo existiera alguna forma de conectar estos focos de resistencia… Si los inmunes pudieran unirse, quizás tendrían una oportunidad. Pero, dispersos por el mundo, sin saber unos de otros, el panorama me parece sombrío…

Su padre parece darse cuenta de que está pensando en voz alta, y detiene la grabación de inmediato.

Fritz se queda mirando su teléfono durante largo rato. Tiene la cabeza extrañamente vacía. Como un paisaje desolado después de que una tormenta lo arrasara todo.

Entonces, en medio del silencio, llegan las voces:

—Entonces, ¿estás contento ahora, Fritz?

Parpadea.

—No estoy seguro de lo que siento.

—Pero ya conoces toda la historia. Has visto, escuchado y leído todo lo que tu padre tenía que decir. ¿Te suena verdadero? ¿Te ha contado lo que realmente está ocurriendo en el mundo, quiénes somos en realidad y cuál es nuestro propósito verdadero? ¿O es todo una gran mentira compleja? ¿Un espejismo que quiere que mires para que dejes de prestar atención a nuestra causa? ¿Qué opinas, Fritz?

—Y-yo... no sé qué pensar.

—Pues nosotros creemos que te creíste hasta la última palabra.

—No. He dicho que no lo sé.

—Pero nos echaste, Fritz. ¿Por qué lo harías si no le creíste?

—Porque necesitaba pensar. Todavía lo necesito —Fritz cierra los ojos y se frota las sienes—. Por favor, ¿podéis darme un momento?

—Claro que podemos. Pero hay algo que pensamos que querrías saber. Es la única razón por la que hemos vuelto, en realidad.

—¿Y qué es?

—Es Melissa —le dicen las voces—. Parece que no hizo caso a tu advertencia, Fritz. Y ahora ha hecho algo muy imprudente. Algo muy tonto y peligroso.

Fritz se incorpora de golpe, abriendo los ojos.

—¿Qué queréis decir? ¿Está bien? ¿Mi hijo está... está bien?

—Deberías ir a comprobarlo tú mismo, Fritz.

Y entonces, sin más, las voces desaparecen de nuevo.

Fritz quiere gritarles. Quiere exigirles que le digan qué ha pasado. Pero sabe que no servirá de nada. Siente que se han retirado al fondo de su mente otra vez, donde no puede alcanzarlas.

En su lugar, se pone de pie de un salto y corre hacia la puerta.

25

JOHN

Lleva en la carretera lo que deben de ser algo más de cuarenta horas. Han pasado ya dos noches.

No puede ver el sol salir ni ponerse, pero nota cómo baja y sube la temperatura. Además, el aire se vuelve más húmedo por la noche.

Cuando tiene sueño, duerme. Cuando tiene hambre, come. La bolsa de anarcados es lo único que le queda, y esas nueces han resultado ser su salvación. Tienen tantas calorías que solo necesita un puñado cada dos horas para seguir adelante. La bolsa de agua aún está medio llena y no pesa ni de lejos tanto como cuando salió. No es fácil beber de ella, pero se las apaña. Descubrió que lo mejor es ponerse de rodillas, apoyar las manos, abrir la bolsa y simplemente succionar el agua como un adolescente dándole una calada a un bong.

—Lisa probablemente lo aprobaría muchísimo —murmura—. Anacardos y agua. La dieta de eliminación perfecta.

El pensamiento de su hija le hace sonreír, y luego casi le arranca las lágrimas. Parece que hayan pasado años desde la última vez que la vio, y el hecho de que nunca volverá a verla —aunque consiga regresar con ella— le parte el alma. Aun así, piensa deliberadamente en ella de vez en cuando, porque aunque duele, también le da una gran motivación para seguir adelante. Aunque su vista real se haya

ido, puede imaginar su rostro con claridad en su mente. Puede oír su risa y recordar el olor de su pelo.

Alterna entre andar descalzo y con los zapatos puestos. Quitárselos un rato le ayuda a secar los calcetines —algo que, por su experiencia en el ejército, sabe que es crucial para evitar ampollas—. Por suerte, el asfalto es liso y relativamente libre de piedras, así que ha conseguido no pisar nada doloroso hasta ahora.

La carretera está mucho menos transitada de lo que pensaba. Solo seis o siete vehículos lo han adelantado. La mayoría ni siquiera frenó, aunque John hiciera señales —con el arma preparada tras la espalda, por supuesto—. Dos de ellos sí pararon, pero en cuanto vieron sus ojos heridos tras las gafas de sol, pisaron el acelerador. John les gritó, asegurándoles que no estaba ciego por culpa de la grieta en el cielo, pero no sirvió de nada; ni se molestaron en escuchar.

John bosteza y decide que ha llegado la hora de descansar. No tiene forma de saber qué hay a su alrededor. Supone que sigue siendo campo abierto con alguna que otra franja de pinos o sauces.

Al salirse con cuidado al arcén, nota cómo el terreno desciende. Hay una zanja paralela a la carretera. Se arrodilla, gimiendo por el dolor en los músculos de los muslos, y palpa la hierba con la mano. Está húmeda por el rocío, pero no hay agua en la zanja.

Así que John se tumba, usa la bolsa de agua como almohada, coloca el arma justo al lado y se acomoda. Por suerte, no hay depredadores ni alimañas de las que preocuparse por aquí. Ratas y tejones son probablemente lo peor que podría encontrarse, pero rara vez se les ve a campo abierto. Aparte de arañas y escarabajos —que nunca le molestaron—, seguramente estará bien.

Pensar en arañas le hace pensar otra vez en Lisa. Su madre odia con todas sus fuerzas a esos bichos de ocho patas, pero Lisa es como John en ese aspecto: no le importan en absoluto.

—La niña de papá —susurra, sonriendo para sí.

Está a punto de quedarse dormido cuando oye el sonido de un motor que se acerca.

Al principio, no sabe si está soñando. Pero al incorporarse, lo oye con más claridad. Suena como un vehículo civil cualquiera. A

diferencia de los anteriores, este viene desde la dirección contraria. Se dirige hacia la ciudad, no en sentido opuesto.

Eso le hace dudar. Estuvo a punto de quedarse donde estaba, escondido, y dejar que el coche pasara sin verlo. A estas alturas, ha perdido toda esperanza de que alguien se detenga y lo recoja.

Pero que el coche vaya hacia la ciudad… eso es curioso. John no acaba de entender qué significa. ¿Por qué alguien querría volver allí? ¿Tendrían a alguien a quien necesitaban alcanzar, igual que él?

El coche ya está cerca, a menos de doscientos metros. Va a una velocidad moderada. Tiene que decidir. ¿Intenta hacerle señas o se queda quieto?

John toma una decisión.

Se pone de pie, gimiendo mientras sus piernas protestan una vez más. Coge el arma, sube desde la zanja, pero se asegura de no pisar la carretera. Entonces alza el pulgar en el gesto universal de hacer autostop, con el arma oculta en la otra mano.

El coche ya está muy cerca; debe de estar completamente iluminado por los faros, y deberían poder verlo sin problema.

Para sorpresa de John, el coche realmente reduce la velocidad. Más aún: se detiene por completo. John supone que está totalmente expuesto a la luz, pero no hace ningún intento por ocultar que está ciego. Por alguna razón, no lo considera necesario. Baja el brazo y se queda quieto, esperando que la persona al volante cambie de opinión y arranque, o baje la ventanilla y le diga algo.

Al oír que se abre la puerta del coche, John siente una punzada de esperanza.

—Hola —dice—. Gracias por parar. Necesito un transporte.

La persona no responde de inmediato. Cuando por fin lo hace, John se queda asombrado al reconocer la voz. Es una voz que ha oído muchas veces. Solo que hace unos años que no habla con esa persona, así que no logra ubicarla enseguida.

—¿John? … Dios mío, ¿eres tú?

John frunce el ceño, rebuscando en su memoria, tratando de emparejar esa voz con un nombre y una cara conocida. Y, al fin, encaja.

—Tom —murmura. Luego, con más firmeza—: ¡Tom Kollerup!

—Sí, soy yo. Joder, John, casi no te reconozco. Estás... Dios, ¿qué te ha pasado? ¿Qué haces aquí en mitad de la nada? ¿Estás bien?

—Es una historia larga —responde John, sintiendo cómo una oleada de agotamiento mezclado con alivio le recorre el cuerpo, casi haciendo que se le doblen las rodillas—. Pero sí, estoy bien, dentro de lo que cabe.

—Tío, John, de verdad que eras el último con el que esperaba cruzarme… ¿Cómo has estado? ¿Cuánto hace, seis años?

John se siente mareado solo por estar de pie.

—Escucha, ¿puedo subir al coche, por favor? Me muero por sentarme.

—Claro, sí, por supuesto. Perdona, ¿en qué estaba pensando? Ven, John, déjame ayudarte.

Tom se le acerca y le agarra del brazo. A John no le entusiasma que lo guíen como a un anciano que apenas puede caminar, pero no protesta.

—Espera, déjame abrir la puerta —dice Tom, abriendo lo que John supone es la puerta trasera—. Cuidado con la cabeza.

—Sé entrar en un coche, Tom —gruñe John, intentando sonar bromista—. Estoy ciego y magullado, no senil.

—Sí, perdón —dice Tom, soltando esa risa breve y nerviosa que John recuerda perfectamente. Al parecer, Kollerup no ha cambiado mucho desde que dejó la agencia.

—Tom —dice John, sujetándole el brazo cuando está a punto de rodear el coche—. Gracias. Te debo una muy grande.

—No lo menciones, John, de verdad. Es lo menos que podía hacer. Oh, vamos hacia la ciudad, espero que eso te venga bien.

—Perfecto. Es justo adonde me dirijo. Pero… ¿qué quieres decir con "vamos"?

Antes de que Kollerup pueda responder, una mujer dice desde el interior del coche:

—Hola, agente Nygaard.

26

FRITZ

Fritz irrumpe por la puerta y se queda inmediatamente paralizado por el olor.

El aire de la habitación es cálido, pegajoso y cargado de distintos aromas. Orina, sudor, sangre y algo que solo puede definir como carne cruda. Es casi suficiente para hacerle vomitar, y se cubre la boca con la manga.

«Dios, ¿qué ha pasado aquí?»

Cuesta ver, porque la única fuente de luz es una lámpara de pie volcada, tendida de lado junto a la cama. Fritz distingue a Melissa. Sigue en la cama, aún tumbada de espaldas como cuando él la dejó, la manta cubriéndola desde el pecho hacia abajo. Tiene la cabeza girada hacia un lado, los ojos cerrados, y parece dormir plácidamente. El bulto sigue ahí, y por un momento, siente una oleada de alivio al pensar que quizá todo sigue bien.

Entonces, al dar un paso más, su bota tropieza con algo.

Hay un hombre tendido en el suelo. Parece mayor, a juzgar por el cuero cabelludo calvo. Está boca abajo y, sin duda, muerto: su camisa está desgarrada en varios sitios y un charco de sangre lo rodea. Le han amputado la pierna izquierda justo por debajo de la rodilla, y el muñón ha dejado escapar aún más sangre. Fritz no consigue recordar su nombre de inmediato, aunque sí recuerda

haberlo sacado de la vida miserable que llevaba y haberlo traído hasta aquí. Fue uno de los primeros.

Entonces lo recuerda. El Obstetra.

—Así es —murmura Fritz—. ¿Qué hacía aquí?

No obtiene respuesta.

Fritz coloca con cuidado la punta de su bota sobre la cabeza del tipo y la gira hacia un lado. Al revelar el rostro, o al menos donde solía haber uno, Fritz retira inmediatamente el pie con un respingo de asco.

—Cristo bendito... —gime—. ¿Qué le pasó en la pierna? ¿Y quién le devoró la cara?

No puede imaginar que Melissa le hiciera eso. Aunque tiene mal genio y las uñas bastante puntiagudas, desde luego no podría haberlo destrozado así. Y cortarle la pierna es aún más inverosímil.

¿Entró algún animal? ¿Un perro rabioso?

La teoría no tiene sentido, claro. ¿Cómo iba un perro a entrar al hangar, y mucho menos subir sin ser visto varios pisos?

—¿Melissa? —pregunta, rodeando al cadáver—. ¿Cariño?

Le toma la mano, que está caliente y pegajosa por el sudor, pero completamente flácida. Melissa no reacciona en absoluto ni a su voz ni al contacto.

—¿Puedes oírme? —Le da unas palmaditas suaves en la mejilla.

Ella ni se inmuta. Se inclina para escuchar. Apenas respira.

Fritz mira al cadáver.

—¿Qué te hizo?

Mira a su alrededor. Sus ojos, que ya se han adaptado a la penumbra, ven una ampolla vacía sobre la mesa junto a la cama. Hay también un frasco de medicación, y la etiqueta dice: SULFATO DE MORFINA. Entonces nota una mancha oscura en la manta. Es más que una mancha, en realidad. Toda la mitad inferior de la manta es más oscura que la superior. Fritz la toca con cuidado y confirma lo que temía: la tela está empapada en sangre.

Y finalmente comprende que no es el bulto lo que sostiene la manta, sino las rodillas de Melissa. Tiene las piernas dobladas y abiertas hacia los lados, casi como si…

«No. No, eso no.»

El pensamiento va seguido inmediatamente de otro: «Es demasiado tarde». Y luego: «¿Por qué no me avisaron antes? ¿No vieron lo que estaba ocurriendo?»

Otra vez, las voces no responden.

Y, por segunda vez en muy poco tiempo, Fritz se sorprende dudando de la omnipotencia de sus amos.

Tiene miedo de levantar la manta, pero no tiene elección. Necesita saber qué oculta.

Agarra una esquina y la levanta lentamente, revelando poco a poco el abdomen de Melissa.

—Oh, Dios mío del cielo… —oye decirse a sí mismo, mientras la manta se le resbala de los dedos y cae al suelo.

Hay tanta sangre que casi no puede distinguir dónde termina Melissa y dónde empieza la sábana. Lo que sí queda claro es que su amada ha sido abierta en canal. Aunque parece más bien que quien lo hizo intentó partirla por la mitad. Supone que fue el cadáver quien llevó a cabo el procedimiento, y da la impresión de que incluso intentó coserla de nuevo, y que estaba a medio terminar cuando encontró su muerte, porque Fritz distingue al menos una docena de puntos de sutura burdos sobresaliendo de la masa ensangrentada.

Las preguntas se arremolinan en su cabeza, cada una más fuerte que la anterior. ¿Quién mató al tipo? ¿Cómo puede seguir viva Melissa? ¿Dónde está el bebé? ¿Por qué ocurrió esto? ¿Por qué?

No puede decidir si Melissa se sometió a esta locura por voluntad propia o si la obligaron. No está atada, pero quizá la drogaron antes hasta dejarla en un estado de sopor…

—Aay…

Fritz se sobresalta al oír un gemido débil de Melissa. Se inclina sobre ella, acariciándole con suavidad el flequillo.

—¿Cariño? Soy yo. Fritz. Estoy aquí.

Sus párpados aletean, como si luchara por abrirlos. Tras unos segundos, lo consigue. Su mirada es turbia, pero logra enfocarlo. Fritz sabe que le reconoce, y ella sonríe.

—Hola, Fritz.

—Hola, Melissa —responde él, con la voz quebrada. Le toma la mano y la aprieta—. Me alegra tanto que sigas viva.

—¿Lo estoy? —pregunta ella, parpadeando lentamente.

—Sí. Sí que lo estás. Vas a ponerte bien. Buscaré al Doctor, y él te curará. Solo déjame...

Está a punto de marcharse, pero Melissa le agarra la mano con fuerza.

—No —susurra—. La que se va soy yo. Solo quería darte las gracias antes...

—¿Darme las gracias? —exclama Fritz, casi riéndose de incredulidad—. Cariño, no tienes nada que agradecerme. ¡Te fallé! Debería haber estado aquí, ¡debería haberte protegido!

Melissa cierra los ojos un instante.

—Me diste la oportunidad —dice con suavidad—. Y yo la aproveché. Cerré el círculo, Fritz. Sané la herida.

—¿Qué herida? —pregunta él, dándose cuenta de que intenta razonar con una persona claramente delirante, probablemente por la morfina—. Cariño, la herida no ha sanado, y necesita atención médica de inmediato o tú no vas a…

—Ya no necesito nada —dice Melissa, sonriendo hacia él—. Soy libre.

Cierra los ojos, y, aún sonriendo, exhala una última vez por la nariz.

No vuelve a inhalar.

27

JOHN

John intenta ubicar la voz.

Está casi seguro de haberla escuchado antes, y mucho más recientemente que la de Kollerup. Pero no es alguien que conozca, así que no logra ponerle rostro. Sube al coche y enseguida nota lo cargado que está el ambiente, incluso con la puerta abierta. Una mezcla de orina, sudor, perfume rancio y otras incomodidades. John probablemente tampoco huele a rosas, así que al menos no molestará al resto de los pasajeros.

—Soy Gina —dice la mujer del asiento delantero, girándose hacia él—. Hablamos brevemente justo después del primer incidente.

—Ah, cierto —dice John, recordando ahora—. Gina Ahrenfeldt. La rubia joven que vino con Tommy Jansen y Mark Hoffman.

Tom se acomoda tras el volante, se abrocha el cinturón, y enseguida están en marcha. John no puede evitar sentir que va a la velocidad de la luz, aunque no pueda ver realmente.

—No estaba segura de que te acordaras de mí —dice la mujer. Suena sinceramente sorprendida.

—Recuerdo a todas las personas que he interrogado. Qué coincidencia volver a encontrarnos.

—Ya no creo en las coincidencias.

La forma en que lo dice le resulta extraña a John. No habla como la primera vez. Su voz es la misma, pero ahora suena mucho más

madura, más sabia. En aquel entonces, tuvo la impresión de que era muy reservada, incluso deshonesta. Ahora habla con mucha más claridad. Como si no tuviera nada que esconder. Como si no le importara en absoluto cómo la perciban los demás o si están de acuerdo con ella. Y, al mismo tiempo, no resulta arrogante. Simplemente enuncia hechos.

—Yo tampoco estoy seguro de creer en ellas —admite John tras una breve pausa—. Así que... ¿sigue ahí arriba?

No necesita especificar a qué se refiere.

—Sí —dice Tom.

—No —dice Gina al mismo tiempo.

Un silencio se instala en el coche.

—Está ahí arriba —afirma Tom—. Yo lo veo.

—Yo no —responde Gina—. Desapareció después de que me enfrenté a mi fantasma.

Otra vez lo dice sin emoción alguna.

La parte analítica de John —el agente que aún lleva dentro— no puede evitar tomar nota. Como interrogadores, estaban entrenados para detectar todos los matices en la forma de hablar de las personas.

Primero había que conocerlas, determinar cuál era su perfil base: si tendían a dejar que la rabia se filtrara en su voz, la vergüenza, la culpa, el desinterés fingido... las variaciones posibles eran infinitas.

Después, una vez que comenzaban a presionar, aprendían algo nuevo sobre la persona, porque la mayoría era fácil de empujar fuera de su zona de confort. Y en cuanto traicionaban algo fuera de ese perfil base, aunque fuese un leve desliz, el interrogador sabía dónde excavar.

Gina, por alguna razón, no parece mostrar ninguno de esos indicios emocionales. Ni siquiera en su perfil base. Por supuesto, John necesitaría hablar más con ella para estar seguro, pero lleva muchos años haciendo esto, y su instinto le dice enseguida que algo es muy distinto en esta joven.

Como Tom no retoma el tema, John lo hace:

—Cuando dices "fantasma", ¿a qué te refieres exactamente?

—Al trauma de mi pasado que la fuerza tras la grieta materializó en forma aparentemente física —dice Gina, como si leyera una definición de diccionario.

John no puede evitar pensar en Else. Carraspea.

—Creo que sé a qué te refieres. Y creo que yo... bueno, también me enfrenté al mío, como tú lo expresas. No lo he vuelto a ver desde entonces, y siento mucho menos... peso, por decirlo así. A pesar de todo lo que he vivido, es como si me hubieran quitado un gran peso del corazón.

No puede creer que esté compartiendo todo eso con prácticamente unos desconocidos. Ni siquiera era del todo consciente de que así se sentía hasta que lo dijo. Pero es la verdad.

—Es una gran noticia —dice Gina, con ese tono casi plano, pero ahora John puede notar que está realmente contenta—. No es fácil enfrentarse a nuestro dolor y miedo más profundos.

—Desde luego que no —responde John, recordando la voz de Else, gruñéndole: «Estoy muerta por tu culpa, John. Me debes todo...»

—¿Te apetece compartir lo que ocurrió? —pregunta Gina. Ahora habla con suavidad, claramente sin querer presionarlo.

John respira hondo.

—¿Recuerdas a Holm, Tom?

Tom se mueve en su asiento.

—¿Te refieres a Else? Claro, ¿cómo iba a olvidarla?

—Ella era mi fantasma —dice John.

«No puedo creer que vaya a contar esto...», piensa John.

Y realmente no puede. Estaba convencido de que se llevaría aquello a la tumba. Pero por alguna razón, en ese momento, siente que es tremendamente importante compartir su experiencia. Así que lo hace.

—Me culpaba por su muerte. Y tenía razón. Cuando me enfrentó… —Se encoge de hombros—. Le pedí perdón. De verdad, con el corazón en la mano. Supongo que le confesé, a ella y a mí mismo, que tomé una decisión que probablemente la condujo a la muerte, aunque no tenía por qué haber acabado así. Asumí toda esa responsabilidad espantosa.

Su voz empieza a quebrarse, y termina en un susurro:

—Eso fue lo que la hizo desaparecer.

—Jesús —murmura Tom—. Lo siento mucho, John. ¿Cómo... cómo murió?

—La asesinó alguien que venía a por mí. Ya no está.

—¿Es quien... —Tom duda, y John sabe que lo está mirando por el retrovisor— quien te hizo eso en los ojos?

—Lo fue —dice John—. Antes de eso, yo era inmune.

—¿Lo eras? —Tom suena sorprendido—. Gina y yo también lo somos.

—Ya me lo imaginaba. Y creo que me debes una disculpa, Gina —dice John, girando hacia ella—. Si no recuerdo mal, tú le dijiste a mi compañera y a mí que no habías mirado al cielo durante el primer incidente. De hecho, por eso te dejamos ir tan rápido.

—Lo siento —dice Gina sin vacilar—. Tienes razón, mentí. Lo hice para poder volver con mis hijos.

—No te culpo en absoluto —dice John—. Yo también elegí a mi hija por encima de todo. Y sinceramente, no creo que hubiera cambiado nada. Esto nunca estuvo destinado a detenerse. Tenía que seguir su curso.

—Creo que tienes toda la razón —dice Gina—. Y tengo algo más que debes oír, John. Algo que te hará muy feliz. Karen y Lisa están bien. Al menos lo estaban cuando salí del refugio.

Oír esas tres palabras de labios de Gina —Karen, Lisa, refugio— le caen a John como una descarga de adrenalina directo al corazón.

—¿Quieres decir que tú... que tú…?

—Estuve allí esta misma mañana, sí. También está Tommy. Volvió tras lo que pasó cuando os capturaron.

John no sabe qué decir.

Las preguntas que le rondan la mente desde que el sargento lo drogó en la cocina y se desmayó han girado todas en torno a Karen y, más importante, Lisa. ¿Estaban bien? ¿Se quedaron en la habitación segura? ¿Llegó a alcanzarlas el sargento? ¿Seguían siquiera con vida?

Oye a Gina girarse en el asiento para mirarlo. Cuando vuelve a hablar, John, por primera vez, percibe algo inequívoco en su voz: sabe que está sonriendo.

—Vas a volver a ver a tu familia, John.

28

FRITZ

—No —gime Fritz, sintiendo cómo su corazón se encoge y se endurece como una roca—. No, por favor, Melissa… por favor, no te mueras… No puedo hacer esto sin ti…

Pero Melissa está muerta. Aún con la sonrisa congelada en el rostro, su cabeza cae de lado, y su mano se afloja en la suya.

Fritz apoya la frente en su sien y empieza a llorar. Luego el llanto se convierte en sollozos. Y después, rompe a llorar desconsoladamente.

En toda su vida adulta, con todo lo que Fritz ha vivido —el dolor, el terror, la miseria, las drogas, la institucionalización, las humillaciones, la pérdida de libertad, la degradación— nada, nada de eso le había hecho derramar ni una sola lágrima. Gritar, sí. Aullar, también. Pero nunca llorar de verdad. En algún momento, Fritz llegó a creer que era físicamente incapaz.

Pero ahora descubre que no es cierto. Que simplemente lo había guardado todo en lo más profundo.

—¿Cómo pudisteis? —le oye decirse entre sollozos—. ¿Cómo pudisteis matarla así?

Y, para su sorpresa, las voces responden de inmediato:

—Nosotros no hicimos esto —le dicen con calma—. Fue ella misma, Fritz.

—¡Pero la dejasteis morir! —grita, aferrándose a la camisa de Melissa—. ¡No me avisasteis a tiempo!

—No sabíamos lo que ella iba a...

—Oh, no me vengáis con esa mierda —escupe Fritz—. ¿Qué clase de dioses sois si no pudisteis prever esto? ¡No sois omnipotentes, sois impotentes!

Una parte de él es consciente de que está reprendiendo a sus amos. Peor aún: insultándolos. Y eso bastaría para que lo fulminaran en el acto. Y sin embargo, le da igual. No puede detenerse. Mira el rostro de Melissa mientras continúa hablando entre dientes apretados.

—O estáis mintiendo y la dejasteis morir a propósito, o realmente no sabíais lo que estaba pasando, en cuyo caso no servís para nada. ¿Cuál es entonces? ¿Mentisteis, o no sois dioses en absoluto?

Tras un instante de silencio en su mente, mientras respira con dificultad, todo su cuerpo tiembla con una rabia tan intensa que jamás había sentido algo igual.

Entonces, las voces comienzan a hablar con suavidad:

—Jamás te mentiríamos, Fritz. Engañar a un siervo fiel no serviría a nuestra causa. Nunca nos llamamos a nosotros mismos "dioses". Ese es un término que los humanos como tú nos han asignado. Nunca afirmamos ser omnipotentes. Nuestro acceso a vuestro mundo, al plano físico, es limitado. Solo podemos ver y hacer hasta cierto punto. Y únicamente dentro de lo que nuestros anfitriones nos permiten. En ese sentido, tu padre tenía razón. Quizá fue lo único veraz que te dijo. Puedes expulsarnos de tu mente, Fritz. Lo hiciste ayer mismo. En cuanto supimos lo que Melissa estaba a punto de hacer, intentamos desesperadamente advertirte. Pero habías cerrado la puerta, y no pudimos...

—No os atreváis a poner esto sobre mí —gruñe Fritz, aterrorizado ante lo que están insinuando—. No os atreváis siquiera a sugerir que la muerte de Melissa fue culpa mía.

—Su muerte no fue culpa de nadie —continúan las voces—. Nadie quería que muriera. Ni tú, ni ella, ni el pobre desgraciado que hizo el procedimiento. Y desde luego, nosotros tampoco. Piénsalo bien, Fritz. ¿Por qué íbamos a desear la muerte de la mujer que iba a dar

a luz al salvador de vuestro mundo? ¿Crees de verdad que haríamos algo que pusiera en peligro a ese niño tan hermoso? ¿No hemos hecho todo lo posible por ayudarte a mantener a Melissa segura y cómoda durante el embarazo?

Fritz no puede rebatir ese punto. Y la lógica parece irrefutable —realmente cree que las voces querían que el niño naciera, pues era el objetivo principal: volverse mortales, acceder por completo al mundo humano. Y la única forma de lograrlo era a través de un nacimiento físico.

Y, sin embargo... no puede evitar sentir que está siendo manipulado. Que las voces no le están diciendo toda la verdad. Que de algún modo le están tapando los ojos. Pero lo hacen con tanta delicadeza que no puede precisar en qué consiste exactamente la mentira.

—Somos, sin duda alguna, falibles, Fritz —continúan, ahora con un tono aún más tierno—. Hemos cometido errores en el pasado. Y si eso te hace sentir mejor, aceptaremos la parte de responsabilidad que nos corresponda en la trágica muerte de Melissa...

—No digáis su nombre —musita Fritz.

—También admitimos que no fuimos completamente sinceros contigo respecto a tu padre. Te protegimos, como un padre duda antes de decirle a su hijo que las criaturas míticas no existen, sabiendo que eso le romperá un poco el corazón. Permítenos ahora contarte todo lo que ocurrió.

Fritz no quiere escuchar. Una parte de él siente con fuerza que lo que está a punto de oír será una sarta de mentiras. Lo siente con una rabia que, si la mira de frente, no es más que miedo disfrazado. Porque, en el fondo, teme que esas palabras logren lo que más le aterra: convencerle de que aún puede confiar en ellas.

Y eso no solo significaría que su padre, su propia sangre, le mintió... sino también que las voces no deseaban la muerte de Melissa, y que no le impidieron llegar a tiempo a propósito. Lo cual implicaría que su muerte es culpa suya, y solo suya. Porque fue él quien la dejó sola. Fue él quien desconectó a las voces para que no pudieran contactarlo.

—Empezad a hablar —dice Fritz.

—Hicimos un trato con tu padre. Le dimos una tarea, y le ofrecimos un don a cambio. Al igual que nosotros, él nació ciego y deseaba con desesperación poder ver. Así que hizo lo que le pedimos. Pero había un elemento del plan que no pudo aceptar. El sacrificio de una mujer que ocupaba un lugar especial en su corazón. Para nosotros, era simplemente otro ser humano. Tu padre había accedido a matar a más de una docena, ¿cómo podíamos saber que la muerte de esa mujer en particular le causaría tanto dolor y odio hacia sí mismo? Deberíamos haber escuchado cuando dudó, cuando suplicó por ella. Pero no comprendíamos el concepto del amor, ni cuán poderoso es para los humanos. Por ignorancia, insistimos en que terminara lo que había empezado. Y lo hizo. Nunca se perdonó. Ni a sí mismo, ni a nosotros.

—Tras cumplir con su parte del trato y recibir el don de la visión, nos dio la espalda. Nos cerró la puerta. Se desconectó, abandonando la parte final y más crucial del plan. Por eso tuvimos que acudir a ti, Fritz. Por suerte, aceptaste retomar lo que tu padre dejó incompleto.

Las voces hacen una pausa, dejándole asimilarlo antes de continuar.

—Pero tu padre no se conformó con abandonarnos. De algún modo, retorció su mente hasta convencerse de que la culpa de la muerte de esa mujer era nuestra, no suya. Que causaríamos dolor en lugar de liberación. Que no queríamos lo mejor para la humanidad. Que éramos parásitos, como él decía. Es increíble cómo las interpretaciones falsas, al pasar por una mente suficientemente atormentada y retorcida, pueden parecer casi lógicas. No es de extrañar que empezara a luchar contra nuestra causa. No le culpamos. Cualquiera con esa visión solo puede actuar en consecuencia. Si vieras a alguien de pie en las vías, con un tren acercándose a toda velocidad, y estuvieras absolutamente convencido de que eso es real, ¿no harías todo lo posible por avisarle? Claro que sí. Cualquiera con un mínimo de decencia lo haría.

—Y eso es exactamente lo que hace tu padre, Fritz. Se ha convencido de que un tren viene a arrasar el mundo, y que nosotros

somos ese tren. Así que, naturalmente, lucha con todo lo que tiene para detenernos. Al marcharse, se llevó consigo la capacidad de burlar el tiempo y el espacio, y la ha aprovechado al máximo. La usó para contactarte, y lleva meses saboteando nuestros esfuerzos. En la mayoría de los casos, logramos mitigar el daño. Pero a veces, realmente nos hiere. Como en esta situación actual.

—Piénsalo, Fritz, antes de culparte por la muerte de Melissa. Pregúntate: ¿por qué estabas ausente? ¿Quién te convenció de que nos silenciaras?

Fritz duda un instante.

—Mi padre —susurra.

—Hemos cometido antes el error de interponernos entre un gran hombre y la mujer que ama. Casi nos cuesta todo. Jamás repetiríamos ese error, aunque tu padre haya torcido los hechos para que parezca lo contrario. Somos falibles, Fritz. Pero no estúpidos. Y desde luego no nos dedicamos a matar humanos por deporte. Todo lo que hacemos tiene un propósito. Esperamos que lo sepas a estas alturas. Así que respóndenos: ¿qué propósito serviría la muerte de Melissa para nosotros?

Fritz inhala profundamente por la nariz. Luego, exhalando, murmura:

—Ninguno.

—Exactamente. ¿Y pondríamos en peligro a nuestro propio hijo?

—No. Claro que no —Fritz se recuesta, frotándose la frente—. Ahora lo veo. Lo siento por haber dudado de vosotros.

—No tienes por qué disculparte, Fritz. Viste lo que se colocó frente a ti, y no podemos reprochártelo. En cambio, consideramos responsable a quien puso esa imagen en tu mente. Y tú también deberías hacerlo.

Fritz asiente.

—Creí que podía confiar en él.

—Por supuesto que lo creías. Nosotros también confiamos en él, en su momento.

Fritz suspira hondo. Mira de Melissa al cadáver en el suelo.

—Claro que no queríais que esto pasara. He perdido a la mujer que amo, y vosotros… vosotros habéis perdido a vuestro hijo.

—Oh, no. Te equivocas, Fritz.

Él se detiene, alzando una ceja.

—¿Qué?

—El niño no murió.

Fritz se incorpora.

—¿De qué estáis hablando?

—Aún no estaba completamente listo para entrar en este mundo, pero eso no lo mató. Solo necesitaba un poco más de tiempo para madurar.

—¿Qué…? No… ¿Dónde está entonces?

Por primera vez, al oír la respuesta de las voces, Fritz percibe algo parecido a la alegría en su tono:

—¿Estás listo para conocer a tu hijo, Fritz? Mira debajo de la cama.

29

TOMMY

—Hostia… eso sí que ha sido fuerte.

Tommy esperaba que su padre no lo siguiera, pero por supuesto que lo hizo. Solo había avanzado unas pocas manzanas cuando oyó el chirrido de las ruedas y el traqueteo del soporte del suero. No necesita mirar atrás para saber que la cama del hospital está ahí, empujada por manos invisibles.

—¿Quieres hablar de ello, Tom-Tom?

—No hay nada de qué hablar —gruñó Tommy—. Al final no son mis amigos. Toda esa mierda que hablé con Lisa, seguro que era puro teatro. Solo quería ganarse mi confianza. Para que no notara que estaban planeando joderme.

—¿Pero por qué se molestarían tanto? ¿Por qué no simplemente hablar a tus espaldas?

—Seguro que eso también lo han hecho. Probablemente querían comprobar si me daba cuenta. Seguro que estaban restregándose antes de sentarse a jugar. Otto estaría en el baño, lavándose la chorra…

Tommy se da cuenta de que está pensando en voz alta y se esfuerza por dejar de hablar. Mira a su alrededor en la calle: está vacía, y nadie mira por las ventanas, de hecho, muchas están tapiadas. Eso sí lo curó la grieta del cielo: se acabaron los vecinos entrometidos. Aun así, siente que no está del todo solo, y cuando

oye un sonido, se gira para ver a una docena de ciegos saliendo de un garaje. Se quedan ahí, en la entrada, mirándolo con sus ojos ciegos. Parecen demacrados y agotados. Obviamente lo han oído, pero no hacen ningún intento de atacarlo.

Sigue caminando.

—¿Qué era eso que mencionó Otto? ¿Un acertijo o algo así?

—Cierto —murmura Tommy—. Casi lo olvido. El libro.

—¿Qué libro?

Tommy suspira, molesto por tener que explicarlo.

—Es un libro famoso. The Anarchist's Cookbook. ¿Me estás diciendo que no has oído hablar de él?

—No puedo decir que sí.

—No, claro, ¿por qué ibas a hacerlo? Es un libro con instrucciones para fabricar todo tipo de armas, explosivos y cosas así. Está prohibido en varios países. Yo no lo he leído, solo conozco el título. Es de los setenta o algo así.

—Vale, entonces… ¿por qué demonios lo mencionaría Otto?

—No estoy seguro —dice Tommy, aminorando el paso al recordar la expresión de desconcierto en la cara de Otto—. Dijo que no sabía la respuesta, pero que alguien le había dicho que yo sí la sabría.

—¿Y quién podría haber sido?

Tommy se encoge de hombros.

—No quiso decirlo, pero la respuesta obvia es Johan. El puto psicópata probablemente practicaba guerra de guerrillas en su tiempo libre. ¿Recuerdas que llevó una lata de gas lacrimógeno al instituto una vez?

—¿Fue él?

—Claro que sí. Dijo que solo quería enseñarla, que no iba a usarla ni nada. Aun así lo suspendieron como una semana. Incluso creo que llamaron a la policía. Espero que su padre le diera una paliza por eso también. —Tommy chasquea los dedos—. Ahora que lo pienso, recuerdo que presumía de haberlo fabricado él mismo. En el sótano. ¡Seguro que el imbécil siguió una receta del libro!

Caminan en silencio un rato.

—Entonces, ¿por qué crees que Otto te contó ese acertijo ahora, de repente? —pregunta su padre.

—Ni idea.

—No parecía muy cómodo haciéndolo, ¿verdad?

—No, parecía que acababa de ver a un…

Tommy se detiene en seco. Se gira lentamente hacia la cama del hospital. Como siempre, la cara de su padre está en sombras, a pesar de que están al aire libre y aún es bastante temprano por la tarde.

—¿Estás diciendo… Johan ha vuelto como el fantasma de Otto?

—Tendría sentido —concede su padre—. Y explicaría por qué Otto tardó tanto en la biblioteca.

—Joder… Creo que tienes razón, papá.

—Supongamos que es cierto. Supongamos que es Johan quien quería que pensaras en ese libro. ¿Por qué?

—Bueno, sean cuales sean sus razones, no pueden ser amistosas. Siempre me estaba jodiendo, y estoy seguro de que no quiere otra cosa que cosas malas para mí. Especialmente después de lo que le hice. Seguro que intentaba asustarme, o amenazarme de algún modo.

Su padre no responde de inmediato.

—¿Qué pasa? —pregunta Tommy—. Dime qué estás pensando.

—Es solo que… Vale, mira. Es una idea loca, pero ¿y si Johan intentaba ayudarte?

Tommy resopla.

—¿Ayudarme? ¿Cómo?

—No lo sé. Pero esa suposición automática de que viene a por ti... hay algo en ella que no me convence.

—¡Pero si es un puto fantasma! —exclama Tommy—. Y ya era un matón cuando estaba vivo.

—Sí, pero morir te cambia —dice su padre con calma—. Mírame a mí, hijo. Yo también soy un fantasma. ¿Me consideras malvado?

—Claro que no.

—Entonces soy un cisne negro, ¿verdad?

—¿Qué?

—¿Recuerdas a Popper? ¿Su teoría de la falsación?

—Sí, claro… —Tommy hizo un examen sobre Karl Popper el semestre pasado, y eligió precisamente ese tema—. La hipótesis de

que todos los cisnes son blancos se refuta si encuentras aunque sea un solo cisne negro.

—Pues ahí lo tienes. Un solo fantasma benigno debería bastar para demostrarte que no todos tienen que ser malvados necesariamente.

—Entiendo tu punto —dice Tommy—. Pero no acabo de ver a dónde quieres llegar, papá.

—Sinceramente, creo que todo esto viene de Gina.

—¿Cómo que viene de Gina?

—Pues que está constantemente pintando esta imagen de nosotros los fantasmas como seres malos y monstruosos. Y de que todos los vivos son buenos y virtuosos. Lo siento, pero el mundo no funciona así. Nada es blanco o negro. Nadie es completamente malvado. ¡Ni siquiera los nazis! Piénsalo, Tom-Tom. ¿De verdad crees que todos y cada uno de los alemanes eran malvados? ¿Incluso los hijos de los nazis? ¿No crees que al menos algunos participaron en las atrocidades porque eran ignorantes, o tenían miedo, o incluso fueron amenazados? Y del otro lado, ¿acaso todos los soldados aliados eran unos santos? ¿Crees que no hicieron cosas horribles también? ¿Que no violaron a ninguna de las mujeres que fueron a liberar? ¿O que no dispararon a ningún soldado enemigo que se rindiera? Eso simplemente no es realista, y lo sabes, hijo.

Su padre hace una breve pausa para tomar aire. Por primera vez, Tommy capta un atisbo de enfado en su voz. Su padre parece sinceramente alterado hablando de esto.

—Créeme, la gente viva puede ser tan ruin como los muertos si se le da la oportunidad y la motivación adecuada —prosigue—. Y ya estabas notando que Lisa y Otto tramaban algo contra ti, ¿no es cierto?

—Sí, bueno, no sé si…

—¿Y si están celosos, Tom-Tom? ¿Y si te odian porque tú ya has hecho las paces con tu fantasma, mientras ellos claramente siguen luchando con los suyos?

—No creo que vayan tan lejos —dice Tommy en voz baja.

Su padre no parece escucharlo.

—Lisa intentó sonsacarte, ¿no? Si me preguntas, parecía decepcionada de que no quisieras decirle cómo lo hiciste. Incluso

estaba cabreada. Esta vez pudo pedirlo amablemente, pero ¿y si la próxima no es tan amable? ¿Y si una de estas noches te despiertas, con Otto y Lisa ahí, y han traído a Patrick y a Gina, y te sujetan para obligarte a contarlo? ¿Estás dispuesto a correr ese riesgo, Tom-Tom? ¿Quieres acabar otra vez en el lado perdedor, como con Melissa?

—No, claro que no —susurra Tommy—. Sería horrible. ¿De verdad crees que harían algo así?

—Creo que Johan intentaba advertirte de algo. Y sé con certeza que esa gente te tiene miedo. ¿Por qué crees que no le tienen miedo a Gina? Porque les dice lo que quieren oír, por eso. Les está vendando los ojos, Tom-Tom. Tú lo ves, pero ellos no. Predica esa salvación falsa, como una profeta impostora. ¿Quién la nombró Mesías? Te lo diré yo: quienes desesperadamente quieren creerse su historia.

Su padre guarda silencio, y Tommy deja que todo cale en su mente. A simple vista, esta forma de ver las cosas le parece exagerada. Gina parece tener solo buenas intenciones. Lisa, Otto, incluso Patrick y los demás, todos parecen buena gente, aunque estén asustados.

Pero esa es solo la imagen superficial, y lleva tiempo agrietándose desde que Tommy volvió a la casa. Bajo ella, algo más profundo se mueve: otra imagen, más amplia, más reveladora. Una visión más completa de todo lo que ha ocurrido. Por eso, lo que su padre acaba de decir no le suena descabellado. Al contrario, parece encajar con una lógica inquietante. Es como si, de pronto, todo cobrara sentido —como diría Lisa—, y los fragmentos dispersos del panorama empezaran, al fin, a encajar.

Todos esos pequeños momentos que se han ido acumulando durante estos días y noches, tomados por separado, podrían parecer simples coincidencias. Pero vistos desde una perspectiva más amplia, Tommy empieza a intuir que forman parte de algo mayor. Como si tras ellos se ocultara una historia más grande. Un aviso silencioso de que algo se está gestando. Y no será nada bueno.

—¿Qué es esto? —murmura Tommy, frotándose la sien. La niebla ha vuelto de repente, nublando su mente en el peor momento

posible, justo cuando estaba a punto de verlo todo con claridad—. ¿Qué está pasando?

—Déjame que te lo diga yo, Tom-Tom —la voz de su padre atraviesa la niebla, firme y cercana—. Lo he sentido desde hace tanto como tú, y ahora lo tengo claro: nuestras intuiciones eran correctas. Están conspirando contra ti, hijo. Puede que por ahora no te hagan daño —al menos no abiertamente—, pero llegará el momento. Porque saben que eres distinto. Y lo distinto les da miedo.

¿Por qué crees que torturaron y mataron a Jesús? ¿Por el bien que hizo? No. Lo hicieron porque no podían ver lo que él realmente era. No entendían lo que él comprendía, y sus palabras los aterraban. Ya tenían a sus propios dioses, sus escrituras, sus profetas. Igual que la gente de esa casa tiene ahora los suyos.

Han elegido a Gina, hijo. Y la seguirán, cueste lo que cueste, hasta el amargo final. Cualquiera que se atreva a cuestionar lo que está pasando… pronto dejará de ser bienvenido.

La garganta de Tommy se cierra de repente de forma alarmante.

—¿Qué… qué me harán?

—¿Quién sabe? Puede que te destierren, o puede que hagan algo mucho peor.

Tommy siente un terror repentino. Se da la vuelta y no reconoce nada. Apenas recuerda dónde está. Lo único que le resulta familiar y seguro es la cama del hospital, y se tambalea hasta ella, cae de rodillas, se aferra a la barandilla lateral.

—Ayúdame, papá. ¿Qué debería hacer?

—Bueno, creo que es obvio, hijo. Tienes que ayudarlos.

—¿Ayudarlos? —la voz de Tommy se quiebra—. Pero si van a echarme, o… o matarme… ¿por qué iba a ayudarlos?

—Porque eres mejor que ellos, hijo —dice su padre, con un brillo de orgullo en la voz—. Tienes el poder de guiarlos, de ayudarlos a cambiar, como tú cambiaste. Puedes liberarlos del miedo, mostrarles que es posible vivir sin cadenas, sin culpa. Darles una vida con sentido. Una vida de verdad, de alegría.

No una en la que huyan de sus fantasmas, sino una en la que aprendan a aceptarlos. El mundo no necesita más división. Ya ha

habido suficiente odio. Lo que necesitamos ahora es unión. Amor. Paz. Convivencia.

Tommy niega con la cabeza.

—Todo eso suena bien, pero… ¿cómo les muestro eso? ¿Cómo hago que lo vean, papá?

—Mostrándoles que no hay nada que temer en primer lugar. Déjales ver la verdad, Tom-Tom. Y no tendrán más remedio que llegar a la misma conclusión que tú.

Tommy asiente. Primero lentamente, luego con más determinación, al encajar finalmente la última pieza.

—El libro —susurra—. Ahora todo tiene sentido. Por eso Johan quería que pensara en él justo ahora.

—Sí. Es sencillo cuando lo ves, ¿verdad?

—Lo es —dice, soltando una risita, sintiéndose casi tonto—. La solución siempre ha estado ahí. Justo delante de mí. O más bien… justo encima de mí.

Tommy inclina la cabeza hacia atrás y sonríe al cielo roto.

30

FRITZ

Fritz se queda paralizado en el sitio, y entonces se da cuenta de un sonido que había estado ahí todo el tiempo, pero que no había percibido hasta que, de pronto, prestó atención de verdad.

Una respiración baja, rítmica.

Da un paso atrás, se arrodilla y mira debajo de la cama. Está demasiado oscuro para ver algo, así que alarga la mano y gira la cabeza de la lámpara caída.

La luz revela un par de ojos ámbar que lo observan con fijeza. Son desmesurados, demasiado grandes para ese rostro, y al recibir el haz de luz, la criatura entrecierra los párpados y las pupilas se contraen, lo que no hace sino acentuar aún más su tamaño. No parpadea, no retrocede, no muestra el menor atisbo de miedo. Simplemente permanece allí, a cuatro patas, inmóvil, devolviéndole la mirada con una calma inquietante, como si también ella sintiera curiosidad por él.

Tiene aspecto humano. Pero no lo es. Es una imitación, una recreación asombrosamente fiel, aunque extraña. Como si alguien con talento —pero sin experiencia directa— hubiera intentado reproducir a un ser humano a partir de descripciones precisas. El resultado está cerca de lo real, pero falla por un margen imperceptible.

Fritz no puede precisar exactamente qué tiene de extraño el rostro, más allá de que los ojos son demasiado grandes y la boca demasiado ancha. Lo que resulta más obviamente antinatural es que la criatura no parece un recién nacido, sino más bien un niño pequeño. Por la forma en que está tumbada, frente a él, es difícil saber con exactitud qué altura tiene, pero sin duda es demasiado grande para haber estado dentro de Melissa hace menos de una hora. O bien estaba completamente doblada ahí dentro, o bien ha crecido varios centímetros después de salir.

—No seas grosero, Fritz —dicen las voces de repente, asustándole —. Saluda a tu hijo.

—Ho… hola —dice Fritz, estúpidamente—. Encantado de conocerte.

La criatura observa su boca, luego vuelve a mirarle a los ojos. Entreabre los labios, revelando una hilera de diminutos dientes puntiagudos que no deberían estar ahí, y sisea:

—Ho-hola. Encantado de conocerte.

Fritz parpadea, sorprendido. No solo no esperaba que la criatura hablara, tampoco estaba preparado para oír su propia voz imitada con tanta precisión. Sonaba como si alguien le hubiera grabado y luego reproducido el audio.

Fritz se da cuenta de que hay algo tirado junto a la criatura que no había notado al principio. Parece una pierna inferior. Salvo que no queda nada de ella aparte del hueso, que ha sido prácticamente roído por completo. El pie sigue metido en el zapato, que permanece intacto. Casi parece una broma, como un accesorio de Halloween. Excepto que es completamente real.

«Así que eso es lo que le pasó a la pierna del viejo», piensa Fritz distraídamente.

—¿Vas a dejar que se quede ahí debajo?

—No, cla… claro que no —murmura Fritz, carraspeando—. ¿Cómo se supone que debo… ehm…?

Como no sabe qué más hacer, simplemente extiende la mano bajo la cama, ofreciéndosela a la criatura.

Esta la observa unos segundos, y Fritz casi puede notar cómo analiza el gesto. Luego, para su sorpresa, extiende también su mano

y le deja cogerla. Al tocarla, los sentidos de Fritz le confirman una vez más que no se trata de un ser humano, sino de algo que se esfuerza muchísimo por parecerlo. La piel de la criatura es suave y cálida, exactamente como se esperaría de un recién nacido. Pero casi lo es en exceso. Se siente más como tocar un material sintético diseñado para ser lo más suave y terso posible. También puede percibir los huesos y articulaciones de sus dedos, y se mueven tal como deberían… solo que, otra vez, un poco demasiado bien y deliberadamente. Como cojinetes bien lubricados. Al devolver el apretón, Fritz nota que es demasiado fuerte. Aunque está conteniéndose, la fuerza en esa pequeña mano podría aplastarle los huesos si quisiera.

La atrae con suavidad hacia sí, y la criatura sale gateando de debajo de la cama. Se mueve con la destreza y confianza de un niño de cinco años. Al soltar la mano de Fritz y sentarse sobre las rodillas, Fritz no puede evitar quedarse boquiabierto. Es aún más grande de lo que pensaba… o ha crecido otro par de centímetros en el último minuto.

Su piel es perfectamente lisa, uniforme y pálida. Ni un lunar a la vista, ni una sola imperfección. Se le marcan las costillas al exhalar, y los músculos se mueven como cables bajo la piel al girar la cabeza para mirar la habitación. Las uñas están completamente formadas, al igual que el cabello, que es rubio. Fritz no puede evitar notar los genitales de la criatura. Aunque nunca ha visto a un niño desnudo, tanto el pene como el escroto son exactamente como él se los habría imaginado.

Sus ojos se posan en Melissa, y, una vez más, imitando la voz de Fritz, pronuncia una sola palabra, articulándola a la perfección:

—¿Mamá?

Parece una pregunta, y la criatura vuelve la cabeza hacia Fritz.

—Sí —dice él, con la voz quebrada—. Sí, esa es tu mamá. Ella no… no lo consiguió, por desgracia.

Fritz lucha por contener las lágrimas. La situación es tan surrealista que dentro de él se entremezclan emociones contradictorias: pena, confusión, miedo… y algo más. Algo inesperadamente ligero. ¿Podría ser alegría? ¿Euforia, incluso?

«¿Es realmente mi hijo? ¿Soy padre ahora?»

La criatura lo observa con sus enormes ojos ámbar brillando bajo la luz de la lámpara, y de pronto cambia su expresión. Las cejas se arquean, las comisuras de la boca se hunden y la frente se arruga.

—Triste —dice—. Papá triste.

—Sí —responde Fritz, sorbiéndose la nariz—. Sí, es cierto. Estoy triste.

La criatura lo observa luchar contra las lágrimas durante un momento. Luego se le acerca, caminando sobre las rodillas, manteniendo el equilibrio con asombrosa facilidad mientras extiende ambos brazos. Lo envuelve en un abrazo fuerte, y Fritz responde con torpeza al gesto. La criatura está caliente y es muy fuerte. Lo abraza con firmeza unos segundos, luego se suelta y se echa hacia atrás. Mirándolo a la cara, pregunta:

—¿Mejor?

—Sí —asiente Fritz, y no puede evitar sonreír—. Me siento mejor ahora. Gracias, hijo.

La última palabra se le escapa, y le resulta natural decirla.

Se oye un sonido procedente del vientre. La criatura baja la vista hacia su barriga y dice:

—Hambre.

—Oh, bueno, vamos a buscarte algo para co...

La criatura ya se ha girado hacia el anciano y le levanta la manga. Se inclina sobre él, lista para lanzarse, cuando Fritz grita:

—¡No, para!

La criatura se queda inmóvil, luego lo mira y repite:

—Hambre.

Su voz es de repente más grave.

—Tengo hambre.

Lo dice de un modo que deja claro que no tolerará que le digan que no.

—Lo sé —dice Fritz—. Sé que tienes hambre, y te prepararemos algo de comida. Comida de verdad. No comemos carne cruda. Y mucho menos… carne humana. ¿De acuerdo?

La criatura lo observa intensamente. Fritz nota cómo primero intenta comprender lo que acaba de decirle. Luego, aparentemente

entendiendo, entra en otra deliberación: si quiere obedecer o no. Finalmente, asiente y dice, con voz de Fritz:

—De acuerdo. Buscar comida de verdad.

—Sí. Sí, lo haré —dice Fritz, levantándose de un salto—. Quédate aquí, hijo. Solo será un momento.

Corre hacia la puerta. Justo cuando está a punto de abrirla, la criatura dice con tono interrogativo:

—¿Papá?

Fritz se gira para mirarla. Sentada desnuda, de rodillas junto a la cama, no transmite exactamente fragilidad o vulnerabilidad —sabe, de forma instintiva, que no necesita protección, que sabe sobrevivir por sí misma—, pero hay en ella algo desarmante. Casi una inocencia. Ya no la ve como una criatura, sino como un niño.

—Te quiero, papá.

Nuevas lágrimas se asoman en los ojos de Fritz. Esta vez, son lágrimas de alegría. Se le dibuja una amplia sonrisa.

—Yo también te quiero, hijo.

***

¿Quieres descubrir cómo comenzó todo?
Consigue ahora la precuela gratuita.
Solo disponible en **nick-clausen.com/dioses**
O continúa con el siguiente libro en **nick-clausen.com/cielo7**